Selección
TERROR
BOLSILIBROS
TERROR
extra

CARNE QUE CRUJE

Curtis Garland

Altivamente, conteniendo cuanto le era posible el llanto que pugnaba por saltar de sus límpidos ojos celestes, la muchacha dio media vuelta, ondeó su rubia melena con el movimiento de cabeza, y su figurita esbelta y juvenil se alejó, taconeando con firmeza, camino del jardín donde dio rienda suelta a su disgusto, y se cubrió el rostro con ambas manos para poder sollozar tranquila.

Fue en ese instante, nunca lo olvidaría ya mientras viviera, cuando el horror se hizo presente por primera vez en su existencia. Un horror sin límites que iba a perseguirla inexorablemente hasta más allá de todo lo imaginable, hasta las fronteras mismas de la angustia y de la muerte.



Curtis Garland

Carne que cruje

Bolsilibros: Selección Terror extra - 31

ePub r1.0
xico_weno 07.12.17

Título original: *Carne que cruje*
Curtis Garland, 1983
Ilustraciones: Luis Almazán

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

Capítulo primero

CHERYL DAWSON conoció al caballero de la flor en el ojal durante su estancia en el balneario de Montmaison aquel otoño apacible y todavía no demasiado tranquilo en el mundo, de 1920.

Los recuerdos de la horrible guerra reciente aún estaban vivos en la mente de muchos, en especial de los europeos, que habían sentido en sus carnes y en sus hogares todos los horrores de la contienda. Y eso se notaba incluso en un sitio tan frívolo y mundano como un balneario de la buena sociedad.

Pero aun así, la gente quería olvidar y, si además de quererlo hacer, les era posible gracias a su posición económica, miel sobre hojuelas. El caso de Cheryl Dawson, sin embargo, era distinto. Ella no poseía medios de fortuna propios para alojarse en un balneario tan elegante y caro como el de Montmaison. Pero su señora sí los tenía para eso y para mucho más. Por ello, como señorita de compañía que era, se encontró aquel octubre de 1920 en el mismo lugar donde tomaba sus aguas termales el caballero de la gardenia en el ojal. Lo que ella no pudo imaginar nunca es que aquel casual encuentro con un perfecto desconocido, marcaría de tal modo su vida en el futuro, de forma ya irreversible. El Destino lo quiso así, sin que la joven dama de compañía de la irascible, caprichosa y enfática señora Rutherford, pudiera por su parte hacer nada por evitarlo o preverlo. Ni tan siquiera la omnipotente y autoritaria Sybil Rutherford sería capaz de ello aun habiéndoselo propuesto, cosa que en realidad no ocurrió.

El caballero de la gardenia en el ojal era arrogante, distinguido y bastante atractivo como hombre, a juicio de Cheryl Dawson y de muchas otras jovencitas casaderas de las que pululaban por el balneario, más bien en busca de marido que de la salud que las aguas termales pudieran proporcionar a su muy delicada y sensible naturaleza de damitas de la mejor sociedad.

Pero lo cierto es que el caballero prestó toda su atención, desde un principio, a la joven señorita Dawson, despreciando olímpicamente a las damiselas de buena familia que, con su mejor sonrisa y su más lánguida caída de pestañas mosconeaban en torno suyo.

—Jovencita, tenga mucho cuidado con lo que hace —la avisó Sybil Rutherford la misma noche en que el caballero de la gardenia se permitió inclinar la cabeza, caballerosamente, al paso de la silla de ruedas de la dama, guiada por la señorita de compañía como era de precepto en tal clase de empleos.

—¿Yo, señora? —se sorprendió Cheryl sin entender bien inicialmente a qué podía referirse su señora, mientras ambas cenaban en el suntuoso comedor del balneario, sometidas las dos al mismo régimen severo de comidas, como si la joven señorita Dawson sufriera de los mismos males hepáticos, biliares y demás de su rígida patrona—. No sé a qué se refiere…

—Me refiero a ese elegante caballero de la flor en el ojal… —Los ojos inquisitivos de la dama se fijaron en su empleada críticamente —. Creo que sabe perfectamente de quién se trata, no trate de disimular conmigo.

—Oh, ese caballero… —Cheryl enrojeció hasta la raíz de sus cabellos—. Ciertamente, señora Rutherford, sólo le he visto en dos ocasiones, una en la fuente de aguas y otra en el jardín, cuando tuvo la gentileza de saludarme…

—A eso quería aludir precisamente —cortó incisiva la voz agria y aguda de su patrona, mientras daba un tajo breve y rápido a su delgado filete rodeado de ensalada—. A su saludo. No me gusta que los desconocidos me saluden. Y por igual motivo, que saluden a quienes trabajan a mi servicio, ¿está eso bien claro?

—Sí, señora, pero yo no tuve culpa en que él inclinara su cabeza… —murmuró tímidamente la muchacha con voz apagada—. Fui la primera sorprendida, se lo aseguro.

—Vamos, vamos, deje de hacerse la mosquita muerta, querida —replicó acremente la dama, que poseía una innegable habilidad para hacerse particularmente odiosa a todo el mundo cuando así lo quería—. Usted le miraría con sus ojos lánguidos, y él no pudo evitar el saludo. Los hombres, señorita Dawson, son todos iguales, no importa cuál sea su condición social o económica. Debería

guardarse de ellos por su bien, hasta que un muchacho de su misma clase, un trabajador lacayo, un criado o un mayordomo, se fije en usted y pueda confiar en él y sus intenciones. Los sueños de romanticismo son tan ridículos como peligrosos a su edad, y cualquier individuo poco escrupuloso podría seducirla, haciéndola creer en una rendida admiración o un amor platónico, sin que usted desgraciadamente se diera cuenta de nada, ¿comprende?

—Sí, señora. Pero supongo que caballeros como ése, no andan seduciendo por ahí a jóvenes desconocidas…

—Está en un error, querida —los ojos de la señora Rutherford se clavaron en ella con dos agujas en un acerico—. Precisamente, los caballeros galantes, mundanos, tengan buena posición económica o finjan tenerla, son siempre los más peligrosos en ese terreno, no lo olvide. En lo sucesivo, cuando vaya conmigo, absténgase de responder a saludo alguno de los hombres que no le hayan sido presentados. Y, por supuesto, tampoco toleraré que los mire usted de forma provocativa. Si veo que desobedece en algo mis órdenes, lamentándolo mucho, señorita Dawson, me veré obligada a despedirla. Le aseguro que incluso aquí, en un país como Francia, con todos sus defectos, puedo hallar una señorita de compañía dócil y servicial hasta mi regreso a las Islas.

—Sí, señora Rutherford —se limitó a afirmar, entristecida, la muchacha.

El resto de la cena transcurrió forzosamente taciturno y frío. La señora Rutherford se dedicó a hablar volublemente de cosas que a la joven empleada no le importaban lo más mínimo, y que se veía forzada a escuchar, con algún que otro asentimiento, como parte de sus obligaciones en aquel trabajo.

Cuando abandonaron el comedor, la muchacha evitó cuidadosamente dirigir una sola ojeada a la mesa donde acababa de sentarse el caballero de la gardenia en el ojal, mientras notaba que era críticamente vigilada por su señora con el rabillo del ojo. El desconocido de porte señorial se limitó a observarla, enarcando sus cejas bien delineadas, y apoyando en su pómulo derecho un monóculo sujeto a una cinta de seda negra, como para observar mejor la esbelta figura de la joven mientras ella se alejaba por el largo corredor encristalado, entre altas macetas con hojas de palma, camino de los alojamientos del lujoso balneario.

Con un leve encogimiento de hombros y una tenue sonrisa irónica, el hombre de impecable indumentaria y flor en la solapa, se dedicó a examinar la carta, pidiendo un menú poco o nada en consonancia con la rigurosa dieta habitual en los clientes de establecimientos como aquél:

—Por favor, sírvame una crema de mariscos, un lenguado a la naranja y un filete miñón. Para beber, un blanco ligero con el pescado, y un Burdeos tinto de 1915 con la carne.

El camarero le miró asombrado, anotó el pedido y se alejó, con el aire displicente de quien considera que para tales excesos culinarios existen mejores lugares en el mundo que un lugar de aguas termales para el régimen y la salud.

Momentos más tarde, una hermosa dama de larga y sedosa cabellera negra azulada, ojos sombreados, largas pestañas y figura sinuosa, totalmente envuelta en costosas sedas adamascadas, muy a la moda, penetró en el recinto, dejando a su paso una vaharada profunda de perfume y la estela inevitable de admiración masculina, que no sabía si decantarse por sus largas pantorrillas, visibles a través del corte lateral de su suntuosa falda azul brillante, o por la arrogancia de sus pechos sin sujetador, vibrantes en su audaz descote y bajo el tejido plateado de lammé que ceñía su llamativo torso. Un casquete salpicado de piedras preciosas, adornaba su cabeza, sobre la oscura y sedosa melena.

Ciertamente, era una mujer impresionante, sensacional en su presencia. Pero en modo alguno hubiera pasado en un sitio selecto como aquél por una aristócrata o una mujer de la buena sociedad. Su exultante apariencia, su frivolidad, sólo podía corresponder a una clase de mujeres de la dulce Francia de 1920: la *cocotte*, la cortesana de lujo que sólo tiene amantes ricos y aristocráticos.

—¿Quién es esa belleza? —se interesó discretamente el caballero de la gardenia, cuando la humeante taza de la crema de mariscos se puso ante él.

—¿La dama de la mesa dieciocho? —sonrió el camarero, confidencial—. Oh, una *cocotte* de primera fila. Se dice que su último amante fue un rey europeo y el anterior un marajá…

—Comprendo. Imagino que no sabrá su nombre… —musitó el caballero, depositando con la mayor naturalidad un billete de veinte francos en la mano enguantada del camarero.

—Por una afortunada casualidad, sí lo sé —se apresuró a declarar el otro, inclinándose más hacia su cliente—. Se llama o hace llamar Irina de Fargour, aunque imagino que ése no será su verdadero nombre…

—Seguro. El *nom de guérre* es algo inherente a cierta clase de personas —rió irónicamente el caballero—. No me sorprendería que se llamase en realidad Jeanette Dubois o Brigitte Durand, pongamos por caso…

Saboreó la exquisita crema con sabor a langosta y cangrejos, paladeó luego el excelente vino blanco de su copa, y estudió de soslayo a la dama morena y arrogante. Sonrió, inclinándose cortés, cuando los ojos oscuros, grandes y maliciosos, de la hermosa hembra, se fijaron en él como por descuido, por encima de la carta que estaba consultando para elegir menú.

Ella se apresuró a bajar los párpados y seguir leyendo, sin darse por aludida en absoluto. El caballero volvió a su propia comida, aparentando indiferencia. Pero la sombra de una vaga, indefinible sonrisa, curvaba sus delgados y pálidos labios.

Allá fuera, a través de la vidriera que separaba el bien iluminado comedor de los jardines que conducían a las aguas termales y al edificio anexo, destinado a alojamiento de los huéspedes del balneario, Cheryl Dawson aprovechó fugazmente la ocasión para dirigir una mirada furtiva al caballero, mientras la señora Rutherford, con uno de sus habituales gruñidos, se quejaba de algo de jaqueca y pedía a uno de los empleados del establecimiento un par de aspirinas, que el aludido se apresuró a traerle del botiquín.

«Ciertamente, es todo un caballero», se dijo Cheryl, que había tenido ocasión de ver a muy pocos en su vida, transcurrida casi toda ella entre granjas, vacas y césped jugoso, allá en su pequeño pueblo del norte de Inglaterra, no lejos de la divisoria escocesa. Todo lo que en su lugar de origen era dado ver, se reducía a unos cuantos granjeros, los agricultores vecinos, los tenderos locales y el veterinario. Recordaba que el más elegante vecino del villorrio era un anciano militar retirado, que arrendara por un invierno la casa del molino, y a quien incluso había visto cenar, servido por la buena de la señora Rigby, vestido impecablemente de etiqueta, como si asistiera a una cena en el palacio de Buckingham.

Y suspiró, volviendo a tomar la silla de ruedas de su patrona,

para seguir adelante sin que ella notase el interés que en su empleada despertaba un caballero arrogante, bien parecido y con elegancia, como aquel desconocido personaje de la flor en la solapa.

Atrás quedó el comedor, con su vidriera iluminada, y el jardín, con jóvenes parejas paseando por sus veredas, entremezcladas con los más ancianos clientes del invernadero. La mayoría de esas parejas habían sido jóvenes que se conocieron allí, durante el período de estancia, y acabaron intimando de alguna forma. «Tal vez muchos de ésos terminarían incluso casándose», pensó Cheryl con cierta melancolía.

No es que su sueño máximo en la vida fuera pescar esposo, pero cualquier cosa sería mejor que servir a una vieja cascarrabias como la señora Rutherford para ganarse un salario decente. Y aun eso, gracias a que había estudiado lo suficiente para saber desenvolverse en ambientes que no fueran el de su propia aldea. Había llegado a pensar en que con su cultura, dominando incluso el piano y la costura, podría hallar algo mejor. Pero Londres no ofrecía demasiadas posibilidades a las mujeres, pese a los movimientos de emancipación femenina, cada vez más abundantes, y tuvo que conformarse con acompañar a una dama adinerada en su viaje al Continente, si quería cobrar su primer sueldo como trabajadora sin recursos propios.

Viajar tenía sus alicientes. Pero no con una mujer como la señora Rutherford, ciertamente. Aquello no podía complacer a nadie, y menos aún a una chica joven, con ansias de vivir y de conocer el mundo de un modo muy distinto.

Llegaron a la habitación que ocupaba la señora Rutherford. La ayudó a desvestirse y a acostarse. Su patrona se quejó de que sólo hubieran dejado una pequeña jarra de agua medicinal en su mesilla, para toda la noche.

—Yo le traeré la mía, no se preocupe —dijo la muchacha servicialmente—. Y pediré para mí otra jarra antes de acostarme. Le deseo que pase una buena noche, señora.

—¡Si eso fuera posible con este horrible dolor de cabeza! —se lamentó ella, que en todo momento tenía que lamentarse por algo. Se tomó las aspirinas con un largo trago de agua y se dejó caer en la cama con un resoplido—. Bien, querida, buenas noches. Si necesito algo, la avisaré.

—Claro, señora —asintió la joven, regresando de inmediato de la vecina habitación, trayendo consigo la jarra prometida, que puso junto a la otra—. Llámeme en cuanto me necesite.

Cerró la puerta de comunicación entre ambas habitaciones sin girar el pestillo ni la llave, y respiró hondo, con cierto alivio. No tenía sueño alguno, de modo que leería un rato antes de dormir. Seguro que con las aspirinas, y habiendo cenado tan copiosamente como de costumbre, pese a sus quejas eternas sobre su salud, la señora Rutherford se quedaría dormida de inmediato, y al menos durante la noche la dejaría en paz.

Contempló la mesilla vacía. Sonrió. Eso, al menos, le daba una excusa para salir de su habitación, sin el severo control constante de la señora Rutherford sobre su persona. Abandonó el dormitorio, cerrando suavemente tras de sí, y avanzó pasillo adelante, hacia la escalera que conducía a la planta baja. Allí se hallaba uno de los servicios de aprovisionamiento de agua medicinal a los clientes. Se acercó al mostrador de mármol, atendido por tres jóvenes damitas de uniforme azul pálido, y solicitó una jarra de agua, que le fue servida de inmediato.

La tomó, mirando alrededor curiosamente. Sus ojos, azules y sagaces, brillaron con una leve excitación. No sólo pudo ver al caballero de la gardenia blanca, sino también a aquella dama ostentosa y frívola con quien se cruzara al salir del comedor esa misma noche. A la dama se le había caído al suelo un espectacular abanico de plumas de avestruz que llevaba consigo, y el caballero, siempre cortés, se inclinaba galante para recogerlo y entregárselo.

Ella sonrió agradecida, y les vio cambiar unas palabras. Cheryl sintió ciertos celos, aunque no existía motivo para ello. Bien mirado, aquel caballero no era precisamente el sueño dorado de una jovencita como ella. Ya mostraba canas plateadas en sus patillas y sienes, algunas arrugas en su bien cuidado rostro, y una cierta madurez a pesar de su aire galante. Pero era un caballero, o al menos lo parecía. Y la madurez en el hombre, siempre ha sido aliciente para las mujeres demasiado jóvenes…

Sin embargo, de repente todo eso se nubló para ella, absorbido por una especie de resplandor insólito y deslumbrante. Bastó una voz suave, profunda y educada, y la aparición ante sus ojos de un rostro, varonil, simpático y atractivo como pocos.

—Señorita, ¿de veras sólo toma agua estando aquí? —Fue la pregunta que la hicieron.

Y se encontró con aquella sonrisa, aquellos ojos oscuros y vivaces, aquellas facciones viriles y llenas de galanura, sobre el blanco impecable de un *smoking* perfectamente cortado, digno de aquella esbelta y arrogante figura.

—¿Yo? —balbuceó la joven, insegura, mirando en torno, en busca de la persona a quien él pudiera dirigirse con tanta soltura y desparpajo.

—Sí, sí, usted —corroboró el joven desconocido, ampliando algo más su sonrisa—. Sólo veo personas que beben agua. Y, sin embargo, hay un bar aquí mismo, al lado, donde sirven excelente *brandy*, cerveza de buena calidad y cualquier otra cosa semejante. ¿Qué le parece, señorita, si deja esa horrible agua medicinal por el momento, y me acepta una invitación?

—No, por Dios —rechazó la joven, enrojeciendo—. Yo no bebo alcohol…

—Sirven otras cosas: zarzaparrilla, refrescos, helados… No me dirá que tampoco bebe de eso y prefiere el agua…

—Pero…, pero no puedo aceptar invitaciones de desconocidos… —murmuró ella.

—¿Desconocidos? Oh, claro, no nos conocemos de nada —rió el joven con asombrosa desenvoltura. Se inclinó ante ella, ceremonioso, y se presentó—: Mi nombre es Archie, Archie Barnes, señorita… Soy norteamericano y he venido aquí para preparar la llegada de mi jefe, un norteamericano sumamente rico, llamado Delmar Baxter, al que esperan para la próxima semana y que ocupará una *suite* completa del balneario, con su servidumbre. Yo me he anticipado a su viaje, para dejarlo todo a punto, señorita…

—Dawson —respondió ella, tímida—. Cheryl Dawson, señor Barnes.

—Bien, ¿se da cuenta? Ya nos conocemos. Casi somos viejos amigos —rió jovial el americano—. Archie Barnes, Cheryl Dawson. Ya no puede negarse a aceptarme una invitación en el bar, se lo ruego.

—Es usted terrible… ¿Todos los americanos son así?

—Poco más o menos. Incluso mi jefe es un torbellino, pese a que el médico le haya recetado aguas termales en Europa, se lo aseguro.

Bien, ¿a qué espera?

—Debo volver con mi patrona, la señora Rutherford. Yo…, yo soy señorita de compañía, ¿sabe? Me debo a la dama que me ha contratado.

—Bueno, pero nadie se debe a nadie durante las veinticuatro horas del día. ¿Dónde está su señora?

—Durmiendo, imagino.

—Entonces, déjela que duerma. Es pronto para que usted la imite. No hará daño a nadie tomando un refresco conmigo. Se lo ruego. No conozco a nadie aquí, y estoy deseando charlar con alguien un rato. Si ese alguien es una joven como usted, bonita y discreta, tanto mejor.

—Parece mentira que no tenga amistades, siendo usted como es.

—Bueno, sólo he utilizado mis armas con usted —confesó él riendo—. Los demás me asustan un poco. Son demasiado ancianos o demasiado serios. Sólo esa dama tan llamativa que vi antes… y ella pertenece, imagino, a otra condición muy distinta a la suya. No es de las que admiten una invitación a un refresco. A menos que dentro de ese refresco haya un par de diamantes o de perlas como obsequio.

—Cielos, ¿existen mujeres así? —se escandalizó Cheryl.

—Se sorprendería de la clase de mujeres y hombres que existen en el mundo y a los que usted, por fortuna, aún no conoce. Conserve cuanto pueda su deliciosa ingenuidad, créame. ¿Y ahora, me acepta esa invitación?

—Es usted infatigable —rió Cheryl, animosa—. Sí, voy a aceptarla.

—Estupendo. Entonces, deje ahí esa jarra de agua, nadie va a llevársela, seguro. Y venga conmigo al antro del vicio y de la corrupción —invitó burlón el joven, ofreciéndola su brazo.

Capítulo II

CHERYL despertó ilusionada. Había tenido un hermoso sueño.

En él, llegaba a los Estados Unidos, donde la esperaba un rico millonario para casarse. Avanzaba hacia una iglesia totalmente cubierta de oro, a cuya puerta veía al rico pretendiente… que resultaba ser el joven y guapo Archie Barnes, con su deslumbrante sonrisa. Luego, la dorada iglesia se convertía en un palacio fastuoso, repleto de criados y doncellas, donde él la invitaba a entrar, ya desposada, para hacerla la más feliz de las mujeres.

Despertó de aquel bello sueño con cierto pesar. La dura realidad cotidiana se imponía ahora. El sol entraba tenue por entre las persianas, y el reloj de su mesilla señalaba las diez. Era la hora de levantarse, vestir a la señora Rutherford, tras ayudarla a su aseo personal, y bajar a desayunar, antes de dar un largo paseo por los jardines del invernadero. Nada de aquello, desgraciadamente, ofrecía el más leve parecido con su soñada aventura. El simple recuerdo de una charla en el bar, ante un refresco de grosella, con el joven secretario del millonario americano, era bien poca cosa en que basar una fantasía tan delirante de su imaginación, se dijo con pesar.

Por fortuna, la señora Rutherford no se había enterado de nada, y dormía apaciblemente. La despertó, cosa que no hizo sino provocar un torrente de gruñidos ásperos que ya no cesarían en toda la mañana.

Cuando terminaron el desayuno y comenzaron a pasear bajo los árboles frondosos, amarillentos ya por la proximidad otoñal, el aire se había enfriado ligeramente y corría una brisa húmeda y molesta que les obligó a regresar de inmediato a cubierto, guareciéndose en el amplio recinto encristalado donde los más ancianos leían los periódicos o contemplaban el exterior, acomodados en las confortables butacas de mimbre. Las empleadas del balneario, con

sus uniformes azules, iban y venían, llevando vasos de agua a sus huéspedes de más edad.

Cheryl se dijo que comenzaba allí para ella otro día interminable, aburrido y triste. La señora Rutherford lo arreglaría luego con una inacabable partida de naipes salpicada siempre por sus inevitables trampas, ya que ni siquiera sabía perder, hasta la hora de la cena. En estos momentos, hasta el almuerzo, se limitaría a permanecer en su silla, contemplando el jardín y diciendo banalidades sin fin. Miró por todos lados en busca de Archie Barnes, el joven y divertido americano, pero no halló rastro de él.

Tampoco vio por parte alguna al caballero de la gardenia blanca al ojal, ni a la exultante dama de pelo negro y fama de femme fatal muy de la época, de quien tan despectivamente hablara el americano. Sólo veía gente aburrida y vulgar, como todos los días en aquel horrible lugar, pensó con amargura, sin preocuparse siquiera de escuchar las volubles palabras huecas de su patrona.

Inesperadamente, una voz la sobresaltó. No era, como la noche antes, la de un guapo joven extranjero, sino la de una empleada del balneario, repitiendo en voz alta por el encristalado salón:

—Señorita Cheryl Dawson… Señorita Cheryl Dawson…

Perpleja, y también asustada, enrojeció vivamente, y apenas si atinó a balbucear cuando la señora Rutherford fijaba su mirada aviesa e inquisidora en ella:

—Yo… yo soy.

La empleada se acercó a ella. Para asombro de Cheryl, le tendió dos sobres cerrados, con el membrete del balneario, ambos con la solapa bien pegada.

—Son para usted, señorita —dijo la empleada, sonriente.

Cheryl se quedó de una pieza. Miró, turbada, a la inválida. Ésta era una máscara de frío reproche.

—Bien, jovencita, veo que es usted mucho más popular aquí que yo misma —dijo glacialmente—. ¿No piensa abrir toda esa copiosa correspondencia?

—Sí, claro, claro… —musitó la joven, más confusa que nunca.

Miró la letra de ambos sobres. Dirigidos a su nombre en las dos ocasiones, era obvio que no se trataba de la misma persona quien le escribiera. Una letra era aguda, grande, enérgica y rasgada. La otra, pequeña, redondeada, minuciosa y pulcra. El corazón le palpitaba

con fuerza. Estaba confusa. Confusa y asustada. Sobre todo, asustada por la señora Rutherford. Aquello no le gustaba nada, era obvio.

Abrió el primero, rasgando la solapa nerviosamente.

Había elegido el de la letra grande y segura. Sonrió al desplegar la hora escrita apresuradamente:

Perdone si no me despido de usted —leyó—. Podremos vernos dentro de tres días, cuando vuelva con mi jefe, Delmar Baxter, el millonario americano del que le hablé. Si sigue aquí, me gustará hablar ampliamente con usted entonces. Si no, no deje de depositar una dirección en el balneario, para que me la entreguen, y adonde pueda escribirla, Cheryl. No deje de hacerlo, o me hará muy desgraciado. Su buen amigo: Archie.

Se quedó aturdida. No esperaba algo así. Releyó la misiva, bajo la siempre taladrante mirada de su patrona, que no perdía ojo. Luego, lentamente, guardó ese mensaje y abrió el otro.

Era muy distinto. Mucho. Aquella letra menuda, redondeada y pulcra, cubría media página, con un texto algo incongruente para ella:

Señorita, he preguntado su nombre para escribirla este breve mensaje. Perdone mi atrevimiento. Me he percatado de que la dama a quien sirve es una especie de mastín malencarado. Me hubiera gustado tratarla y verla de cerca. Pero aunque ello no fue posible, guardaré de usted siempre el mejor recuerdo. La evocaré como la muchacha de rostro más hermoso jamás conocido. Porque su faz posee una dulce ingenuidad, una femenina dulzura que lo hace más bello aún de lo que es, y que ninguna otra mujer, hoy en día, posee ya por desgracia. Créame. Nunca olvidaré su rostro. Nunca. Tal vez un día nos veamos de nuevo sin esa horrible señora por medio. Su afectísimo: Coronel Zoltan Herzog, del ejército imperial austro-húngaro.

Respiró hondo, pasmada todavía. Para su desgracia, esta vez la señora Rutherford fue más rápida que ella y logró arrebatarla el mensaje escrito, sin que ella pudiera evitarlo. La vio palidecer, enrojecer luego y soltar finalmente una sarta de imprecaciones al

enterarse del contenido.

—¡Ese salvaje, ese grosero…! —Farfulló, fulminando a Cheryl con su mirada—. ¿Y usted, jovencita, permite que hombres tan indignos la escriban misivas en ese tono? ¿Qué clase de dama de compañía me he buscado, que coquetea con todos los hombres con quienes se encuentra?

—Señora Rutherford, se equivoca. Yo…, yo no le traté siquiera —balbuceó la joven, indignada.

—¿Ah, no? ¿Y esa otra carta que se ha apresurado a guardar? ¿De quién es?

—Señora, no tiene derecho nadie a inmiscuirse en los asuntos personales de los demás. El correo es sagrado. No debió tampoco quitarme esa carta, aunque me tenga sin cuidado ella y quien la envió…

—¿Ah, sí? ¿Entonces esa otra carta sí le interesa mucho más?

—Pues sí —admitió Cheryl en un arranque de valor, encarándose con su patrona—. ¿Tengo derecho a mantener reserva sobre mis cosas o no?

—Muy bien. Hágalo, si lo desea —airada, la señora Rutherford hizo una pelota con la otra carta y se la arrojó a las manos a su señorita de compañía—. Tome este infecto e insultante papel, si quiere guardarlo también. Pero sepa que, en cuanto me sea posible, y de regreso en Londres, es muy posible que decida prescindir de una empleada tan poco disciplinada como usted. Mucho deberá cambiar de actitud y comportamiento si desea seguir a mi servicio o recibir de mí buenos informes para otros empleos, se lo garantizo, señorita Dawson. Ahora, haga el favor de dejarme sola y no volver hasta la hora del almuerzo. Eso, sin duda, le permitirá fácilmente ensanchar su círculo de amistades, estoy segura —concluyó con agrio sarcasmo, encerrándose en un ceñudo gesto de adustez que hizo desistir a Cheryl de todo conato de explicación o razonamiento.

Altivamente, conteniendo cuanto le era posible el llanto que pugnaba por saltar de sus límpidos ojos celestes, la muchacha dio media vuelta, ondeó su rubia melena con el movimiento de cabeza, y su figurita esbelta y juvenil se alejó, taconeando con firmeza, camino del jardín donde dio rienda suelta a su disgusto, y se cubrió el rostro con ambas manos para poder sollozar tranquila.

Fue en ese instante, nunca lo olvidaría ya mientras viviera, cuando el horror se hizo presente por primera vez en su existencia. Un horror sin límites que iba a perseguirla inexorablemente hasta más allá de todo lo imaginable, hasta las fronteras mismas de la angustia y de la muerte…

Una voz potente, clara, desgarradora, clamó en algún punto del edificio destinado a hotel de los huéspedes del lujoso balneario de Montmaison:

—¡Favor, socorro! ¡Llamen a la policía, pronto! ¡Se trata de un crimen! ¡Un horrible crimen ha tenido lugar en el segundo piso del edificio! ¡Han asesinado a la señorita Irina de Fargour…! ¡La han asesinado… y además le han cortado ambos pechos después de muerta…!

Las manos enguantadas acariciaron suave, casi mórbidamente, las dos formas de mujer, cuya base chorreaba sangre, ya coagulada sobre los gruesos paños que envolvían el macabro contenido.

—Son hermosos… —susurró la voz ronca del hombre que rozaba con sus dedos, casi voluptuosamente, aquel par de semiesferas de carne humana, suave y tersa, nacarada y rematada en dos pezones color fresa suave, tono que ni siquiera la muerte había logrado deteriorar aún. Eran realmente dos pechos de mujer espléndidos y firmes, dos piezas antológicas de torso femenino, del tamaño justo, preciso, de la tonalidad alabastrina de una piel sedosa y casi aristocrática.

—Son muy hermosos… —repitió su dueño, embriagado por algo muy semejante al éxtasis, mientras sus ojos contemplaban embelesados tan espantosos trofeos sanguinolentos, en la penumbra del compartimento posterior de aquella limousine larga, negra, de potente motor, que iba rodando por la carretera francesa a buena velocidad, conducida por otro silencioso personaje que, enfundado en un largo guardapolvo oscuro, gorra visera con gafas para chófer, y gruesos guantes de cuero, se limitaba a mantenerse al volante, sin prestar la menor atención a su pasajero.

Éste, atrás, seguía embelesado en la contemplación de sus macabras pertenencias, pero no sin que se ocupara cuidadosamente, tras extraer un pequeño frasco de entre sus ropas, de derramar encima de aquellos senos de mujer, limpiamente segados por su base, un líquido de fuerte olor que bañó la piel de ambas piezas de

carne totalmente, formando sobre su epidermis fría como una capa cristalina.

—Así se conservarán hasta el gran día —habló roncamente el hombre, con un suspiro de alivio—. O cuando menos, hasta que logre depositarlos en su adecuado recipiente, a la espera del momento supremo en que la obra sea completada…

Y con una sonrisa complacida, envolvió de nuevo los pechos femeninos en los oscuros paños que los contenían, guardando todo ello en una maleta circular, semejante a una sombrerera, de piel color marrón oscuro.

Depositó la valija de tan siniestro contenido junto a sus pies, en el suelo del potente automóvil, y se retrepó en el asiento, con aire satisfecho, mientras la campiña francesa, en la noche, desfilaba veloz a ambos lados de la ventanilla, a medida que se dirigían a su punto de destino.

—Gale, no es preciso que conduzcas tan deprisa —habló tras un silencio, inclinándose hacia el cristal de separación entre los dos compartimentos de la limousine, que descorrió para comunicar con su chófer—. No conviene que despertemos las sospechas de nadie, después de todo…

El conductor movió la cabeza afirmativamente, volviéndose a medida que reducía la velocidad ante un paso a nivel. Bajo la gorra y las gafas de chófer, brillaron unos ojos astutos y fríos. Los labios, carnosos y sensuales, modelaron una sonrisa, por encima del subido cuello del guardapolvo.

—Sí, profesor —afirmó con voz femenina, profunda y cálida—. Como usted ordene… ¿Está satisfecho de su mercancía?

—Mucho, Gale. Son los más hermosos que vi jamás… sin desmerecer los tuyos, claro.

—No tiene que ser cortés conmigo, profesor —rió la conductora del coche suavemente—. No soy su amante, sino su colaboradora. Le dije que esa mujer poseía los pechos más hermosos de toda Europa. Y creo que no me equivocaba, ¿verdad?

—No, ciertamente que no. Lo son. Te felicito por tu excelente gusto, Gale. Me has sido muy útil en este caso. Yo diría que son, incluso, los senos de mujer más bellos del mundo, aunque pertenecieran a una vulgar ramera de gran lujo que, por otro lado, no poseía ningún otro atributo de tal categoría, la verdad… Ni tan

siquiera la suficiente inteligencia como para darse cuenta de lo que iba a sucederle a la muy estúpida y ambiciosa…

Soltó una carcajada que coreó Gale con una risita sardónica, antes de reanudar la marcha, cuando pasó veloz un tren en la noche, dejando tras sí una estela de humo, y fuerte olor a carbonilla, y se alzó la barrera del paso a nivel.

El comisario Lenormand movió la cabeza con desaliento, tras echar una bocanada de humo de su maloliente y quemada pipa. Luego suspiró, dejando caer la sábana sobre el cuerpo tendido en el lecho.

Horrible —comentó, sin la menor originalidad—. Francamente horrible, *monsieur*. Supongo que este suceso va a perjudicar notablemente a su negocio…

Monsieur Durolle, administrador general del lujoso balneario de Montmaison, hizo un gesto de circunstancias y estrujó nerviosamente sus manos, dando un aspecto realmente lastimoso y casi patético. Su voz resultaba plañidera al lamentarse:

—Imagine, comisario… Años y años de prestigio, puestos de pronto en juego por un loco, por un asesino sin conciencia, capaz de cometer semejante barbaridad… ¡Y nada menos que elegir como víctima a *mademoiselle* de Fargour, una cortesana tan conocida, con amigos tan influyentes y ricos…! Todo París se enterará de esto. Toda Francia se escandalizará. ¿Quién querrá venir la próxima temporada a mi balneario, con tan funesto precedente?

—Bueno, bueno, tal vez el morbo de la gente venza sus escrúpulos naturales —hizo notar cachazudamente el policía, rascándose la nuca—. Después de todo, hubiera sido peor que muriese envenenada. Siempre habría algún malintencionado que atribuyese la muerte a sus aguas termales…

—Cielos, lo que hubiera faltado. No, eso lo sabe todo el mundo. Las aguas de nuestro manantial son inapreciables como remedio para el reúma, los cólicos hepáticos o renales, las dolencias del estómago… En fin, para todo. Pero este monstruoso crimen, el escándalo que va a despertar en todas partes…

—Eso, me temo que ni yo ni nadie podamos evitarlo ya. Y menos aún, habiendo mediado un empleado suyo tan inconsecuente como para empezar a lanzar gritos cuando halló el cadáver, de modo que todo el balneario se enterase de lo sucedido…

—Oh, por favor, no me hable de eso, comisario —gimió el

administrador, enjugándose el sudor de su abombada frente—. Ese empleado, está despedido ya. Pero el mal está hecho y nadie puede remediarlo. En menos de dos horas, se han acumulado en recepción más de cuarenta anulaciones de residencia. Hoy se va a quedar esto semidesierto, por culpa de esa imprudencia.

—Pero aunque su empleado hubiese sido prudente, *monsieur* Durolle, el crimen existiría. Y la mutilación también —el policía fijó sus ojos maliciosos en el otro, a través de una auténtica nube de humo apestoso—. ¿Qué tiene que decirme al respecto? ¿Según usted, quién pudo ser capaz de tan abominable acción?

—Oh, eso nunca puede saberse, cuando más de ciento cincuenta personas conviven bajo un mismo techo, y todas ellas parecen ser distinguidas, honorables y perfectamente fuera de toda sospecha.

—Algo hay evidente: el asesino no llegó de fuera. No hay señales de fracturas, violencias ni nada por el estilo en todo el recinto. Quienquiera que mató a la señorita de Fargour, estaba con ella anoche en esta misma alcoba, y bebiendo champaña de inmejorable calidad, por las apariencias —señaló la mesita arrinconada, donde se veía aún una botella vacía, de Veuve Clicot brut, junto a dos copas en cuyo fondo se veían restos del dorado líquido espumoso.

—Es muy posible, comisario. Ya sabe lo que son estas mujeres… Habituadas a alternar, a hacer amistades… Nadie ha tocado, que yo sepa, ni una sola de sus joyas…

—Muy cierto —el policía se inclinó y extrajo de debajo de la sábana el brazo ya rígido de la víctima, mostrando un brazalete de diamantes y varias sortijas de oro, platino y piedras preciosas en sus bien cuidados dedos. Luego volvió el macabro miembro bajo la protección de la tela blanca—. Esas joyas valen muchos miles de francos, usted lo sabe. No la despojaron de nada. Sólo de… de sus pechos. Raro, ¿no?

—Mucho —jadeó el administrador del balneario—. Será un sádico, un enfermo mental, sin duda…

—Sin duda, *monsieur* —admitió ceñudo el policía—. Me ha dicho usted que dos caballeros abandonaron esta mañana temprano el hotel del balneario…

—Así es —consultó una nota que llevaba en un bolsillo—. Se trata de un joven americano, de nombre Archie Barnes, y de un caballero húngaro, un militar herido en la Gran Guerra, el coronel

Ferenc Herzog…

—Ya. ¿Se le vio a alguien en compañía de esa dama?

—Que conste en mis informes, solamente al coronel. El americano pareció establecer anoche amistad con una jovencita inglesa, dama de compañía de una cliente nuestra, la muy respetable señora Sybil Rutherford, de Londres. Pero según algunos camareros, el coronel entabló una relación con Irina de Fargour en el comedor, durante la cena, y les vieron juntos paseando por los jardines y tomando algo en el quiosco cercano al puente… Todo esto, naturalmente, conforme a los informes del personal.

—Muy bien. Daré orden de que busquen el actual paradero de ese coronel húngaro. En cuanto al otro caballero… me gustaría hablar unas palabras con la joven inglesa que tuvo algún trato con él.

—Ella se llama Cheryl Dawson, y podrá encontrarla en las habitaciones 207 y 208, inspector. Por cierto, también esa dama, la señora Rutherford, ha anulado el resto de su estancia aquí, apenas supo lo del asesinato…

Capítulo III

—ME resulta increíble, jovencita. Totalmente lamentable y penoso, ésa es la verdad. ¡Recibir yo en mi propia alcoba a un tosco y vulgar comisario de policía para hacer preguntas!

—Señora, permítame observarle que quien debía responder esas preguntas era yo, no usted. Y que si entró en su alcoba, fue porque estaba preparando su equipaje, y nada más. Nada de todo eso iba con usted.

—Es igual —se irritó la señora Rutherford pegando un seco golpe con su mano en el brazo de su silla de ruedas—. Lo cierto es que me he visto involucrada, más o menos directamente, con un asunto tan desagradable como sórdido, exclusivamente por su culpa, señorita Dawson. En lo sucesivo, elija mejor a sus amistades.

—Yo no tengo que avergonzarme de nada. Ese caballero americano era secretario de un millonario famoso, y persona digna de todo respeto. Ya oyó al comisario. Es a otra persona a quien buscan como sospechosa de ese horrible crimen.

—¡Exacto! ¿Y a qué persona? —La contempló con rostro que rebosaba sarcasmo—. Nada menos que a aquel caballero de la flor en el ojal, que tanto la impresionó a usted ayer. ¡El coronel Herzog, del ejército imperial austrohúngaro! Vaya usted a saber si sólo se trataba de un estafador elegante, capaz de cualquier cosa por dinero.

—El comisario dijo que no han tocado una sola joya de la víctima. Además, yo no entablé la menor relación con él…

—¡No sería por falta de ganas! —Cloqueó la intolerante dama—. Recuerde que estaba ansiosa por saludarle, por hablar con él. Si no, ¿por qué la escribió él esa espantosa carta llena de ofensas e insultos a mi persona?

—Lo ignoro —se estremeció levemente la joven, dirigiendo una mirada al ferrocarril de humeante locomotora que, emitiendo un

estridente silbido, se aproximaba a la pequeña, provinciana estación de Montmaison, el apacible lugar de las aguas termales, los caballeros arrogantes… y el crimen horrendo y estremecedor.

—Menos mal que volvemos a Londres —suspiró la inválida—. Empiezo a estar harta de esta Francia tan llena de gente rara y violenta. Las Islas son otra cosa, querida. Espero que allí, cuando menos, se comporte con más dignidad que hasta ahora, si es que quiere conservar su empleo.

Cheryl calló, sin dignarse responder a su patrona. Si se hubiera dejado llevar por sus impulsos, allí mismo hubiera dicho adiós a su empleo para siempre, dejando sola a la señora Rutherford en su compartimento de primera clase con destino a Calais, donde embarcarían para cruzar el Canal, de regreso al brumoso y triste Londres. Pero recordó que no era tarea fácil hallar nuevo trabajo, y menos sin buenas referencias, y optó por permanecer muda, tragándose todas las injurias de aquella insufrible mujer.

Cuando el tren se alejó del balneario, vomitando humo por su ancha chimenea, Cheryl Dawson dirigió una mirada de tristeza hacia los edificios y jardines del balneario. Aunque había dejado sus señas londinenses en recepción, en un descuido de su señora, no tenía la menor esperanza de que el alegre y atractivo muchacho americano, secretario del millonario neoyorquino, llegase jamás a interesarse de nuevo por ella.

Había sido un hermoso sueño que duró solamente unas horas: las pasadas con él en el bar del balneario, y las que después la permitieron soñar con algo tan irreal e inalcanzable.

Ahora, la amarga realidad se imponía en toda su crudeza. Una realidad hecha de nieblas londinenses, de la señora Rutherford y sus manías, de un trabajo irritante y penoso, lejos de los balnearios de lujo e incluso lejos de la excitación morbosa que significaba la existencia de un crimen con espantosas mutilaciones.

Cheryl Dawson se detuvo ante el puesto de periódicos, fascinada. Clavó sus ojos en la portada de aquella revista ilustrada. Un hormigueo de excitación recorrió su cuerpo por un momento.

Junto al dibujo de una *ecuyére* que triunfaba en el Cirque D’Hiver de París, compartía la cubierta otro dibujo espectacular, con una hermosísima mujer morena, de grandes ojos sombreados, bajo cuya

faz se veía otro boceto, con un cuerpo sangrante, mutilado en sus senos, en un dormitorio cuya estructura le era familiar. El titular de aquel dibujo de portada confirmó sus impresiones iniciales:

Sigue sin resolverse el atroz asesinato del balneario francés. La policía confirma que el coronel Herzog, sospechoso principal; ha desaparecido sin dejar rastro. No existe nadie de ese nombre, según las autoridades militares húngaras.

No pudo resistir la tentación. Adquirió un ejemplar de la revista, que se dispuso a leer ávidamente mientras el suburbano la conducía de regreso a casa de su patrona, la señora Rutherford, tras haber hecho para ella una serie de recados por la ciudad.

Pero antes de llegar a la estación más próxima del suburbano, en Piccadilly Circus, debía bajar un trecho por Shaftesbury, ante las fachadas de los teatros Apolo y Lyric. Eso, en sí, no tenía nada de particular, naturalmente. Pero fue la circunstancia que le hizo encararse, nuevamente, con algo que creía haber dejado ya muy atrás, y de modo definitivo.

Fue al pasar ante la puerta del escenario del Lyric, a aquella hora en que posiblemente se ensayase dentro la representación teatral en cartelera, dada la temprana hora del día en que se encontraba. Los carteles anunciaban la gran atracción que suponía para los aficionados al bel canto la presencia de Sheila Randall, la famosa soprano, al frente de la compañía allí instalada. Tampoco eso hubiera interesado lo más mínimo a Cheryl, de no ser porque algo más sucedió en ese momento. Ella no era aficionada al teatro en particular, aunque amaba la música, pero de inmediato su interés se concentró en el Lyric y en sus representaciones teatrales.

Existió un motivo para ello. Un motivo que la dejó inicialmente perpleja, desorientada. Un *roadster* color amarillo se había detenido ante el teatro cuando ella pasaba. Y un hombre elegante saltó de él, con su ramo de flores en la mano, acercándose a la puerta del escenario, que el portero le franqueó ceremonioso, quitándose la gorra, mientras recibía una propina del desconocido.

Cheryl se paró en seco, su mirada fija en el hombre. Éste no pudo evitar advertirlo, y la dirigió una rápida mirada de soslayo antes de entrar en el teatro, sin que diera la impresión de conocerla en absoluto.

Pero ella sí le reconoció a él de inmediato. A pesar de llevar unas patillas más largas y frondosas, a pesar de la barbita recortada y el cabello más canoso. Porque dos detalles del hombre le resultaron a Cheryl tremendamente familiares. Uno, el monóculo que sostenía en su ojo derecho. Otro, la gardenia blanca que lucía en su ojal.

Sólo cuando ya el hombre había desaparecido de su vista, Cheryl estuvo segura de haber visto nuevamente al coronel Herzog, el caballero del balneario de Montmaison. El sospechoso de asesinato, según la policía francesa.

El corazón le dio un vuelco. Sintió una extraña emoción agarrotando su ser.

—No es posible… —se dijo—. Él no puede estar ahora en Londres…

Siguió caminando, en dirección a la entrada del metro. Pero sus sospechas se reforzaban por momentos, a medida que recordaba al hombre del ramo de flores.

—No hay duda —murmuró—. Es él mismo… Con pelo teñido, con patillas más largas, con una barba que quizás sea postiza… pero es él. Podría jurarlo. Y creo que me ha reconocido perfectamente…

Estaba confusa, aturdida. Ni siquiera sabía qué hacer. Podía ir a la policía, naturalmente. O parar a un policía en plena calle e informarle de que había visto al hombre a quien la policía de Francia buscaba como culpable de un delito de asesinato con mutilación. Pero ¿y si se equivocaba? Resultaría horrible una posibilidad así. Y por otro lado, estaba la señora Rutherford. ¿Qué diría ella, si llevaba otra vez la policía a su casa, en relación con un asunto tan sórdido? Era capaz de despedirla de modo fulminante.

—No, no —se dijo al fin, resueltamente, entrando en el subterráneo decidida—. No diré nada. Es posible que me haya equivocado, después de todo. Sí, es muy posible. Estoy demasiado obsesionada con todo ese asunto… Será mejor olvidarlo para siempre.

Subió al convoy, sentándose y comenzando a leer la publicación de sucesos donde se hablaba del crimen cometido casi un mes atrás en el balneario francés. Pero difícilmente pudo centrar su atención en aquel texto, deliberadamente sensacionalista y morboso. En las ilustraciones interiores, un dibujo realizado a base de las

descripciones de los testigos, presentaba al caballero de la gardenia en la solapa con rara perfección. Se estremeció.

Estaba ahora más segura que nunca de que había vuelto a ver a la misma persona. Pero también comprendía que debía callar, si quería conservar su trabajo. Cuando llegó a la casa antigua, recargada y triste, de la señora Rutherford, no mencionó nada al respecto. Pero no pudo apartar de su mente la honda preocupación que la embargaba.

Preocupación que se tornó horror sin límites cuando, al otro día, un periódico londinense le gritó sus titulares de primera plana casi con insultante crueldad, desde el puesto de un vendedor callejero:

Espantoso crimen en el teatro Lyric. La gran cantante y hermosa mujer Sheila Randall, aparece degollada en su camerino. El asesino mutiló su cuerpo, despojándola del tronco completo. Sólo su cabeza, piernas y brazos, aparecieron dispersos en el ensangrentado camerino, junto con sus senos, separados del resto del desaparecido tronco.

Cheryl sufrió un desvanecimiento. Tuvieron que recogerla varios transeúntes, trasladándola a un cercano centro de asistencia médica.

El superintendente Hawkins arrugó el ceño, contemplando con cierto malhumor a la señora Rutherford.

—Lo lamento, señora. Pensamos que lo mejor era traerla a su casa en un coche patrulla, dada la situación. Antes de eso, su señorita de compañía tuvo la gentileza de informarnos de cuanto cree saber sobre el asunto del teatro Lyric.

—¿Saber, ella? —Tronó la inválida con voz bronca—. ¡No la haga el menor caso, superintendente! ¡Es una chiquilla llena de ideas absurdas y de locas fantasías! ¿Qué puede saber ella sobre ese teatro? Ni siquiera ha ido nunca a una representación de ópera ni nada parecido. Sabe tocar el piano, sí, pero eso es todo lo que se relaciona entre ella y la música. Es sólo una pueblerina, una chica provinciana llena de tonterías y de pájaros en la cabeza.

El superintendente carraspeó, algo molesto, y miró de soslayo a la pálida muchacha, que se mordía los labios para no replicar, con las lágrimas agolpadas en sus ojos.

—Bueno, señora, lo cierto es que su empleada nos ha dado un informe que puede ser valioso, pese a todo, puesto que ella estuvo

en el balneario francés donde se cometió otro crimen con mutilaciones no hace aún un mes. Según su declaración, el mismo hombre de la gardenia en la solapa, el supuesto «coronel Herzog» de Montmaison, entró ayer en ese teatro llevando un ramo de flores. Y de inmediato se comete otro crimen semejante al de Francia. No creemos que sea una casualidad, diga usted lo que diga de su señorita de compañía, señora Rutherford.

—Bah, paparruchas. Lo habrá ideado al leer la noticia. Es capaz de algo así —la miró inquisitivamente, con gesto malhumorado—. Pero ella ignora que este nuevo escándalo va a costarle el trabajo, maldita estúpida… Ahora, por favor, superintendente, márchese y déjeme sola con ella. Y nos ha molestado bastante con su llegada y esos policías plantados ante mi casa, como si aquí sucediera algo horrible.

—¡Lástima, señora Rutherford, que no haya sido usted la víctima de ese loco, en vez de la cantante de ópera! —clamó inesperadamente Cheryl, estallando al fin sus nervios de modo incontenible.

—¿Eh? Pero ¿qué dice esta desquiciada chiquilla? —Se horrorizó la inválida—. ¿Oye usted eso, superintendente? ¡Se atreve a desearme algo así en mi propia cara, en mi misma casa, delante de extraños!

—Lo he oído, señora —sonrió el policía, cortés—. Y lamento tener que opinar que, en cierto modo, comprendo sus deseos. Buenas tardes, señora.

Abandonó la casa con una sonrisa vagando por sus labios. Cheryl lloraba incontenible apoyada en la pared, y la señora Rutherford, congestionada y furiosa, la señaló su alcoba.

—¡Fuera de aquí! —Bramó—. ¡Vaya a su cuarto y enciérrese en él! Hablaremos más tarde de todo esto. Espero que sepa pedirme perdón y yo sea capaz de concedérselo, por su incalificable conducta de hace poco… Aun así, dudo mucho de que pueda conservarla por más tiempo a mi lado. Tendrá que volverse a su triste pueblo, a vegetar como hasta ahora, maleducada criatura… ¡Vamos, fuera de mi vista, pronto!

Iba a partir a la carrera la joven, entre sollozos, cuando sonó insistentemente el timbre de la puerta. La dama frunció el ceño, sacudiendo la cabeza con disgusto.

—¿Quién será ahora? —Se preguntó con tono acre—. Vamos, limpie esas lágrimas y abra de una maldita vez por todas. ¡Abra esa puerta, pronto!

Cheryl se secó el llanto y, dominándose, fue a la entrada a abrir. Cuando lo hizo un grito de asombro brotó, incontenible, de sus labios:

—¡Usted! ¡Archie! —clamó, sin dar crédito a sus ojos.

—Gale, conecte ese recipiente ya.

La exótica y misteriosa mujer morena asintió, avanzando bajo las luces azules y espectrales del extraño laboratorio. Llegó a un interruptor y lo accionó. De inmediato, una luz lívida, fantasmal, alumbró el interior de una vitrina situada sobre un soporte. El espectáculo hubiera resultado dantesco, insufrible, para alguien que no fuese el par de personajes que en estos momentos contemplaban todo aquello.

Porque el laboratorio ofrecía una amplia muestra de lo más alucinante que pudiera imaginarse, en las diversas urnas o vitrinas de vidrio, llenas de un líquido acuoso, ligeramente turbio, y conectadas con cables que partían de ese mismo líquido, para ir a conectarse todos con un aparato central de gran potencia eléctrica, que trepidaba levemente al fondo de la amplia y aséptica estancia.

—Admirable… —jadeó el hombre que diera la orden, extasiado ante la visión de lo que contenía la última vitrina iluminada—. Realmente admirable. Es el tronco de mujer más perfecto que jamás vieron ojos humanos…

Gale asintió. Ahora que no vestía guardapolvo ni gorra con gafas de chófer, sino una bata blanca y el cabello suelto, únicamente adornado por una ancha cinta multicolor, de terciopelo, salpicada de pequeñas perlas, mostraba toda su extraña, inquietante belleza exótica.

Tenía la piel morena, cetrina, de reflejos broncíneos, ojos muy negros y rasgados, frente amplia y tensa, boca carnosa, de rara curvatura que le daba un eterno aire sardónico, nariz levemente aplastada, y cejas muy arqueadas.

La figura era alta, esbelta y llamativa. La bata blanca, sin embargo, le daba una cierta rigidez ahora. Se aproximó a la urna donde flotaba aquel fragmento de cuerpo humano, un tronco femenino entre cuello e ingles, y que ahora, iluminado por el

resplandor azul, cobraba un extraño aspecto, como si la cadavérica piel del mutilado cuerpo adquiriese un tinte de misteriosa vida.

El recipiente de vidrio con tan macabro contenido, no estaba solo en el laboratorio. Otros dos mostraban partes de un cuerpo humano, flotando asimismo en aquel humor cristalino al que se sumergían los cables de la conexión eléctrica. En uno de ellos, flotaban dos hermosos senos de mujer, perfectamente segados por su base. En el tercero, eran varias las piezas que palpitaban en el líquido.

Palpitaban, sí.

Era visible claramente su movimiento rítmico, pausado, como si estuvieran aún incrustadas en un cuerpo humano, aunque aparecían flotando separadas, aisladas entre sí, todas ellas en conexión con finísimos cables que iban a parar a la misma terminal eléctrica. Aquellos órganos humanos bailoteando en el líquido, y con aparente vida en todos ellos, eran un corazón, un hígado, un bazo, unos pulmones, unos riñones y una masa intestinal.

Las palpitaciones del corazón eran ostensibles. También el movimiento tenue de ambos pulmones. Aquella alucinante vida aplicada a órganos y vísceras totalmente separadas del cuerpo humano, tampoco parecía inquietar lo más mínimo a Gale. Y menos aún a su acompañante, el hombre alto, elegante y calmoso que se movía por entre aquel cúmulo de horrores con la mayor naturalidad y complacencia del mundo. Su voz comentó extasiada ante aquella galería de espantos humanos:

—Ya tenemos los elementos fundamentales de nuestra obra… excepción hecha, claro está, del más importante de todos…

—¿El cerebro? —sugirió con una vaga sonrisa Gale.

—Sí, mi querida Gale —suspiró el hombre, acariciando con dedos sensitivos el vidrio exterior de aquel recipiente donde flotaba el tronco humano, seccionado limpiamente a la altura de su garganta y de sus caderas, así como desprovisto por completo de senos, en cuyo lugar se advertían dos círculos sanguinolentos, huella de su limpia mutilación—. El cerebro… Pero eso no corre demasiada prisa aún. Nos faltan otros elementos vitales para la gran creación…

—Profesor, ¿por qué buscar por separado los pechos y el tronco?

—Mi querida Gale, si hubieras visto a la hermosísima Sheila

Randall desnuda… Sus pechos eran flácidos y caídos. Una verdadera pena. Yo lo sabía. Por eso elegí previamente los pechos más hermosos imaginables. Unidas ambas cosas, darán una belleza perfecta, ya lo verás.

—¿Y el resto de…?

—Será igual. Todo hermoso, perfecto. No puede ser de otro modo. Y todo ello al servicio de una mente privilegiada, como no podía ser menos.

—A Frankenstein le falló esa meta, profesor —sugirió ella con ironía.

—¡Frankenstein! —Repitió despectivo el hombre—. ¡Qué tontería! Es sólo una creación literaria, una estupidez. Un hombre de su inteligencia jamás hubiera fallado. La obra hubiera sido perfecta. Ésta lo será. Porque nuestra labor es muy distinta. No trabajamos con carne muerta, sino con carne viva. Carne que palpita, que cruje, por decirlo así. Mira esto, querida Gale, y juzga después si esa pobre criatura literaria imaginada por una neurótica puede compararse a mí…

Se aproximó, algo excitado, al grupo eléctrico que mantenía la corriente conectada a cada una de las tres vitrinas. Se inclinó sobre una palanca y la giró levemente. En una esfera numerada, una aguja subió desde el punto siete al ocho. Y luego al nueve, donde se detuvo.

Ocurrió algo sorprendente, que los ojos oscuros y enigmáticos de Gale contemplaron con cierta admiración.

En cada una de las vitrinas iluminadas, se captó una reacción, un movimiento algo brusco a esa maniobra del llamado «profesor». El torso femenino se agitó, en un leve bailoteo, y se percibieron pulsaciones de la carne a la altura de su tráquea y de su estómago. Los pechos de la otra urna, se agitaron vibrantes, notándose un endurecimiento y rigidez de sus pezones. En la tercera vitrina, el corazón palpitó con fuerza, e incluso la masa intestinal se agitó como en un súbito espasmo, mientras los pulmones parecían hincharse en una agitada respiración. En el silencio profundo del laboratorio, donde sólo era audible ahora el zumbido persistente de la corriente eléctrica de alto voltaje, se pudieron sentir los chasquidos de la carne viva, el leve crujido de aquellos miembros y órganos dispersos, sometidos a una vida artificial y horrible.

El profesor lanzó una carcajada, volviendo la aguja a su punto de partida, con lo que la aparente calma de la carne en conservación artificial volvió a cada recipiente.

—Es admirable —comentó Gale en voz baja, mirando a su jefe fijamente—. Realmente admirable. ¿Y será así en todo momento?

—En todo momento. Frankenstein trabajaba con carne muerta, casi putrefacta, con simples despojos de cadáveres. Yo, no. Trabajo con carne que aún vive. Seguirá viva hasta ensamblarla entre sí al resto de piezas que nos faltan.

—¿Ya tiene elegidas a las futuras donantes de miembros? —indagó Gale.

—Sí —suspiró el hombre, con ojos brillantes—. Ya están elegidas todas. Brazos, piernas, ojos, rostro… cerebro. Todo. Será lo más bello posible. Y el resultado, no podrá ser sino uno: la criatura más hermosa y perfecta que jamás se creó en el mundo, Gale. ¡Ésa es mi gran obra, la obra cumbre del genio del profesor Luther Vorsted!

Y el resplandor de sus ojos se hizo radiante, demoniaco, lleno de una inmensa y terrorífica soberbia.

Capítulo IV

—NO sé por qué tienes que volver a esta casa, Cheryl…

La joven sonrió, algo turbada, mirando con embeleso a su acompañante. El rostro jovial y simpático de Archie Barnes le dio ánimos para revelarle lo que pensaba:

—Verás, creo que es justo venir a despedirse, cuando menos. La señora Rutherford es muy desagradable, lo admito. Tú mismo viste cómo se puso cuando te abrí la puerta y acepté tu invitación a salir contigo por ahí.

—Recuerdo, sobre todo, que te despidió con cajas destempladas, diciéndote un montón de cosas horribles —sonrió él, apoyándose en el quicio de la puerta de entrada a la vivienda de Sybil Rutherford.

—Ya me había despedido antes, en presencia del superintendente Hawkins, con parecidos insultos y ofensas —rió ella, olvidado ya su disgusto y humillación de entonces—. En realidad, siempre me trató así. Es una mujer amargada por su dolencia y su soledad. No tiene amigos ni parientes, necesita de alguien a su lado día y noche. Tal vez en sus circunstancias, también yo obraría así. No puedo reprochárselo.

—Eres demasiado humanitaria con ella —la reprochó Archie, mirándola con falsa severidad—. Pero me gusta que seas así. ¿Qué vas a decirle ahora?

—La verdad. Que nos hemos casado —rió la joven, todavía sin poderse creer todo aquello, y contemplando el anillo de oro que circundaba su dedo anular—. ¡Casado! Oh, Archie, es algo increíble… Yo, casada. Contigo, un joven americano a quien casi no conozco…

—No hace falta conocerme más para casarse —dijo él risueñamente—. Y menos aún para sentir amor. Me enamoré de ti en el balneario francés, ya te lo dije.

—Yo también, Archie. Pero no podía soñar con que esto fuese un

día realidad. Bueno, soñarlo sí lo soñé, pero vivirlo…, llegar a verlo hecho realidad, eso jamás lo pensé.

—No creas que soy el príncipe de La Bella Durmiente —la advirtió él con ironía—. Tengo mis defectos. Y soy un hombre como cualquier otro. Exigente, tal vez aburrido, vulgar… Ni siquiera tengo dinero, ya ves.

—¡Dinero! ¿Para qué quieres eso? Es tan maravilloso vivir, amarse, luchar, trabajar por ganarse la vida día a día, siempre que se sea feliz…

—¿De veras te conformas con tan poco? —se asombró Archie, mirándola.

—Tuve mucho menos en mi vida hasta ahora que te he conocido —murmuró la joven con sencillez—. ¿Cómo no voy a conformarme con ser la señora Barnes, y tener al marido más guapo y adorable del mundo?

—Tienes que dejar esto por mi culpa, venir a los Estados Unidos a vivir… —la recordó Archie—. Me lo prometiste así antes de ir a ese buen reverendo a que nos uniera…

—Lo dije y lo cumpliré con mil amores. Es tu país, y será el mío, estoy segura de que me gustará y seré feliz allí, Archie. Siempre que sea a tu lado, sería dichosa en cualquier parte —metió la llave en la cerradura y abrió—. Ahora, si quieres entrar o prefieres esperar fuera… me despediré de la infeliz señora Rutherford.

—No, no. Entraré contigo, querida —rió él con buen humor—. No quiero dejarte sola ante el peligro… ya que soy yo el principal responsable de todo esto.

Entraron. Para sorpresa suya, la luz del gabinete aparecía encendida aún, pese a ser ya las diez de la noche, hora en que habitualmente la señora Rutherford estaba ya acostada. Cheryl se detuvo un momento, indecisa. Se encontró la mano cálida de Archie, apretando la suya.

—¿Vacilas? —sonrió él—. ¿Miedo a su estallido?

—Un poco, la verdad —confesó ella.

—No seas tonta. Tienes que hacerlo, ya que has venido. Después de todo, ya nada puede hacerte. Eres mi mujer, no su dama de compañía. Y estás despedida, recuerda…

—Sí, claro —se llenó de ánimos y avanzó decidida. Apenas llegó al umbral, se encontró con los inquisitivos ojos de la dama fijos en

ella desde la silla de ruedas.

—Bonita hora de volver, señorita Dawson —chirrió la voz de la mujer agriamente—. ¿Se da cuenta de que aunque hubiera recapacitado sobre mi decisión anterior, y resolviera sentir lástima por usted, admitiéndola de nuevo pese a su incalificable chiquillada, usted misma me fuerza a que la despida sin más contemplaciones, negándome en redondo a firmarle una carta de recomendación para otro trabajo?

Se interrumpió, asombrada y escandalizada, al ver aparecer en el umbral, tras de su joven empleada, al desconocido americano que viniera a buscarla aquella misma tarde.

—¿Qué? —barbotó—. ¿Y tiene la desvergüenza de meter en mi casa a ese hombre, sin siquiera pedirme permiso? ¡Fuera los dos de aquí, enseguida! ¡Qué descaro, qué falta de tacto y de dignidad, señorita Dawson!

—Señora Rutherford —cortó ahora Cheryl, con repentina voz fría y autoritaria, que hizo callar a la inválida e incluso hacerla fruncir el ceño, con sorpresa—. Ahora va a escucharme usted de una vez por todas. He venido a la hora que me ha dado la gana, porque soy libre de hacerlo a mi antojo, ya que usted me ha despedido antes.

—Bueno, no hay que ponerse así… —jadeó la señora Rutherford —. Ya le dije que puedo recapacitar y…

—No necesito que usted recapacite y presuma de magnanimidad, señora. Me despidió, y yo me voy, eso es todo. Si este caballero ha entrado tras de mí, es porque va a ayudarme a recoger mis cosas antes de irme, y tiene perfecto derecho para ello…, puesto que es mi marido.

—¡Su marido! ¿Qué está diciendo, qué tontería es ésa? —jadeó la inválida.

—Soy la señora Barnes y me he casado con él hace menos de dos horas, si eso le interesa. Ahora estamos aquí para despedirnos de usted y no volver nunca más.

—Chiquilla, por fuerza está usted loca. ¡Casarse con un desconocido, con un americano que sólo Dios sabe quién puede ser…! ¡Un don nadie, un vulgar secretario de un hombre rico, que puede quedarse mañana mismo sin trabajo, y condenarla a una vida miserable y ruin!

¿Es eso lo que ha elegido, pudiendo servirme a mí y vivir dignamente durante el resto de su vida, tal vez heredando cuanto yo poseo, el día que deje este mundo, puesto que no tengo familia alguna?

—Quédese usted con todo lo suyo, señora. Por no soportar sus insultos y vejaciones, cualquiera preferiría incluso pasar hambre. No sé lo que mi marido va a darme en el futuro, pero sé que será suficiente para sentirme feliz y digna de él. Es todo, señora Rutherford.

—Ahora, deja que añada yo algo —terció suavemente Archie, que hasta entonces se había contenido difícilmente ante las palabras de la dueña de la casa—. Aunque usted dejase sus bienes a Cheryl en el futuro, para entonces ella estaría tan envejecida, amargada y desesperada de la vida como usted misma, señora. Por el contrario, ahora tiene un futuro, una vida por delante, llena de todo lo mejor.

—¡Lo mejor! —Replicó desdeñosa ella, fulminándole con la mirada—. Eso dicen todos los tipos indeseables que andan por ahí a la caza de chicas bonitas, a las que luego dejan abandonadas en cualquier pensión barata, y tal vez con un hijo en las entrañas que ya nunca conocerá a su padre.

—Señora Rutherford, es usted particularmente insidiosa y malvada en sus conclusiones —sonrió Archie, irónico—. Pero sus palabras no pueden herirme, ni tampoco permitiré que provoquen recelos o temores en mi esposa el día mismo en que la hice mi mujer. Sepa, señora, que mi nombre completo es Archibald Delmar Barnes Baxter, y que si utilizo con frecuencia el nombre de Archie Barnes, es porque me gusta más pasar desapercibido, como un supuesto secretario, que utilizar mi nombre habitual de Delmar Baxter, el millonario norteamericano. No tiene que lamentarse por su señorita de compañía, porque ahora es la señora Baxter, y su marido posee millones de dólares y propiedades innumerables, que por lógica ahora también son de ella.

—¡Archie! —gimió Cheryl, palideciendo, al advertir que él hablaba en serio.

—Siento que te enteres de mi secreto en estas circunstancias, querida, pero no he podido soportar más, y he preferido decirle a tu señora lo que oculté todo este tiempo. Sí, eres millonaria desde hace dos horas, querida. Eres la mujer de Delmar Baxter, pero también

de Archie Barnes. Y ese simple hecho te convierte en copropietaria de todos mis bienes. Ahora, salgamos de aquí. No tienes que recoger nada. Te compraré todo lo necesario para que emprendamos viaje esta misma semana en un transatlántico, rumbo a los Estados Unidos. Ahora…, buenas noches, señora Rutherford.

Tiró de la mano de Cheryl, llevándosela consigo, y la solitaria inválida y amargada Sybil Rutherford se quedó sola en su gabinete, tremendamente sola y aturdida, sin atinar a comprender bien todo lo que aquel joven y audaz americano la había soltado en plena cara, antes de abandonar para siempre su casa. Un gesto de rabia, de mal contenida ira, de honda decepción, asomó al cansado rostro de la mujer que acababa de perder, una vez más, a la persona que tanto necesitaba para su cuidado.

El transatlántico dejó atrás el puerto de Southampton, enfilando su ruta hacia el océano que tendría que atravesar para llegar varias semanas más tarde al puerto de Nueva York, al otro lado del Atlántico.

Era uno de aquellos grandes, majestuosos buques al estilo del trágicamente desaparecido Titanic, donde la gente se había agolpado en cubierta, despidiéndose de todo el mundo, antes de iniciar la travesía, y donde ahora cada uno volvía a su camarote a deshacer el equipaje e instalarse adecuadamente para los días de navegación que les esperaban. Días en los que el ocio, la diversión en forma de baile, fiestas, juegos y nuevas y casi siempre fugaces amistades a bordo, constituirían el *leit motiv* cotidiano.

—Dicen que incluso han instalado cine a bordo —explicó Archie jovialmente a su bella esposa, cuando ambos estuvieron ya aposentados en su amplio y lujoso camarote de cubierta—. Esta noche exhibirán El Gabinete del Doctor Caligari, una película alemana de terror, estrenada el año pasado en Europa[1].

—Terror… —Se estremeció Cheryl, volviendo hacia él la cabeza —. No me gustará demasiado, estoy segura.

—¿Por qué? —sonrió él—. Esos alemanes son muy buenos haciendo esa clase de cine. Hacen algo que ellos llaman «expresionismo».

—Preferiría ver alguna película cómica, la verdad. Desde lo sucedido en el balneario y en ese teatro de Londres, a veces tengo pesadillas horribles…

—¿Qué clase de pesadillas, querida? —se interesó Archie, dejando de extraer ropa de su baúl armario, para colgarla en las perchas del armario del camarote.

—Cosas atroces, que me hacen despertar llena de sobresalto y de miedo…

—¿Miedo?

—Sí, Archie. Recuerda lo sucedido en Francia y en Londres. Asesinato de mujeres hermosas, mutilaciones espantosas… El superintendente Hawkins me contó en Londres que a la cantante de ópera Sheila Randall la mutilaron de forma atroz. Sólo hallaron dispersos en su camerino los brazos y piernas… y la cabeza separada del tronco. Éste, el propio tronco, había desaparecido, lo mismo que los pechos de Irina de Fargour en el balneario. Ah, también los senos de la cantante estaban en la papelera de su camerino, después de haber sido seccionados por el criminal. Algo espantoso, aterrador. Sueño con todo ello… y con el asesino.

—¿El asesino? —Archie enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Te refieres a aquel caballero de quien me hablaste, el de la flor en el ojal, allá en el balneario?

—Sí, a él me refiero, Archie.

—Pero no hay evidencia alguna de que fuese él mismo quien mató a aquella cantante en Londres…

—Por desgracia, para mí sí existe esa evidencia, y el superintendente de Scotland Yard tomó buena nota de ella cuando estuvo haciéndome preguntas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que vi… o creí ver a ese hombre, entrando en el teatro Lyric, el mismo día en que fue asesinada la cantante, Archie.

—Cielos… —Él se aproximó a Cheryl, sentóse en el borde de la cama y tomó su mano con firmeza—. ¿Estás totalmente segura de ello?

—No del todo, porque el hombre lucía entonces barbita, largas patillas, canas abundantes… Pero llevaba la flor en el ojal. Y un monóculo, como el del balneario…

—Bueno, en casi un mes, un hombre puede dejarse barba y patillas, e incluso alterar algo su físico, pero entonces sería ridículo seguir luciendo un monóculo y una flor en el ojal…

—Tal vez lo hiciese mecánicamente, por simple rutina, sin

pensar que pudiera verle alguien que ya le conociera. Aun así, no puedo estar totalmente segura. Pero juraría que él me vio mirarle… y me reconoció también.

—Eso es mala cosa. ¿Por qué no fuiste de inmediato a la policía?

—No tenía prueba alguna de nada. Y podían tomarme por loca o poco menos. Además, ni siquiera estuve entonces plenamente segura. Ni ahora tampoco, Archie.

—Bueno, comprendo que sufras malos sueños —se inclinó sobre ella y la besó—. Pero ahora, nada tienes ya que temer, querida. Absolutamente nada, puesto que estamos en viaje hacia la lejana América, y todo eso no serán pronto más que distantes y penosos recuerdos, que se irán borrando con el tiempo. Puedes estar tranquila, cariño. Además, estoy yo aquí a tu lado, para protegerte de cualquier peligro que puedas temer.

—Sí, Archie, querido… —susurró, abrazándose a él—. Eso es cierto. Estás tú…

Y se dijo que era un ridículo miedo el suyo, porque se sentía total, plenamente segura en brazos de su joven esposo.

La travesía transcurría plácidamente. El gigante de los mares surcaba el Atlántico lo mismo que una lujosa ciudad flotante, y la vida a bordo transcurría plácida y algo monótona, pese a las frecuentes diversiones, fiestas y reuniones que tenían lugar para hacer el viaje más placentero.

Tendida al sol, no lejos de la piscina de la cubierta de lujo, Cheryl dejaba que el astro del día broncease levemente su blanca piel, dándole un aire más saludable y deportivo, mientras Archie jugaba una partida de pelota en otra cubierta, con unos jóvenes compañeros de viaje.

—Su bebida, señora —dijo el camarero, depositando junto a ella un alto vaso de empañado vidrio y fresco contenido—. ¿Desea algo más?

—No, gracias —respondió ella, firmando la nota y diciéndose que era mucho más bonito y confortable viajar como la señora Baxter, esposa de un joven millonario americano, que como la señorita de compañía de una adinerada y agria dama inválida. Esto sí era vivir de forma hermosa y plena. Suspiró complacida, saboreando la fría bebida y contemplando a todas las mujeres que, con bañador o pantalones cortos, tomaban el sol, lo mismo que ella,

en la cubierta del barco.

Desde la piscina le llegaron risas alegres y comentarios frívolos. Alzó la cabeza, contemplando a la mujer del trampolín, que ahora mismo tomaba impulso para saltar, descendiendo a las azules aguas como una sirena rubia, de hermosísima figura y resplandeciente belleza.

Grandes vítores y aplausos corearon su impecable descenso, lleno de armonía y de gracia. No podía ser por menos en una mujer como aquélla, bailarina famosa y deportista de élite por pura afición. El nombre de Mae Driscoll era muy conocido tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, aunque la rubia sílfide que ahora se abría paso con elegantes y rápidas brazadas en el agua de la piscina, fuese de nacionalidad canadiense.

Había visto varias veces a Mae Driscoll durante la travesía, tanto en las mundanas fiestas nocturnas a bordo, como en las pruebas deportivas que tenían lugar bajo el sol de la cubierta. Su belleza era realmente excepcional, pero sobre todo en lo relativo a sus piernas, auténtica maravilla escultórica al decir de muchos. Cheryl, que no tenía feas sus pantorrillas, ni mucho menos, no podía sentir sino una sana envidia ante la perfección de aquellas extremidades de largos y bien formados muslos, pantorrillas esbeltas y de suave curva, y pies pequeños, blancos y cuidados. Se decía que en el *ballet,* cuando danzaba era como si volase. Y cuando jugaba a tenis o se lanzaba desde el trampolín, sus piernas eran dignas de una diosa. Tal vez por ello, le gustaba tanto exhibirlas. Y los caballeros, ciertamente, no le reprochaban en absoluto tal exhibicionismo.

Se desentendió de la célebre bailarina y deportista, ahora en viaje profesional a los Estados Unidos, para debutar con su *ballet* en Nueva York, en pleno Broadway, tras una triunfal gira por Inglaterra, para tomar unos sorbos de refresco y reposar bajo la caricia del sol en la hamaca extendida sobre cubierta. La brisa marina, con su olor a salitre y yodo, era una suave y fresca ráfaga casi constante, que agitaba los rojos cabellos de la muchacha, y suavizaba en parte la intensidad de la acción solar en su sedosa epidermis.

No supo cuánto tiempo permaneció así. Lo cierto es que las voces alegres y las risas de los bañistas de la piscina se habían extinguido ya cuando abrió de nuevo los ojos. Una sombra se

interponía entre ella y el sol en esos momentos. Una silueta humana se recortaba sobre la borda, con el mar y el disco solar al fondo, en su descenso hacia el horizonte azul.

Apenas si quedaba ya nadie en cubierta, salvo dos o tres señoras de cierta edad y un niño vestido de marinero, que corría arriba y abajo, empujando un aro de madera.

Cheryl tuvo una rara impresión. Se incorporó levemente sobre el codo izquierdo, haciendo pantalla con su mano derecha sobre los ojos. Miró al desconocido que permanecía en pie ante ella.

Casi dio un grito al ver el monóculo y la flor blanca en la solapa. Se irguió de un salto, sintiendo palpitar violentamente su corazón. El hombre, que parecía haberla estado mirando a ella, aunque ahora parecía otear la superficie marina sin prestar la menor atención a su presencia, echó a andar, alejándose de allí con paso firme, en dirección a la escalera que conducía a la cubierta inferior. Pudo verle de espaldas, recortado contra el sol.

Era un hombre de larga melena blanca, andares algo lentos, apoyado en un bastón negro, de Malaca, y tocado con un sombrero de paja muy a la moda. Vestía total e impecablemente de blanco, y caminaba ligeramente encorvado. Visto así, no tenía el menor parecido con el apuesto caballero del balneario. Ni tampoco con el hombre barbudo del ramo de rosas, a la puerta del Lyric.

Sin embargo…

Sin embargo, Cheryl seguía recordando un monóculo y una flor en el ojal, acaso una gardenia. Su corazón continuaba con un rítmico y fuerte golpeteo. Se tocó la frente, repentinamente fría y húmeda. Respiró hondo. Al moverse, derribó del brazo de su hamaca el vaso de refresco, que se rompió en el suelo. El niño vestido de marinero pasó a la carrera, en pos de su aro.

—Dios mío… —susurró Cheryl, angustiada—. No puede ser él… No puede ser… Una casualidad puede producirse, pero dos… nunca.

Se puso en pie. Caminó descalza hasta la barandilla de la cubierta y asomó a la inferior. No vio ni rastro del individuo. Regresó a la hamaca, y se puso su bata de toalla y las chinelas. De repente, sentía frío. Se estremeció, apretando los brazos contra su cuerpo.

—Sin duda me equivoqué esta vez —se dijo—. Hay muchos

hombres que lucen hoy en día monóculo y una flor en la solapa. No tiene sentido asustarse por eso…

Emprendió el regreso al camarote. Pero no podía evitarlo, por mucho que razonara consigo misma.

Tenía miedo. Mucho miedo.

Capítulo V

—¿ESTÁS segura, Cheryl?

—No, Dios mío, Archie, ¿cómo puedo estarlo? Sería horrible si se tratara de él otra vez. Significaría…

—¿Qué significaría? —Archie la miró por encima de la mesa que compartían en el comedor de la clase de lujo del transatlántico, bajo las brillantes lámparas que llenaban de luz la sala durante la cena.

—Significaría que me sigue… tal vez —aventuró ella, dominando un escalofrío repentino y bajando los ojos hacia su plato.

—¿Seguirte? ¿A ti? —La mano firme de Archie apretó la suya con energía—. ¿Por qué motivo habría de hacerlo?

—No sé. Y eso es lo que me aterra. Yo…, yo no te confesé algo antes de ahora, Archie, y va siendo hora de que lo haga.

—¿Confesarme? ¿El qué? —La mirada oscura y vivaz del joven millonario reflejó preocupación e interés ahora.

—Aún guardo cierto documento… Lo he sacado de entre mis cosas para mostrártelo esta noche… —musitó con dificultad. Rebuscó en su bolso de noche y sacó un papel doblado que tendió a su esposo—. Toma, lee eso, te lo ruego.

Sin preguntar nada, Archie abrió el papel cuidadosamente, extendiéndolo sobre el mantel. Lo tapó con su mano cuando el camarero se aproximó, sirviendo en sus platos los entremeses y la ensalada. Apenas se hubo retirado, clavó su mirada en el papel.

—«… guardaré de usted siempre el mejor recuerdo. La evocaré como la muchacha de rostro más hermoso que jamás he conocido —leyó en voz alta Archie algunos pasajes de la misiva que recibiera Cheryl en el balneario aquel día ya aparentemente tan lejano—:… Su faz posee una dulce ingenuidad, una femenina dulzura que la hace más bella aún de lo que es…».

Alzó la cabeza. Miró a su mujer. Sonrió, algo forzado. Y siguió leyendo:

—«… Nunca olvidaré su rostro. Nunca. Tal vez un día nos veamos de nuevo, sin esa horrible señora por medio… Coronel Zoltan Herzog, del ejército imperial austrohúngaro…».

Devolvió en silencio el papel a su esposa. Quiso ampliar su sonrisa, pero los ojos aparecían serios, con una sombra de preocupación evidente.

—Curioso —comentó—. Ese hombre te galanteó terriblemente. Pero no decía sino la pura verdad. Yo pienso igual que él.

—Tu pensamiento no me asusta, Archie. Al contrario, me hace feliz. Pero él… puede que matase a aquella cortesana. Y también a la cantante de Londres…

—¿Crees que es la misma persona que viste hoy en cubierta?

—Si pudiera estar segura de eso… —suspiró ella—. No, no puedo afirmar nada. Sólo vi el monóculo, la flor… Parecía más viejo, encorvado, algo renqueante…

—Todo eso se puede fingir. Pero sigo pensando que el monóculo y la flor son detalles innecesarios, si quiere pasar desapercibido.

—Tal vez no quiera eso, sino… asustarme.

—¿A ti? —Archie frunció el ceño—. ¿Por qué motivo?

—No lo sé, pero… tengo miedo. Mucho miedo, Archie —la voz de ella era apenas un susurro.

—Lo entiendo. Pero si fuese así no tendría sentido. No ha intentado asustarte en ningún momento. No te ha dicho nada…

—No, nada, eso es verdad.

—Según creo recordar, el tal coronel Herzog nunca había existido —comentó Archie, pensativo—. Era una falsa identidad.

—Sí, eso leí. Nadie le recordaba entre los oficiales y jefes de Austria y Hungría.

—De todos modos, hablaré con el capitán esta misma noche —dijo Archie, decidido—. Si un coronel Herzog viaja en este barco, o alguien que se le parezca ocupa algún camarote, debemos saberlo y obrar en consecuencia.

—¿No será escandalizar sin necesidad? —Temió ella—. Pude haberme equivocado. Lo sucedido en el balneario, unido a lo de Londres, puede haberme impresionado demasiado y estar

imaginando cosas…

—Si es así, no ocurrirá nada —sonrió animoso Archie, apretando su mano con calor—. Por el hecho de informar de estos temores tuyos al capitán, nada va a empeorar a bordo, ni vamos a crear un cataclismo. Pero es posible que él lo agradezca.

En efecto. Apenas transcurrida la cena, Archie logró reunirse con el capitán, en presencia de Cheryl. Le narró todo lo sucedido. El primer responsable de la vida a bordo, escuchó atentamente a su rico viajero y a la dama que era su esposa, prometiéndoles toda la ayuda precisa para tratar de localizar al supuesto pasajero, si ello era posible. Momentos después, la tripulación y el encargado de la seguridad a bordo recibían instrucciones directas del capitán para iniciar sus pesquisas de modo discreto pero decidido.

Hasta el otro día no hubo respuesta concreta a esa actividad. Y, para desgracia de Cheryl y Archie, no resultó nada alentadora.

—Lo siento, señores —informó personalmente el capitán a los Baxter—. No existe a bordo ningún coronel Zoltan Herzog ni nombre parecido alguno. Tampoco hemos localizado a nadie de las señas que usted nos facilitó, señora. Nadie con monóculo, salvo un anciano caballero que viaja con su esposa y tres hijos mayores, y nadie con flores en el ojal, excepto un par de jóvenes bastante alegres y divertidos, en la clase preferente. Todo el mundo ha justificado su identidad adecuadamente, y no hay el menor motivo para alimentar sospechas concretas respecto a nadie. De todos modos, seguiremos vigilando discretamente, por si acaso. De todos modos, he pedido por radio una fotografía o retrato a pluma del tal coronel, que espero llegue a bordo cuando fondeemos en nuestra prevista escala en las Azores, dentro de dos días.

Los temores de Cheryl, por tanto, no parecían confirmarse en absoluto. Y cuando el buque fondeó en las Azores, el retrato dibujado mediante declaraciones de testigos en el balneario de Montmaison, no aportó tampoco ninguna luz al caso, ya que su parecido con el caballero de la flor en el ojal tampoco resultaba, a juicio de Cheryl, excesivamente fiel al original.

El buque reanudó su viaje rumbo a Nueva York, en la segunda y última etapa del viaje transatlántico, sin que nada, al parecer, corroborase los recelos y preocupaciones de los Baxter.

Sólo cuando el transatlántico fondeó en Nueva York, dando fin a

la travesía, algo trágico y terrible confirmó esos temores en forma contundente y estremecedora.

Pero para entonces, ya era tarde. El fantasmal «coronel Herzog», o quienquiera que fuese el caballero del monóculo y la flor, tampoco pudo ser hallado a bordo del buque.

Sólo el cadáver de aquella rubia y hermosa ondina, la danzarina de *ballet* y deportista consumada llamada Mae Driscoll, aparecía en su camarote… con ambas piernas seccionadas limpiamente a la altura de sus ingles, en medio de un auténtico delirio de sangre derramada, que enrojecía violentamente las ropas, suelos y paredes del camarote.

El gesto del teniente Kent Maxwell, de la policía metropolitana de Nueva York, era todo un poema cuando abandonó el camarote trágico.

—Nunca vi nada más espantoso, capitán —confesó al máximo mandatario del transatlántico, tan pálido y demudado como él mismo—. Eso parece obra de un loco carnicero, de un auténtico monstruo de maldad y de perversión…

—Hemos registrado todos los equipajes de cuantos viajaban a bordo y aún permanecían en el barco en el momento de ser descubierto el cadáver —replicó el marino—. No ha aparecido el menor rastro de instrumento cortante alguno. Y menos aún de esos dos miembros mutilados…

—Tengo un cable llegado desde Londres y otro desde París, hace sólo una hora —explicó sombrío el oficial de Homicidios de la ciudad de Nueva York—. En los dos casos ocurridos allí, jamás fue hallada la parte mutilada de cada cuerpo, y eso que en la segunda ocasión se trataba nada menos que del tronco íntegro de la cantante Sheila Randall. Es un asunto para volverse loco, la verdad.

—Y que, por desgracia, confirma los serios temores que los señores Baxter tuvieron al respecto ya en plena travesía —confesó el capitán del buque.

—Oh, sí… —El policía se volvió, con gesto de deferencia, al joven millonario y su esposa—. Ustedes dos, señores… ¿Vieron realmente al asesino?

—Yo, no —negó Archie—. Mi esposa creyó verlo. Ahora estoy seguro de que decía la verdad.

—Usted es un caso curioso, señora Baxter —declaró el policía,

mirándola con vivo interés—. Al parecer ha sido, en cierto modo, testigo de los tres crímenes, en tres lugares tan distintos como Montmaison, Londres y Nueva York.

—Sí, eso parece. Y siempre por pura casualidad, a lo que veo —admitió ella tristemente.

—Perdone, señora, pero yo no creo en las casualidades cuando se repiten tanto —objetó suavemente el policía.

—¿Qué quiere decir con eso, teniente?

—Sencillamente, que ese hombre parece seguirla a usted.

—Dios mío… —El pánico asomó a los ojos de Cheryl súbitamente.

—No se alarme. Es sólo una teoría, pero en apariencia bastante más razonable que admitir nada menos que tres casualidades o coincidencias. El primer encuentro en el balneario sí pudo ser casual. Luego, él sabría que usted vivía en Londres y fue allá. Posteriormente, enterado por la prensa de su boda con un millonario norteamericano, embarcó en el mismo buque que ustedes. Eso sí tiene sentido.

—Pero nunca ha tratado de acercase a mí, de hablarme, de asustarme de alguna forma. Cierto que me crucé con él en la calle, junto a Piccadilly, en Londres. Y que le vi, quizás contemplándome, en la cubierta del buque durante el viaje, pero eso fue todo. Las víctimas… fueron otras mujeres, no yo.

—En efecto. Y eso sí que no tiene sentido —resopló con fatiga el policía neoyorquino—. Pero así son los hechos, y nadie puede cambiarlos a su antojo. Una bella cortesana parisina, una hermosa cantante inglesa y una delicada y atractiva danzarina y deportista canadiense, han sido sus víctimas, en todos los casos con mutilación atroz y diferente, y desaparición absoluta de los miembros mutilados. Hasta ahora, obviamente, sólo hay tres factores comunes a todos los crímenes: que las víctimas son siempre mujeres, que son hermosas y atractivas… y que se las mutila, aunque siempre de forma distinta.

—Sabemos todo eso, teniente, pero nada más. Ni siquiera quién es, exactamente, el asesino de todas ellas —apuntó gravemente el capitán del barco.

Los ojos inquisitivos del hombre rudo y de aspecto pesado que era el teniente Maxwell, se volvieron hacia el marino cuando

replicó con viveza:

—Imagino que uno de sus pasajeros, cuando menos, aportó identidad falsa al adquirir el pasaje. Cuando sepamos quién viajó con nombre supuesto en su barco, tal vez sepamos algo más al respecto. ¿Ha solicitado esa información de la compañía naviera?

—Así es. Están realizando ahora en Inglaterra las correspondientes averiguaciones al respecto —afirmó el capitán—. Se comprobarán todas las identidades británicas o de otros países europeos, del mismo modo que ustedes van a confirmar aquí las de los ciudadanos norteamericanos que viajaban en mi barco. De todo ello, ha de salir forzosamente un nombre que sea falso, pero que difícilmente podremos relacionar con alguien en concreto…

—Esperemos, sin que su personal toque ninguno de los camarotes, hasta saber en cuál de ellos viajó la persona de falsa identidad, capitán. Es lo único que podemos hacer de momento.

Tardaron más de veinticuatro horas en recibir las respectivas confirmaciones en relación con su pasaje. Sólo al otro día, tras un minucioso trabajo de búsqueda y comprobación, un par de nombres no fueron localizables en lugar alguno, y tanto sus señas como otros datos aportados en el momento de adquisición de los pasajes, resultaron falsos.

Los dos pasajes llevaban los nombres respectivos de *monsieur* Roland Jouvé, y su esposa, Lisette Jouvé, procedentes de Reims, Francia. En aquella ciudad francesa, la policía confirmaba que ambas identidades eran ficticias.

—Lina pareja… Hombre y mujer —murmuró perplejo el teniente Maxwell—. De modo que el asesino tiene un cómplice femenino para sus crímenes… ¿Qué camarotes ocupaban?

—Uno sólo para los dos —informó el capitán—. Camarote A 220, cubierta segunda, clase primera. No muy lejos, por cierto, del que ocupaba la infortunada Mae Driscoll…

—En resumen, querida: nada entre dos platos. Eso es lo que tiene ahora nuestra brillante policía americana, la todopoderosa Scotland Yard británica y la eficiente Sureté francesa. Nada de nada. Sólo un puñado de huellas dactilares en el camarote, indicios de una peluca blanca, manchas de sangre en unos trapos… Muy poca cosa, la verdad…

—De modo que yo vi a ese hombre. Era él. Llevaba pelo largo,

blanco…

—Sí, me temo que estabas en lo cierto —la miró, preocupado—. Pero no pensarás seriamente en lo que dijo el capitán… No puedo imaginar que te siga por doquier, Cheryl. Carece de sentido, puesto que ni siquiera te ha molestado.

—¿Recuerdas su carta? En ella me insinuaba que volveríamos a vernos… —Se estremeció la joven, apretando la mano de Archie con las suyas, en busca de protección.

—No la he olvidado. Es posible que fuese una sugerencia velada, sí. Pero sigo preguntándome por qué habría de seguirte, si luego ataca a otras mujeres. De todos modos, le diré a Ralph, apenas lleguemos, que instale en torno tuyo un sistema de seguridad adecuado. Vale más tomar toda clase de precauciones.

—¿Ralph? ¿Quién es? —se interesó ella.

—Mi secretario —rió Archie de buena gana—. Pero él sí lo es de verdad. Ralph Scoffield, secretario de Archibald Delmar Barnes Baxter, millonario de profesión. Un hombre eficiente como pocos. Si él se ocupa de tu seguridad, no tendrás nada que temer, estoy seguro.

—¿Y tú? Prefiero que seas tú quien me proteja, Archie querido…

—Bueno, yo estaré siempre a tu lado para todo, pero habrá veces en que no será posible, a causa de los negocios, las empresas que dirijo y todo eso. Entonces entrará Ralph en escena. Y puedo asegurarte que confío en él tanto como en mí mismo. No permitirá que corras el menor riesgo cuando yo no esté junto a ti para cuidar de tu personita, te lo garantizo.

—Si tú lo dices… —musitó ella suavemente, con una dulce mirada fija en el rostro varonil y atractivo de su joven pareja.

—Tengo razones para decírtelo. Tanto él como Ethel son de total confianza, lo comprobarás pronto…

—¿Ethel? —Arrugó Cheryl el ceño, con gesto contrariado—. No me dijiste que hubiera una mujer en casa…

—Oh, no es lo que imaginas —rió de buen humor Archie—. Ethel Harding no es solamente una experta secretaria y administradora, con el título de abogado para asesorarme además legalmente en mis asuntos, sino toda una dama, de edad madura, cuyos atractivos son más bien escasos, aunque resulte elegante y distinguida, así como sumamente inteligente y eficaz. Confiarás en

ella también, estoy seguro.

—¿Sabes una cosa? Empiezo a pensar que ser la esposa de Delmar Baxter es mucho más complicado y difícil que serlo solamente de Archie Barnes…

—¿Ya empiezas asustarte de tus obligaciones como señora Baxter? —se mofó él, con gesto divertido—. Ah, eso sí que no, querida mía. Tendrás que serlo con todas sus consecuencias. Y no será tan terrible como imaginas, te lo garantizo.

—Esperemos que tengas razón —suspiró Cheryl, no demasiado convencida, pese a las palabras de él.

El viaje prosiguió, desde el centro de Nueva York hacia el lugar donde se alzaba la residencia de Archie, al norte de la ciudad, en una región rodeada de amplias zonas boscosas, campos cultivados y caminos sólo accesibles para los habitantes de la propiedad, como claramente indicaba en sus entradas, prohibiendo el paso a toda persona ajena a la misma. Era una de las muchas posesiones del riquísimo Archibald Delmar Baxter Barnes, el hombre que ahora era su esposo, y de quien ella pensara cuando le conoció en el balneario de Montmaison y cuando se casó en Londres, que era simplemente Archie, su joven y nada adinerado secretario.

Aquel mismo día, al atardecer, alcanzaban la mansión, adentrándose por sus frondosos senderos, cuidados por varios hombres y mujeres al servicio del millonario, hasta alcanzar la bella y espléndida mansión de ladrillos rojos y tejados de pizarra, muy en el estilo arquitectónico británico, de dos plantas, y situada cerca de un anexo que, sin duda, estaba destinado al servicio, cuadras, establos y otras dependencias similares, incluido el alojamiento de jardineros, mozos y demás sirvientes de la amplia y rica mansión.

—Oh, Archie, esto es para aturdir a cualquiera… —gimió Cheryl, impresionada, mirando en torno—. Pensar que todo esto es tuyo…

—No, querida —rió él suavemente—. Esto es nuestro. Tuyo también, aunque te cueste aceptarlo de momento. Te irás acostumbrando, de todos modos. Y no es la única que posees. Hay otras dos casas en California, una en Miami Beach y una en las Rocosas, donde a veces he ido a pescar y alejarme del mundanal ruido. Espero que algún día vayamos allí los dos, en busca de paz, viviendo como robinsones durante un par de semanas, cocinando

las truchas que yo pesque, y olvidándonos de que existe el mundo en torno nuestro.

—¡Será maravilloso, Archie! —Palmeó la joven, entusiasmada, aunque sin dejar de mirar, con una mezcla de inquietud y preocupación todo cuanto la rodeaba—. Creo que voy a ser la más feliz de las mujeres… pero sólo cuando me habitúe un poco a todo lo que me estás poniendo ahora en bandeja, como un sueño de Las Mil y Una Noches…

—Te advierto que no tengo nada de sultán ni de califa —rió Archie de buen humor—. Ni poseo harén, ni habrá otra favorita que tú en mis brazos.

—Bueno, eso, al menos, debo confesar que me tranquiliza —dijo ella, riendo feliz, rodeada por un brazo de él que oprimía sus hombros, y la hacía sentirse segura, a salvo de todo riesgo. Alejada, incluso, de la oscura y amenazadora sombra que, por un momento, había representado para ella la presencia de aquel hombre caballeroso y siniestro a bordo del transatlántico, poco antes del hallazgo del cadáver de la bailarina de las piernas mutiladas.

Momentos más tarde, Cheryl conocía a las dos personas de que le hablara Archie: el joven Ralph Scoffield y la madura y severa Ethel Harding. Las personas que, en ausencia de él, llevaban los asuntos de Baxter House, como se llamaba la casa en que se encontraban ahora.

Parecía que inicialmente, Archie tenía razón. Ralph Scoffield resultó ser un joven alto, bien parecido y de expresión simpática, cordial en el trato, impecablemente vestido de oscuro, con cabello ligeramente rizoso y aspecto de ejecutivo de alta empresa. Saludó respetuosamente a la nueva señora de la casa, inclinándose ante ella y besando su mano, al tiempo que la acogía con gratas palabras:

—Sea bienvenida a la casa, señora Baxter. Espero que se encuentre aquí como en el hogar que ya es para usted, y puede contar conmigo incondicionalmente para todo cuanto le sea necesario.

—Gracias, señor Scoffield —sonrió ella afablemente—. Espero que mi presencia no signifique para ustedes ninguna diferencia ni molestia en su forma de vida habitual.

Luego, fijó su mirada en Ethel Harding. Y ya no estuvo tan segura de sí misma ni de que las palabras de Archie fuesen tan

exactas en ese punto. La dama, en efecto, carecía de todo atractivo físico que pudiera significar una posible rivalidad en nada. Tenía aspecto sobrio y eficiente, vestía con pulcritud algo severa, y poseía una mirada astuta e inteligente, que captó fija en ella con rara intensidad.

Se limitó a tomar su mano con fría cortesía, hizo una leve inclinación y manifestó con tono monocorde y nada entusiasta:

—Señora Baxter, es un placer conocerla. La serviré tan lealmente como he servido siempre al señor Baxter, esté segura de ello.

Eso fue todo. Ningún motivo evidente de recelo, pero la sensibilidad e intuición femenina bastaron a Cheryl para percatarse de que no había cordialidad ni espontánea simpatía en la forma de ser acogida por Ethel Harding, la administradora y asesora legal de su esposo.

Desde la planta baja, donde también le fue presentado el servicio por la propia Ethel Harding, formado por un mayordomo, dos doncellas, dos cocineras, un jardinero jefe, un mozo de cuadras y un entrenador de caballerizas, subieron al piso alto, destinado íntegramente a alojamiento de los Baxter. Salones, dormitorios, estancias de todo tipo, amuebladas sobria pero suntuosamente, acogieron a la maravillosa muchacha que, cual nueva Cenicienta, asistía así al sueño dorado de toda muchacha casadera: encontrar a su príncipe azul y entrar en posesión de su hermoso castillo.

—Todo esto es demasiado, Archie —ponderó, atónita, dejándose caer finalmente en un sofá mullido—. No puedo imaginarme viviendo siempre en sitios así…

—Pues tendrás que irte acostumbrando. Para ti, se terminaron las señoras Rutherford, los pisos de alquiler, las pensiones baratas y todo lo que pudo formar tu vida anterior. Y a la larga, pensarás muchas veces que no todo es hermoso ni cómodo en tu nueva existencia, créeme.

—Quisiera creerlo, pero no me es posible —rechazó ella, risueña —. Estoy segura de que contigo, y en este ambiente, nada puede ocurrir que ensombrezca una vida de mujer, Archie querido.

—Ojalá sea siempre así, y sigas pensando igual en todo momento, Cheryl querida —susurró él gravemente, acercándose y rodeándola con sus brazos. La besó, y añadió—: Ojalá sea así por toda nuestra vida, amor mío…

Capítulo VI

EL teniente Kent Maxwell, de la policía metropolitana de Nueva York, miró pensativo al médico forense que acababa de entrar en su despacho de la División de Homicidios.

—De modo que, según usted, la mutilación de ambas piernas ha sido perfecta… —comentó jugueteando con su pluma estilográfica.

—Así es, teniente —afirmó el médico con énfasis—. Dos cortes minuciosos y precisos, a la altura exacta. Separó las piernas del tronco sin desgarros ni violencia. El que hizo esa mutilación posee perfectos conocimientos anatómicos. Y sabe utilizar el bisturí con rara habilidad.

—¿Un cirujano?

—Sin la menor duda. O alguien con profundos conocimientos de cirugía, en todo caso. No es en absoluto la obra de un aficionado, teniente.

—Doctor, tengo aquí ciertos informes de la policía francesa e inglesa —mostró unos cablegramas desparramados sobre su mesa—. En todos ellos, los médicos forenses respectivos coinciden en algo: las mutilaciones efectuadas a Irina de Fargour, una prostituta de lujo parisina, y a Sheila Randall, una cantante inglesa de ópera, fueron también perfectas, realizadas por un experto cirujano sin duda alguna. A esa infortunada dama alegre francesa la seccionaron limpiamente los senos, los más hermosos de Francia según los diarios del país. En cuanto a Sheila Randall, la mutilación fue más horrenda: se llevaron todo el tronco, dejando brazos, piernas, cabeza e incluso senos, dispersos por su camerino en un teatro de Londres.

—Qué horribles y macabros sucesos, teniente —incluso el médico habituado a trabajar en la Morgue de Nueva York se estremeció, impresionado—. ¿Creen que se trata de la misma persona?

—Estamos seguros de ello. No puede ser de otro modo. Pero es incongruente lo que sucede. ¿Para qué quiere el asesino mutilar de ese modo a sus víctimas? ¿Por qué la mutilación es siempre diferente, doctor?

—No se me alcanza su propósito, teniente. Sin duda alguna estamos ante un maníaco, un obseso sexual muy astuto, que quizás practique un estilo de fetichismo macabro muy singular.

—Pudiera ser, doctor, pudiera ser —el teniente Maxwell se frotó la mandíbula, con gesto ensombrecido—. Sin embargo, ese frío método, esa audacia en sus crímenes, me tiene perplejo.

—Debe ser algún inglés —apuntó el médico—. Muchos de ellos son unos psicópatas.

—Veo que no simpatiza demasiado con los británicos —sonrió el oficial de policía irónicamente—. De todos modos, no podemos concretar su nacionalidad aún. Según nuestros informes de Francia, el caballero sospechoso era un elegante y distinguido exoficial del ejército austrohúngaro, llamado coronel Herzog. Según la compañía naviera, se trata de un francés llamado *monsieur* Roland Jouvé, inocentemente acompañado por su esposa en esa travesía. Scotland Yard nos informa que un tal *sir* Brian Howes visitaba con cierta frecuencia en su camerino del teatro a la cantante Sheila Randall, llevándole flores.

Pero no aparece el menor rastro, entre los caballeros ingleses, de ese tal *sir* Brian Howes. Por tanto, podemos suponer que la identidad del misterioso admirador de la cantante asesinada, es tan falsa como la del coronel austrohúngaro y la del pasajero francés. Y por si ello fuera poco, viaja en compañía de una dama. No me imagino fácilmente a un asesino loco, a un psicópata, ayudado por un cómplice femenino. Carece de sentido, doctor.

—Me temo que ése es su problema, teniente, y que en nada puedo ayudarle, salvo en lo que he hecho: extender un informe completo sobre la víctima mutilada, por si le es de alguna utilidad.

—Sí, doctor, gracias —suspiró el policía—. Ha sido muy amable, no le molesto más, puede retirarse.

Se quedó a solas, leyendo el informe médico, que escasa luz arrojaba al caso, salvo para confirmar que la persona responsable de aquellos atrevidos y espantosos asesinatos, era no sólo un caballero de aspecto mundano y distinguido, de quien se confiaban en exceso

sus víctimas, sino también un experto cirujano, buen conocedor de la anatomía humana. Pero todo eso, poca o ninguna luz daba al asunto. Ahora mismo, existían numerosas evidencias de que el asesino y su cómplice se hallaban en territorio norteamericano, tras desembarcar del transatlántico sin problema alguno, planeando quizás un nuevo horrendo crimen que añadir a su sangrienta carrera.

Momentos más tarde, le llegaba un nuevo cable, éste fechado en Budapest, y firmado por un oficial de policía húngaro. La información contenida en él, no podía resultar más escalofriante:

Ante solicitud autoridades francesas y británicas sobre un supuesto coronel Ferenc Herzog, inexistente en el ejército húngaro, ampliamos información a todos los países relacionados con sus posibles crímenes. En el propio Budapest, en marzo de 1919, fueron asesinadas dos mujeres jóvenes en un burdel y en plena calle. Ambas iniciaban su carrera de prostitutas, eran saludables y fuertes. Aparecieron abiertas en canal. A una le extirparon corazón y riñón. A la otra, hígado y otras vísceras. Jamás se halló al asesino, pero ambas fueron vistas con un elegante caballero de aspecto marcial, y un testigo dijo que le había oído decir que se llamaba capitán Von Kleber, del ejército prusiano. Saludos de su colega: Janos Vaszas, oficial de la policía húngara.

—Dios mío… Ya son cinco las mujeres asesinadas —susurró el teniente Maxwell, dejando caer el cablegrama—. Y en todos los casos mutiladas… Ese hombre, el capitán prusiano, tiene que ser el mismo: el coronel Herzog, *monsieur* Jouvé, *sir* Brian Howes, capitán Von Kleber… Pero realmente, ¿quién? ¿Quién es ese maldito asesino?

El nuevo laboratorio resplandecía de luz. Era perfecto, cuidado en todos sus detalles. El hombre delgado y aristocrático se frotó con deleite sus huesudas manos, mirando extasiado alrededor.

—¿No es maravilloso, Gale? —preguntó con voz suave—. El mejor laboratorio que jamás tuvimos… Todo bien instalado, aparatos de último modelo, material flamante, medios adecuados para nuestro trabajo… Una auténtica maravilla, sin duda alguna.

—Así es, profesor —asintió Gale con su habitual indiferencia, su hermético rostro inescrutable, alumbrada de modo espectral por las azules luces del recinto—. Y, sobre todo, la seguridad de que ya no

tendremos que movernos de aquí ni viajar más.

—Cierto, querida —asintió el otro—. Hemos llegado a nuestro punto de destino. Aquí completaremos la obra perfecta. Tenemos todo lo mejor que podíamos desear. Sólo faltan tan escasas piezas…

—¿Escasas? —Dudó Gale—. Sólo tenemos tronco, senos, piernas, vísceras… Aún falta lo más importante, profesor.

—Lo sé: rostro, cerebro, manos… Sobre todo, cerebro y rostro —sonrió el profesor, acercándose a los iluminados recipientes de vidrio, conteniendo aquellos fragmentos humanos que palpitaban levemente, dando señales de una vida clínicamente imposible, pero real a todas luces. El leve chasquido de aquella carne palpitante, sumergida en líquido y acoplada a delgados a delgados cables, era el único sonido persistente, que se unía al zumbido amortiguado del nuevo y soberbio aparato eléctrico que aparecía al fondo de la instalación.

—¿Están elegidas ya las donantes? —indagó Gale.

—Virtualmente, sí —asintió el profesor con un movimiento de cabeza. Extrajo de su bata un pequeño librito de negras tapas de hule y rió entre dientes—. Aquí están los nombres que faltan. Cuatro nombres precisos, Gale.

—¿Cuatro? Creí que sólo serían tres las donantes que faltan…

—No, no. Han de ser cuatro. Una donará sus brazos y manos. Otra, su cerebro, una tercera su rostro… y la cuarta sus ojos.

—¿Por qué no rostro y ojos de la misma persona? —se sorprendió Gale.

—Porque no quiero errores. La extracción del rostro dañará necesariamente los globos oculares y algunos nervios. Será otra quien nos facilite sus ojos. Ojos que serán hermosísimos y expresivos, sin duda alguna.

Los más bellos y expresivos que jamás ha visto nadie…

—¿Puedo saber quién es la poseedora de tan raros ejemplares oculares, profesor? —sonrió Gale, curiosa.

—Por supuesto —guardó su agenda y fue hacia un mueble. Abrió una gaveta y extrajo algo, una fotografía grande, de papel brillante, que puso ante su ayudante—. Ve esos ojos y dime qué opinas, Gale…

Ella contempló fascinada aquella fotografía. Por primera vez, su exótico rostro broncíneo reflejó alguna sorpresa, una emoción

humana:

—¡Si es Janis Munro, la actriz de cine! —exclamó.

—Así es: Janis Munro, la nueva reina de Hollywood, la «estrella» que está compitiendo con la Garbo, la Negri, la Gaynor… Janis Munro, «los ojos más bellos del mundo», según su productora. Va a firmar contrato con Chaplin para una película. Y acaba de hacer una con Douglas Fairbanks. Pero no volverá a rodar película alguna querida Gale. ¡Sus ojos estarán pronto aquí, en este laboratorio, esperando el momento supremo de la gran creación!

Y una carcajada estremecedora, cuajada de monstruoso orgullo y complacencia, escapó de labios del hombre de la bata blanca. Carcajada que retumbó en su flamante laboratorio, y pareció encontrar un extraño eco sardónico en el chasquido palpitante de los fragmentos de carne sumergidos en aquel líquido acuoso, a cuya siniestra colección se añadían ahora en una nueva urna, dos largas, bellísimas y estilizadas piernas de mujer, ejerciendo leves, espasmódicos movimientos, como en una alucinante y macabra danza sin música…

Janis Munro sonrió seductoramente a los disparos de magnesio de los fotógrafos de prensa y a las cámaras de los noticiarios de la Movietone. Era la misma bella y dulce sonrisa que todos sus admiradores conocían a través de las pálidas imágenes parpadeantes de la pantalla, mientras asistían a uno de los dramas románticos que ella interpretaba como nadie, poniendo toda su alma en la expresión de los grandes y elocuentes ojos azules, aquellos ojos que para nada necesitaban de la palabra, expresando toda clase de emociones. Emociones que hacían llorar o suspirar al espectador ingenuo, mientras en la oscura sala del cinematógrafo, el pianista de turno acompañaba con sus melodías la muda secuencia de celuloide.

Después de todo eso, la nueva y rutilante «estrella» de Hollywood entró en su enorme *roadster*, partiendo del escenario de su último éxito, el estreno de gala de la última película, interpretada junto a un actor tan importante como Douglas Fairbanks, y a quien en muchas escenas eclipsaba ella con la presencia de su ingenua belleza y el fulgor incomparable de sus azules pupilas, grandes y radiantes.

—¡Estúpidos, todos estúpidos! —masculló, apenas se encontró a

solas con su chófer, tirando al suelo del automóvil todas las flores que admiradores y periodistas la habían entregado poco antes—. ¡Estoy harta de ellos!

Todo su aire ingenuo y angelical había desaparecido del rostro popularizado por la pantalla, para convertirse en una iracunda muchacha, que pisoteaba las flores y lanzaba increíbles blasfemias por su boca. Luego, rebuscó en una portezuela del suntuoso coche, mientras rodaban hacia Beverly Hills, y extrajo un frasco petaca, del que tomó un largo trago. Lo cerró, guardándolo de nuevo, miró ceñuda la recta espalda uniformada de su chófer, y meneó la cabeza de un lado a otro, soltando un eructo que, a no dudar, hubiera causado estupor y escándalo entre sus admiradores.

—Usted debe estar sorprendido, ¿verdad? —Preguntó al conductor—. No está acostumbrado a ver a una Janis Munro como la que tiene ahora en el coche…

—Señorita Munro, yo soy simplemente su nuevo chófer, y no tengo por qué sorprenderme ni extrañarme de nada —replicó con suavidad el uniformado empleado, sin volver siquiera la cabeza—. Le puedo decir, además, que estoy habituado a conocer a muchos famosos en la intimidad, y ninguno es como la gente imagina que es.

—Me gusta usted, entonces —aprobó ella, con un vulgar chasquido de sus dedos—. Sí, me gusta la gente que no demuestra sorpresa por nada. Estoy hasta el gorro de periodistas, admiradores y demás. Tengo los nervios destrozados por culpa de todos ellos. Pero me veneran, me dan dinero y debo fingir que soy la que quieren que sea. Mi otro chófer, Dupont, comprendía bien todo eso. Me alegra que usted, tras desaparecer el maldito Dupont sin despedirse siquiera, se comporte igual que él. ¿Dice que es usted europeo?

—Belga, señorita. De Bruselas. Y mi nombre es Marcel Duquesne, ya se lo dije.

—Oh, es igual. No recordaba. Franceses, belgas, alemanes o rusos, me dan igual. Mi cocinero es ruso. Ahora está todo esto lleno de rusos, desde que los echaron de su país esos condenados bolcheviques. Y cocinan bien. Sí, me gusta tener gente extranjera a mi servicio, qué diablos. Y ahora, dejemos la charla. Acelere. Quiero acostarme cuanto antes y olvidar a toda esa maldita chusma.

—Sí, señorita Munro —dijo dócilmente el nuevo chófer de la estrella.

Y ella no advirtió su extraña, siniestra sonrisa, cuando aceleró la marcha del lujoso *roadster*, en dirección a la suntuosa residencia de la bella ingenua, cercana a las mansiones fastuosas de Valentino, de la Swanson y de Chaplin.

Cuando advirtió algo raro, inusual, empezaba a ser ya demasiado tarde para ella. Ocurrió en el momento en que se dio cuenta de que rodaban entre una doble hilera de altos árboles, por un oscuro descampado, en plena noche, lejos de las luces de Hollywood.

—¡Eh, Duquesne! —Gritó, airada, inclinándose hacia adelante y deslizando el vidrio que la separaba de su conductor—. Pero ¿qué es lo que hace? ¿Adónde va? ¡Éste no es el camino de mi casa!

El chófer no se dignó siquiera responder. De espaldas a ella, erguido ante el volante, lo que hizo fue acelerar más aún la marcha del *roadster*, y los árboles comenzaron a desfilar velozmente a ambos lados del vehículo, siendo absorbidos por la oscuridad de la noche a sus espaldas. Ella, exasperada, golpeó el vidrio con fuerza, reclamando su atención perentoriamente.

—¿No me ha oído? —chilló—. ¿Se ha vuelto loco, Duquesne? ¡Este camino me es totalmente desconocido, se está alejando de las zonas residenciales! ¡Vuelva atrás, vuelva de inmediato! ¡Obedezca!

Pero su empleado no obedecía. La rápida marcha del coche continuaba, y cada vez las luces de Hollywood estaban más lejanas, allá en la distancia, tras de ellos. Los faros del vehículo resbalaron sobre unos montículos cubiertos de maleza, ya en las afueras de la ciudad.

—¡Le ordeno que regrese ahora mismo, Duquesne! ¡Si no obedece, está despedido! ¿Se entera? ¡Despedido! —clamó, ya furiosa, y en cierto modo inquieta, golpeando ahora con sus puños la rígida espalda de su chófer.

Éste se volvió un instante, sonrió extrañamente y asintió.

—Sí, señorita Munro —dijo—. Estoy despedido. Lo esperaba. Y no me importa demasiado, puede creerme. De todos modos, si desea que pare…, pararé.

—¡Se lo exijo! —replicó ella, rabiosa.

Frenó el *roadster* lentamente, hasta detenerse junto a una

empalizada tras la cual se hallaban unas viejas cabañas abandonadas, posiblemente restos de algún decorado utilizado por los cineastas para el rodaje de las películas. Sobre la empalizada aún se veían jirones de un cartel anunciador de una película cómica de Laurel y Hardy.

El coche se detuvo al fin con un resoplido de motor y un escape de gases con fuerte olor a gasolina. La joven «estrella» fue a golpear el respaldo del asiento a causa de la sacudida. De inmediato se irguió, abriendo la portezuela airadamente.

—¡Baje de mi coche, Duquesne! —Ordenó con acritud—. Yo misma conduciré hasta mi casa. Está despedido, ya se lo dije. Pase mañana por los estudios y le haré abonar lo pendiente. No quiero verle más. No tolero a la gente que me desobedece, y más aún cuando es por capricho…

—Lo entiendo, señorita —sonrió el chófer belga, abriendo también la portezuela y poniendo una pierna calzada con la alta polaina en el suelo enfangado del desolado lugar oscuro—. Usted siempre es quien impone sus caprichos a los demás, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente! ¡Por algo soy Janet Munro, la novia mimada de todo América, la nueva gran «estrella» del firmamento cinematográfico! —replicó ella, altanera—. Sepa, Duquesne, maldito belga estúpido, que una palabra mía es ley en Hollywood, que mi sola declaración servirá para que usted no encuentre trabajo en todo el país jamás. ¡Soy muy poderosa, pronto lo sabrá!

—No lo dudo —rió duramente el chófer, mirándola con expresión sardónica—. Y todo porque tiene unos bonitos ojos. Los más bellos ojos de América, según dicen…

—Ahora es tarde para hacerme cambiar de idea. No le perdonaré, Duquesne. Márchese, no le necesito para nada —mantuvo ella con energía, disponiéndose a subir al asiento delantero y conducir el coche por sí misma.

—Claro, claro, señorita Munro. Antes permítame que recoja algo que me pertenece y llevo en el coche… —Se inclinó, tomando del suelo, al pie del asiento de conducir, algo que llevaba consigo hasta ese momento.

Janet Munro vio en sus manos un envoltorio largo y oscuro, entre trapos negros. No le prestó la menor atención y caminó decidida, sobre sus altos tacones del calzado de tisú plateado, para

entrar en su coche.

El chófer extrajo el objeto de entre los paños oscuros. Y rápido, al pasar a su lado la famosa «estrella», lo apoyó en su garganta y apretó con fuerza.

Fue espantoso. Janet Munro no pudo siquiera gritar, porque antes de hacerlo, la afilada, larga hoja de aquel enorme cuchillo, había segado sus cuerdas vocales, hundiéndose en su garganta de oreja a oreja en medio de un terrible baño de sangre, que salpicó incluso a su agresor y a la carrocería del coche. El horror, la angustia y el más insufrible dolor, se expresó en la cara bonita de la actriz, que reflejó una patética expresión, mientras sus azules ojos, admiración del mundo, se dilataban atrozmente. Un gorgoteo sordo escapó de su boca, espumeante de sangre, ahogándose en un estertor apagado, allá en su cuello anegado en sangre.

El chófer sujetó el cuerpo espasmódicamente agitado de su víctima, dejándolo caer lentamente a tierra. La hoja del arma asesina estaba medio hundida en el cuello, casi a punto de decapitar a la hermosa Janet Munro.

Pero no concluyó tan bárbara mutilación. Apenas cayó ella de espaldas sobre el barro, apartó el arma, dejando sólo el enorme boquete, el tajo profundo por el que escapaban, a borbotones, la sangre y la vida de aquel joven cuerpo en plena gloria profesional.

Rápido, el chófer extrajo de sus ropas una caja alargada, que abrió sin pérdida de tiempo, extrayendo una serie de delicados, finos instrumentos de acero, incisivos y punzantes. Proyectó la luz de una linterna sobre el rostro crispado de la joven. Los ojos desorbitados, de un azul luminoso, radiante, centellearon como cuentas de vidrio de rara belleza. Rápido y preciso, sin el más leve temblor en su pulso, el asesino se inclinó, comenzando a cortar los párpados con suma precisión. Alzó la piel, apartándola con unas pinzas mientras un finísimo bisturí seccionaba una serie de pequeñas venas y nervios, tras extraer los dos globos oculares, que colgaron grotescamente fuera de sus ensangrentadas órbitas.

Tras separar ambos ojos de sus cuencas vacías, depositó cuidadosamente cada uno de ellos en un receptáculo, dentro del propio estuche del instrumental, en una solución turbia, donde las órbitas azules de la actriz flotaron como algo macabro y espeluznante.

En tierra, quedaba un cuerpo joven y hermoso, sin vida, totalmente bañado en sangre y con el horrendo vacío de sus ojos desaparecidos, aquellas dos negras cuencas chorreantes de sangre, afeando la que fuera ingenua y dulce faz más famosa del mundo de la pantalla.

—Buenas noches, señorita Munro —saludó burlonamente su asesino, con una cortés reverencia al cadáver—. Ahora ya no le queda nada de su grandeza pasada. Ni ojos, ni expresión delicada… ni vida para seguir engañando al público con una falsa personalidad que jamás existió…

Subió al coche de la actriz, alejándose hacia las luces de Hollywood sin prisas. Se detuvo en un cruce de caminos, no lejos de Bel Air, y bajó del vehículo. Un coche oscuro le aguardaba en la intersección, aparcado. Había alguien al volante.

—¿Lo logró, profesor? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, Gale —dijo sonriente, entrando en el automóvil—. Los llevo conmigo. Son, realmente, los más hermosos ojos que jamás vi. En marcha, volvamos a casa. Es hora de regresar a Nueva York. Ya no nos queda nada que hacer aquí. Dentro de poco, Hollywood va a ser un hervidero de policías de todo el país, y para entonces prefiero estar lo más lejos posible, querida…

Gale asintió, poniendo en marcha el automóvil. Mientras rodaban, el supuesto Duquesne, ciudadano belga, se despojaba de su uniforme de chófer, que arrojó, hecho un ovillo, por la ventanilla del vehículo, cuando pasaban junto a un profundo barranco lleno de matorrales. En su lugar, vistió impecablemente un traje oscuro que llevaba en una maleta. Se puso una blanca flor en el ojal, sonrió y se retrepó en el asiento, palmeando suavemente su chaqueta, allí donde abultaba el estuche en el que iba su instrumental quirúrgico y el preciado recipiente conteniendo dos ojos humanos de insólita belleza, último trofeo del mutilador de mujeres de las diversas nacionalidades y nombres.

Capítulo VII

CHERYL se acomodó en la larga mesa del comedor. La luz del sol matinal entraba tibiamente por las grandes cristaleras, trazando doradas franjas sobre el suelo de grandes baldosas y los muros bien decorados.

Le sirvieron la bandeja del desayuno, con la variedad de platos habitual, para que eligiera por sí misma. Miró, sorprendida, al otro lado de la mesa, vacío.

—¿Y el señor? ¿No ha esperado hoy a desayunar? —preguntó.

—No, señora —negó la doncella suavemente—. Recibió una llamada de la ciudad apenas bajó de sus habitaciones a primera hora. Dijo que tenía que ausentarse sin poder acompañarla en el desayuno. Me pidió que se lo explicara. Al parecer hay algo urgente que debía atender. Si no puede venir a almorzar, la llamará personalmente para decírselo. Creo que habló con el señor Scoffield, de todos modos.

Se retiró, tras elegir Cheryl su frugal desayuno, renunciando a platos cocinados especiales, y limitándose a tostadas, mantequilla, zumo de naranja y café. Ralph Scoffield asomó un momento después por la puerta.

—Con permiso, señora Baxter —saludó—. ¿Me permite interrumpirla?

—Claro, Ralph, pase —asintió ella—. ¿Toma un café?

—Sí, gracias. Estaba redactando una serie de cartas urgentes que debe firmar más tarde el señor Baxter —explicó, sentándose enfrente y aceptando la taza de infusión que ella misma le alargaba —. Gracias, señora. Supongo que ya sabrá que al señor Baxter le fue imposible esperar el desayuno…

—Lo sé. Muy urgente tuvo que ser la cosa.

—Bastante. Se trata del negocio de caucho. Hay un incendio declarado allí. Y algunos operarios heridos.

—Oh, lo siento… Iré en cuanto esté arreglada.

—No será necesario. He llamado ahora y parece que la cosa reviste menos importancia de la prevista. Pero la presencia del patrón allí siempre eleva la moral de la gente. Los deberes de un jefe no siempre son gratos.

—Supongo que no. Todo en la vida tiene su lado malo —suspiró Cheryl, alargando distraídamente una mano hacia los diarios matinales que se amontonaban sobre una bandeja cercana—. Pero las tres semanas que llevo aquí, siguen pareciéndome un sueño, Ralph. Es todo tan distinto a lo que antes fue mi vida…

—Lo imagino —sonrió el secretario—. Cierta clase de vida es siempre como un sueño que todos tenemos y que rara vez se cumple. Usted ha sido una afortunada mortal que vio hecho realidad el sueño. Y eso cuesta de aceptar.

—Ralph, usted parece comprenderme muy bien. Me está siendo de gran ayuda desde que llegué. Pero no todo es igual aquí. La señorita Harding, por ejemplo…

—¿Ethel? —Ralph enarcó las cejas—. ¿Qué ocurre con ella?

—Creo que no le he caído nada bien. No le soy simpática.

—Hay muy poca gente que le sea simpática a Ethel —rió de buen humor el joven secretario de Archie—. De todos modos, no piense demasiado mal de ella. Es así, no puede evitarlo. Se creía el centro del universo en esta casa hasta llegar usted. No ha digerido bien el hecho de que exista una señora Baxter.

—¿Celos, acaso?

—Oh, no, no creo que soñara con ser nunca la señora Baxter —se escandalizó Ralph—. Podría ser la madre del señor Baxter. Yo la considero una solterona, más bien masculina de carácter. Creo que los celos son de otro tipo.

—Eso me tranquiliza. No tiene motivo para eso. No pretendo inmiscuirme en ningún momento en su terreno. Como administradora y asesora legal de mi marido, la señorita Harding tiene toda mi confianza y aprobación, puesto que tiene también la de él.

—Creo que se da cuenta de eso, pero le cuesta aceptar que ya no resulta tan imprescindible a su jefe. He observado que usted es muy inteligente, señora. Sabe escribir a máquina, posee una cultura amplia… Eso, en una mujer joven y bonita, permítame decírselo, es

poco frecuente hoy en día.

—Gracias, Ralph —enrojeció levemente Cheryl, halagada por el cumplido. Desplegó el diario para disimular su sonrojo, y las letras de gruesos caracteres bailaron ante sus ojos, casi amenazadoras. Un grito leve y ronco escapó de entre sus gordezuelos labios—: ¡Dios mío, no! Otra vez, no…

Ralph arrugó el ceño al verla tan impresionada. Se incorporó, rodeando la mesa y fijó su mirada en el periódico que ella sujetaba entre unas manos repentinamente temblorosas e inseguras.

El titular estaba en primera plana y la cubría de lado a lado:

Horrible crimen en Hollywood. Janis Munro, «la novia de América», asesinada por un maníaco que vació posteriormente sus ojos. ¿Quién es el loco mutilador que acabó con la vida de la más bella actriz del cine mundial, y además despojó su bella faz de los más hermosos ojos de la pantalla?

—Oh, eso… —asintió Ralph, ceñudo—. Lo oí por la radio anoche. Algo espantoso, ciertamente. No sé adónde vamos a parar con tanta delincuencia y tanto crimen. La ley es incapaz de proteger hoy en día a nadie. Una chica tan famosa, tan bella… y ya no es nada. Ni siquiera le quedan sus ojos en el cadáver. Con lo expresivos y bellos que eran… Yo la vi actuar últimamente en La heroína del desierto y…

—Por favor, no siga —rogó ella, apartando de sí el desayuno, completamente perdido el apetito, pálido el rostro—. Sé quién era Janet Munro. Pobre chica…

—La verdad, noticias así no deberían publicarse en las ediciones matinales. Pueden estropear el desayuno a todo el país… —comentó con cierta frivolidad Ralph.

—No, no. Usted no lo entiende, Ralph —susurró ella—. No es sólo Janis Munro… Es…, es esa mutilación espantosa. No es la primera vez que conozco algo así. Sólo que en anteriores ocasiones fue mucho más cercano, casi junto a mi…

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Scoffield. Luego, de repente, hizo un brusco movimiento afirmativo con la cabeza—. Oh, ahora creo recordar… Se refiere a lo que pasó en el buque cuando venían ustedes de Europa, ¿verdad?

—Sí, ésa fue una de las cosas…

—Pero no parece fácil que eso tenga nada que ver con esto de ahora…

—¿Usted cree? —dudó ella—. El hombre que cercenó las piernas a la bailarina Mae Driscoll, está en los Estados Unidos. Puede hallarse en Hollywood y haber cometido ese crimen. Y mató en Londres a una cantante. Y en Francia a una chica de vida frívola. Siempre hubo mutilaciones: senos, tronco…, piernas… Y ahora, los ojos… ¡Es espantoso, Ralph!

—Cálmese —la miró, preocupado—. Está muy pálida, muy impresionada. ¿Puedo hacer algo por ayudarla?

—No, no, gracias. Nada —rechazó ella, leyendo las columnas de información del suceso—. Vea, había contratado a un chófer nuevo que desapareció sin dejar rastro. Sus ropas fueron halladas en un envoltorio, a dos millas del lugar del crimen… El tal chófer dice que era un belga llamado Duquesne. Belga, húngaro, inglés, francés… Ese hombre cambia de identidad y nacionalidad tan fácilmente…

—Sigue pensando que se trata de la misma persona, señora Baxter.

—Sí, es como un presentimiento. Estaba segura de que, tarde o temprano, algo así tenía que suceder. Sólo que…

—¿Qué?

—No, nada —humedeció sus labios, apartando el diario y poniéndose en pie bruscamente—. Sólo que pensaba que podría suceder… más cerca de mí de lo que ha ocurrido.

—Pues sí, Hollywood está muy lejos. Al otro lado del país —sonrió Scoffield—. Creo que no hay motivo para que se preocupe, aunque se tratase del mismo hombre…

—Usted no puede entenderlo, Ralph. Yo conozco personalmente a ese asesino. Es más, tengo una carta suya. Una carta que nunca me gustó… y ahora menos que nunca. Perdóneme ahora. Me retiro un momento. Ya me dirá si llama Archie, por favor…

—Sí, claro, señora, cuente con ello —y se quedó mirándola, pensativo, mientras abandonaba ella el comedor agitadamente.

Aún seguía así, cuando apareció en la sala Ethel Harding, que miró con extrañeza el asiento vacío, el desayuno casi intacto y, finalmente, el periódico estrujado sobre la mesa. Buscó con su mirada, fría y meditativa, al joven secretario.

—¿Ya se ha marchado la señora Baxter? —indagó.

—Sí, se retiró a sus habitaciones —afirmó el joven, distraído.

—¿Sin desayunar? ¿Le ocurre algo?

—No le ocurría nada. Pero algo que leyó la ha trastornado fuertemente, Ethel.

Ella no dijo nada. Leyó los titulares. Sus ojos brillaron.

—Entiendo. Ha asociado eso con lo que pasó en el barco —apuntó, pensativa.

—Exacto. Eres muy lista, Ethel.

—No hace falta ser un lince para imaginarlo. En ambos casos hubo mutilación. Y la víctima fue una mujer joven y hermosa.

—Al parecer, ella conoce al asesino personalmente.

—Sí, eso tengo entendido —corroboró Ethel Harding, endureciendo su gesto—. Las mujeres que trabajan de señoritas de compañía, suelen tener extrañas amistades.

—No creo que conociera a ese hombre por trabajar como acompañante de una dama inválida —cortó Ralph algo seco—. Cualquiera puede conocer personalmente a un asesino, sin saber que lo es.

—Yo, no —cortó ella con frialdad, mirándole arrogante—. Elijo muy bien mis amistades, Ralph.

—¿Por eso no has decidido aún ser mejor amiga de la señora Baxter? —insinuó secamente Scoffield.

—Ésa es una pregunta impertinente, Ralph, que no tengo por qué contestar —dijo con acritud la administradora de los bienes de Archie, encaminándose a la salida.

En ese momento, apareció la doncella, anunciando a Ethel Harding:

—Señorita Harding, acaba de llegar la señorita Carpenter, que desea verla…

—Oh, sí, sí, dile que iré de inmediato —se apresuró a afirmar Ethel, abandonando la estancia mientras se arreglaba mecánicamente el estirado cabello.

Ralph se echó a reír entre dientes y meneó la cabeza.

—Ésa sí es buena amiga tuya, Ethel —musitó, aunque ella ya no podía oírle—. La muy preclara, inteligentísima y cerebral Muriel Carpenter, el gran cerebro de Nueva York, la mujer culta, educada, políglota, conferenciante, escritora, artista… No sé, no sé, Ethel, pero creo que en el fondo, sientes un especial afecto por Muriel

Carpenter, que va más allá de la amistad. No te gustará que el patrón se haya casado, pero menos aún te hubiera gustado que se casara con tu querida amiga Muriel, como ella pretendía y esperaba…

Era una velada bastante animada aquélla.

Los comensales hablaban animadamente, pero en especial la invitada de honor era la que llevaba la voz cantante, con una conversación brillante, fácil, fluida e inteligente, que lograba maravillar a Cheryl.

Los demás, incluidos su propio esposo, Ralph Scoffield y Ethel Harding, sentados todos a la mesa de Baxter House, intervenían en la charla, pero distaban mucho de alcanzar la brillantez, erudición sencilla y profunda de la invitada central, así como sus vastos conocimientos en numerosos terrenos artísticos y culturales.

Lo sorprendente es que aquella mujer, además de su solidísima cultura y su nada común nivel intelectual, era además muy hermosa y con una gran personalidad. Alta, arrogante, de elegancia natural, cabellos rubios suaves, ojos grises y facciones de singular corrección, poseía una serena y majestuosa belleza, digna de una aristócrata. Sin embargo, era norteamericana, de familia media y sin raíces de especial abolengo, pese a su apariencia.

Se trataba de Muriel Carpenter, amiga personal de Ethel Harding y también de Archie. Mujer de vastísima cultura, viajera infatigable, inteligencia dúctil y vivaz, tan capacitada para la Ciencia como para el arte, se decía de ella en la buena sociedad neoyorquina que dominaba con total perfección hasta once idiomas, incluidas diversas lenguas orientales, dialectos hindúes y árabes, el chino y el cantones.

—Confieso que sufrí una gran decepción al saber de tu boda, Delmar —decía en ese momento, dirigiéndose a Archie con el nombre que todos en su círculo acostumbraban a utilizar—. Pero me resigné pronto, sobre todo cuando supe que, al menos, habías tenido excelente gusto al elegir esposa y que ella era realmente bella y encantadora.

—Me está elogiando en exceso, señorita Carpenter —rechazó Cheryl, azorada.

—No, no, querida, nada de eso —replicó Muriel suavemente—. Ethel es una gran amiga mía y sabe que me gusta ser totalmente

sincera. Cuando yo llamo bella a alguien, no es por simple cumplido, sino porque lo siento realmente así. Sólo espero que ambos sean muy felices, ya que Delmar me negó a mí esa posible felicidad.

—Nunca me diste a entender que sentías algo por mí, Muriel —sonrió Archie de buen humor.

—Esas cosas no hay que decirlas, querido. Se sienten o no se sienten, eso es todo. Estaba en Nueva Delhi, asistiendo a una convención cultural del Tercer Mundo cuando me enteré de tu boda. Visité a Ethel hace diez días, pero ese día no estabas tú aquí para felicitarte por tu boda, y para reprocharte de paso de paso que me hubieras dejado compuesta y sin novio —rió la dama de buen humor—. Quise ver a tu mujer, pero Ethel me recomendó que no lo hiciera, porque acababa de sufrir un sobresalto con una información de prensa, y podía no desear visitas.

—Recuerdo muy bien eso —asintió Cheryl—. Archie… bueno, Delmar habíase ausentado por el incendio en la factoría de caucho, y yo estaba muy postrada tras leer lo del asesinato de Janis Munro.

—Oh, esa chica, la actriz… Fue terrible, sí. Pero ¿tanto la afectó, querida?

—Más de lo que puede imaginar, señorita Carpenter. Lo asocié con otros sucesos semejantes de los que había sido involuntario testigo… De todos modos, Ethel debió avisarme de su llegada. Hubiera podido recibirla, de todos modos.

—Bueno, eso importa poco ahora. —Archie puso más champaña en las copas—. Al fin nos hemos reunido todos en una cena de amigos, y espero que tu rencor hacia mí no sea demasiado grande, a causa de haberme casado con Cheryl, en vez de elegirte a ti, Muriel.

—Procuraré olvidar mi gran fracaso sentimental —rió Muriel Carpenter risueña—. Ahora, brindemos por todos nosotros. Pero especialmente, por el matrimonio Baxter y su futuro…

Estaban las copas en alto cuando el mayordomo carraspeó desde la entrada al comedor, y luego avanzó hacia Archie, con una tarjeta de visita sobre la bandeja de plata. Bebió él un sorbo y se volvió, sorprendido, a su criado.

—¿Qué sucede ahora? —indagó, perplejo.

—Una visita, señor. Es urgente, dice. Lamenta molestarles a estas horas.

—¡Qué intempestivo! —Se quejó Archie, mirando la tarjeta—. Vaya, nuestro viejo amigo el teniente Maxwell, de la policía de Nueva York querida.

Cheryl se estremeció ligeramente. Miró con cierta aprensión a su marido. Luego, a todos los demás. El mayordomo explicó con seriedad:

—El teniente dice que es importante que hable cuanto antes con ustedes, especialmente con la señora Baxter.

—¿Conmigo? —Se sorprendió la joven, estremeciéndose—. ¿Por qué conmigo?

—No sé, señora. No me lo ha dicho. Parece muy preocupado por algo.

—Está bien, hágale pasar aquí —pidió Archie—. Lo que tenga que decirnos, supongo que podrá hacerlo delante de todos mis amigos y colaboradores…

El mayordomo se retiró, regresando poco después con el teniente Kent Maxwell, sombrero en mano, que se detuvo en medio de la sala, mirando con cierta incomodidad a los presentes.

—Temo molestarles en mal momento… —comenzó a hablar.

—Nada de eso, teniente —cortó Archie—. Venga aquí y tome una copa, si lo desea.

—No, gracias. Nunca bebo estando de servicio —rechazó él, grave.

—¿Café, entonces?

—Sí, por favor —miró de nuevo a los demás—. ¿Podemos hablar aquí?

—Ciertamente, teniente. Todos son de mi total confianza. Mi secretario, Ralph Scoffield, mi administradora, la señorita Harding, y mi invitada, la señorita Carpenter, una de nuestras más brillantes intelectuales.

—He oído hablar mucho de la señorita Muriel Carpenter —sonrió el policía—. Y hasta asistí a una conferencia suya en Nueva York, de tema criminalista. Sé que la señorita Carpenter domina a la perfección los más diversos temas.

—Me halaga usted, teniente —declaró con suavidad la aludida—. Por favor, si no le importa que sepamos lo que le trae aquí, siéntese con nosotros y hable sin temor. No vamos a interferir en su conversación con los señores Baxter, pero si estorbamos…

—No, no, en absoluto, señorita. Pueden quedarse todos. En realidad, mi visita tiene por objeto solamente una diligencia rutinaria, acerca de la señora Baxter, para ser exactos.

—¿Qué tengo yo que ver con las diligencias policiales, teniente? Creo que le conté cuanto sabía de lo ocurrido a bordo, cuando bajamos a tierra.

—Ahora no se trata de eso, señora, aunque muy bien pudiera tener directa relación con ello, si mi teoría no es equivocada. Vengo a verla a causa de cierto informe recibido hoy mismo de un buen colega y amigo de la policía de Los Ángeles. Se trata de algo relacionado con la trágica muerte de la famosa «estrella» de cine Janis Munro…

—¡Oh, Dios mío, me lo temía! —Se estremeció Cheryl, algo pálida.

—¿Qué es lo que se temía? —preguntó rápido el oficial de policía, clavando sus ojos en ella.

—Lo de Janis Munro… Siempre estuve segura de que se trataba de la misma persona…

—¿A qué persona se refiere?

—Al asesino, naturalmente —los ojos de Cheryl aparecían cuajados de temores indefinibles al mirar al policía—. Porque… es eso, ¿verdad, teniente?

—Sí, me temo que sí, señora —suspiró el oficial de Homicidios, rebuscando algo en sus bolsillos. Luego, extrajo un papel enrollado, que desplegó sobre el mantel, ante los ojos de Cheryl. Todos se inclinaron ansiosamente, contemplando lo que él mostraba. Habló con calma—: ¿Reconoce usted a este hombre, señora Baxter?

Cheryl contempló aquel dibujo trazado en el papel. Su rostro sufrió una convulsión repentina, se llevó una mano a los labios y se mordió la punta de los dedos, nerviosa. Luego, asintió despacio.

—Si —musitó—. Claro que le conozco.

—¿Es…, es él? —insistió el policía.

—Sí. Es él. El hombre del balneario francés. El hombre de Londres. El hombre del transatlántico. El mismo. Creo que ya vi un dibujo parecido hace tiempo, teniente…

—Así es. Pero este dibujo no está hecho aquí, sino en Los Ángeles. Según varios testigos, el retrato corresponde a una serie de descripciones distintas, en torno a una misma persona: el nuevo

chófer belga, Duquesne, que conducía el coche de Janis Munro la noche en que fue asesinada, y que nunca más ha visto en parte alguna.

—Pues es el mismo hombre, teniente. El mismo… sólo que con el pelo liso y más negro.

—Tinte o peluca, eso es todo —suspiró Maxwell—. ¿Puedo, entonces, afirmar sin lugar a dudas que usted identifica a este hombre como el que ya vio antes en el escenario de tres asesinatos?

—Sí, teniente. Es el mismo. Puedo jurarlo sin temor a equivocarme.

—Gracias. Es cuanto quería saber —recogió el papel, y se puso en pie, tomando un solo sorbo de café—. Perdonen la molestia. Ahora ya sabemos que ese asesino sigue su tarea de matar mujeres y mutilarlas después. Es evidente que se ha aposentado en este país, y va a darnos mucho trabajo si insiste en su sangrienta tarea… Ahora, señores, les dejo. Gracias por todo, señor Baxter. Y perdón por las molestias.

Se despidió de todos con una inclinación, y abandonó el comedor. Un profundo silencio reinó en éste, después de salir el policía. Archie rodeó los hombros de su mujer con un brazo protector.

—Creí que esa odiosa pesadilla ya no volvería a afectarte a ti, querida —murmuró.

—Nadie, salvo el destino, tiene la culpa de que yo sea el mejor testigo contra ese hombre, Archie —murmuró la joven con tristeza, encogiéndose de hombros. Luego, trató de animarse, volviendo la vista a todos los demás que ocupaban la mesa—. Por favor, sigamos ahora con nuestra velada.

—¿Seguro que te sientes bien para eso, amiga mía? —dudó Muriel Carpenter.

—Sí, gracias. Me siento muy bien, no lo duden —respiró hondo la joven—. Después de todo, ese hombre está lejos de aquí, ¿no es cierto? Hollywood está al otro lado del país.

—Sí, pero ese crimen tuvo lugar hace diez días —le recordó gravemente Ethel Harding, mirándola fijamente—. Y en diez días, un hombre como ése puede muy bien haber cruzado el país entero sin problemas…

Los ojos de Cheryl se nublaron. Pero rápidamente, en ese

momento, Ralph sacó un tema de conversación trivial, que Muriel Carpenter siguió con facilidad, y la tensión del momento se diluyó en apariencia. Sin embargo, Archie observó de soslayo a su mujer, y descubrió que aquella sombra de temor no se había ausentado todavía del fondo de sus pupilas…

Capítulo VIII

LA musiquilla del ingenuo Carrousel repleto de chiquillería, se entremezclaba con el estruendo metálico de la montaña rusa, el golpeteo de campana del poste para probar la fuerza con un mazo, las voces estentóreas y chillonas de los anunciantes de cada barraca, y las lejanas notas de una banda interpretando en un templete del parque los marciales acordes de marchas americanas.

Entre todo aquel confuso y alegre revuelo de sonidos, luces y risas, deambulaba el gentío, en su mayoría joven o infantil, gozando de las delicias de una tarde otoñal particularmente suave para un clima como el de Nueva York, ya al filo de las primeras sombras de la noche. Allá, en el horizonte, el crepúsculo teñía de anaranjado el cielo intensamente azul, sobre las aguas cercanas a la bulliciosa Coney Island y su feria. Las luces eléctricas de ésta comenzaban a disipar esas penumbras nocturnas, con el parpadeo multicolor de sus bombillas. Y bajo éstas, carpas y barracones, entoldados e instalaciones, ofrecían su inocente espectáculo a los visitantes, desde el tiro al blanco con el inefable premio de un muñeco de trapo, hasta el teatrillo de marionetas que embelesaba a los niños, sin olvidar los *poneys* para montar unos minutos, o el Carrousel para dar vueltas y vueltas, a los acordes de la sempiterna música sincopada y rítmica. Sombreros de paja y grandes pamelas se entremezclaban en las riadas de gente, las sombrillas que protegían del tibio sol otoñal el blanco cutis femenino habían sido plegadas ya al ponerse el astro diurno, y algún que otro espectacular turbante de seda femenino, rematado en grandes plumas de avestruz, flotaban acá y allá, como una pintoresca nota de exotismo muy en boga.

La carpa de los mimos era una más entre tantas otras. La gente pagaba cinco centavos y entraba a disfrutar de la mímica sorprendente de aquellas criaturas de cara blanqueada, negros

maillots y ágiles, expresivos ademanes, brazos y manos gráciles como avecillas, rostros elocuentes en su máscara representativa de alegría, dolor, decepción o entusiasmo. Los niños reían con sus gracias y piruetas, y los mayores se conmovían con sus desventuras en el escenario.

Eran tres los mimos que actuaban allí. Una mujer y dos hombres. Se les anunciaba fuera, junto al charlatán de turno que despachaba los *tickets* de entrada y pregonaba las excelencias del espectáculo, como Los Tres Levsky, llegados excepcionalmente de la lejana Bulgaria para solaz del público americano. Mucha gente dudaba seriamente que los mimos conocieran siquiera ese remoto país europeo, mezclado recientemente en la terminada Gran Guerra, con un rey y un halo de nación entre operística y novelesca.

Sin embargo, nada más cierto, al menos respecto a una de las figuras de la mímica. Porque el único componente femenino del trío, era precisamente búlgara, nacida en Sofía, y se llamaba Leilah Levsky. Era joven, esbelta, elástica y alada. Su rostro podía expresarlo todo, y sus manos y brazos también. Largos los brazos como el cuello de un cisne, rivalizaban con éste en armonía y esbeltez. Las manos eran sensitivas, frágiles y blancas, capaces de moverse como si tuvieran vida propia, expresándolo todo nítidamente.

Una musiquilla de fondo acompañaba a los mimos desde una pianola mecánica, junto a las negras cortinas del escenario ante las que ellos se movían, provocando la risa o la emoción de los no demasiado numerosos espectadores que asistían a la representación.

Un nuevo espectador pasó la puerta de tela multicolor, tras pagar el *ticket* correspondiente. Era un caballero alto, elegante, de pantalón gris perla, chaqueta azul marino, sombrero de paja a la moda y bastoncillo delgado de caña, semejante al que popularizaba el inefable Charlot desde la muda pantalla de los cinematógrafos.

Aquel hombre completaba su elegante aspecto con una hermosa gardenia blanca prendida del ojal de su impecable chaqueta, y un monóculo ajustado al ojo. Se hubiera dicho que tenía porte de extranjero, si no fuese porque en Nueva York, todo el mundo era y parecía extranjero, ya que extranjero era el origen de cuantos allí habitaban desde la compra de la isla a los indios. Pero quizás matizando un poco, se hubiera podido asegurar que el caballero de

la flor en el ojal era más extranjero que los demás.

Se situó discretamente en las filas de mitad de sala, sin quitar sus ojos del espectáculo de mimos. En estos momentos, la mujer lloraba al amante muerto, mientras el otro hombre intentaba conseguir su cariño. La mímica era sorprendentemente expresiva. Aquella gente, como los artistas de cine, no necesitaba de la palabra para reflejar sus sentimientos. Pero ellos ni siquiera precisaban los rótulos de las películas, intercalados en las escenas para que el espectador pudiera seguir la acción.

Cuando terminó la representación, tibios aplausos acogieron su final. La gente, distraída, abandonó la carpa lentamente, sin dar mayor importancia a la función. La feria continuaba, y aunque muchos volverían ahora a sus casas, otros muchos seguirían deambulando de atracción en atracción, para consumir sus horas de asueto en aquel sábado por la noche.

El caballero de la flor en el ojal fue el último en abandonar la carpa. Contempló largamente a los mimos, que regresaban al interior, hablando entre sí en lengua extranjera. El caballero sonrió. Conocía aquel idioma y, ciertamente, la propaganda del modesto local no engañaba. Hablaban en búlgaro.

Y en búlgaro se expresó él cuando, acercándose al escenario, se dirigió a la mujer de la cara blanqueada y el cuerpo ceñido por el maillot negro:

—Perdone, señorita. ¿Puedo felicitarles por su magnífica representación?

Ella se volvió gratamente sorprendida. Sus ojos miraron con simpatía al desconocido, desde la cara enharinada.

—Gracias, señor —respondió en búlgaro—. Es usted muy amable.

—Soy sincero —respondió él con exquisita cortesía, inclinándose —. La gente no entiende mucho de arte en una feria como ésta. Le aseguro que me lograron conmover. Desde que llegué de Europa, no veía nada parecido.

—Ya imagino que es usted europeo, señor… —sonrió la joven mima.

—Servio —carraspeó él ampulosamente—. Ya comprenderá. Mi país causó la guerra mundial. Tuve que salir de él pronto, me vi mezclado en la contienda, luché en el frente… Soy el comandante

de granaderos Miljan Vosic, y luché por mi patria contra los malditos prusianos. Oh, perdone. No debo hablar de todo eso. La Gran Guerra, por fortuna, quedó ya atrás.

—Sí, por fortuna —asintió tristemente la joven. Y esta vez, no necesitaba fingir para que su blanco rostro reflejase dolor y pena, melancolía y amargura—. En ella perdí a mis padres, mi hogar… todo. Y emigré a este país, que me ha acogido como a uno más de los suyos. La Europa que recuerdo ahora, tiene poco de amable para mí, comandante.

—Lo comprendo muy bien. Perdone por habérselo hecho recordar, señorita…

—Levsky. Leilah Levsky, comandante. No tiene importancia. Ha sido muy grato escuchar sus elogios, créame. Ahora deberá permitirme, sólo tenemos una hora para cenar algo, antes de la última representación de la noche…

—Por favor, permítame que sea yo quien la invite a cenar. Aquí mismo, enfrente vi un merendero de buen aspecto. Me encantaría poder charlar unos minutos más con una europea tan encantadora como usted. Y luego, por supuesto, asistir de nuevo a sus representaciones con el mayor placer…

—No sé si debo. Mis compañeros…

—Oh, por favor, sólo será esa media hora que mencionó usted, señorita Levsky —insistió galantemente el hombre de la flor en la solapa, con su mejor sonrisa—. Ahí mismo, frente a este entoldado… La escoltaré gustosamente todo el tiempo, no tiene nada que temer de un viejo granadero servio.

—Oh, por favor, no me refería a eso —suspiró la joven mima moviendo grácilmente sus delicadas, sensitivas manos—. Está bien, le acompañaré, comandante. Les diré a mis compañeros que cenaré sola esta noche. Espere sólo diez minutos, los precisos para quitarme esta pintura del rostro…

—Por supuesto. La espero fuera, señorita —y se inclinó, galante, saliendo del recinto.

Minutos más tarde, la joven, ya sin pintura blanca en la faz, se reunía con él. Era menuda, delicada, exquisita, de una belleza suave e ingenua. Se encaminaron al bien iluminado cobertizo del cercano merendero, donde tomaron asiento en una mesa de mármol, junto a unas farolas redondas de luz de gas. El supuesto comandante servio

pidió al camarero de atusados bigotes una cena en toda regla, dentro de lo que permitía el escaso menú del lugar. La joven parecía algo desorientada.

—No debió pedir tantas cosas —sonrió—. Casi no tendré tiempo de comerlas. Además, no debo alimentarme demasiado antes de la función. Cansa mucho.

—Tome lo que le apetezca, pero elija por sí misma sin que nadie se lo impida —dijo el caballero con suavidad—. Le aseguro que no trataré de forzarle en absoluto en sus costumbres, señorita Levsky.

Así fue. La joven eligió un poco de cada plato, comió moderadamente, bebió solamente un poco de agua azucarada, y al término de la cena, ambos se levantaron dejando gran parte de los platos sin tocar, ante la sorpresa del camarero. El hombre pagó, dando al camarero una generosa propina, y diciendo que un militar servio no debía nunca ser tacaño en nada. Ofreció su brazo gentilmente a la joven, y se encaminó con ella a la carpa situada al otro lado de la concurrida feria.

Inesperadamente, cuando estaban cerca de la carpa, el hombre se paró en seco. Su rostro tomó una expresión adusta, tensa, miró a un punto de la multitud y pareció repentinamente nervioso. Su mano apretó más fuertemente el brazo delicado de la joven. Ella le miró, sorprendida.

—¿Qué le ocurre, comandante? —indagó.

—Ese hombre que pasó…

—¿Quién?

—No importa, ya no puede verle. Creo que me ha visto y reconocido. Sí, parece que va a volver sobre sus pasos…

—¿Quién es? —Se inquietó ella.

—Un viejo amigo. Mejor aún, un viejo enemigo, señorita Levsky. Un espía prusiano al que herí en una emboscada. Juró matarme donde me viera. Será mejor que nos ocultemos por un momento. No deseo que el muy villano pueda asesinarme aquí, ante todo el mundo…

—Cielos, ¿cómo podría hacer eso? —Se horrorizó ella.

—Conozco bien a ese malvado y sus métodos. Era muy cruel, asesinó a muchos enemigos del imperio alemán durante la guerra… y tal vez esté en América por mí.

Rápido, llevó a la joven tras la carpa, sin que ella protestara, y

ambos permanecieron ahora en la zona más oscura del lugar, tras el entoldado, lejos de las luces y la gente. El caballero notó que el corazón de su compañera palpitaba con fuerza.

—No tema —dijo con voz grave—. Sé defenderme, si ese malvado nos descubre…

Ante el pánico de la misma, desenfundó su bastón, que resultó ser un largo y afilado estoque. Soltó el brazo de ella y fue a asomarse por un lado de la carpa. Antes de regresar con paso cauteloso, susurró con expresión alarmada:

—Cuidado. Viene hacia aquí ahora. Creo que me ha descubierto…

Estaba frente a la joven, empuñando su estoque delgado y puntiagudo, sobre cuyo acero destelló el reflejo de una lejana luz de la feria de Coney Island. Ella jamás pudo sospechar lo que sucedería.

Cuando sucedió, no tuvo tiempo de evitarlo, de impedirlo, de sentirlo casi. El acero, limpiamente, atravesó su garganta de lado a lado. El chillido de horror se heló en sus cuerdas vocales, sin llegar a salir más que como un estertor ronco.

Su asesino arrancó el estoque de su garganta, fluyendo la sangre por el orificio. Y luego, se lanzó a fondo, clavando esta vez la estocada en el corazón de la infortunada muchacha, cuyos ojos expresivos se abrieron con inmenso horror. Se desplomó lentamente, la muerte reflejada en su semblante con una blancura distinta a la de su maquillaje de mima. No llegó siquiera a entender nada de cuanto sucedía. Cayó sin vida, chorreando sangre por sus dos mortales heridas, acaso con la única y última idea en su mente de que aquél era un crimen absurdo, y que su asesino se había vuelto loco de repente.

Una ahogada risa brotó de los labios del ejecutor de tan abominable crimen. El supuesto militar servio se inclinó con rapidez, envainando de nuevo su estoque ensangrentado, que volvió a adquirir el aspecto de un inocente bastoncillo. Sin perder momento, extrajo de entre la maleza que había junto a la carpa, un envoltorio oscuro, que desplegó. Separó de él una delgada sierra de cirugía y un bisturí. Con celeridad, buen pulso e increíble precisión, segó ambos brazos de la joven, fláccidos como las alas del cisne que muere en el acto final del *ballet*. Los cortó a la altura del hombro en

ambos casos, y cada brazo pasó a un recipiente de goma conteniendo algo, un líquido que burbujeó al recibir el miembro seccionado. Eran dos recipientes cilíndricos, de la longitud precisa cada uno para contener un brazo humano. Los cerró cuidadosamente, dejando allí tendido el cadáver sin brazos de la infortunada muchacha búlgara, sobre un reguero copioso de sangre. Producía un extraño, escalofriante efecto, ver aquel cadáver incompleto, aquella figurilla humana cuyos brazos eran lo más elocuente de su cuerpo, reducida a un simple tronco con piernas. Dos muñones escarlata, señalaban en sus hombros la ausencia de ambas extremidades.

El asesino se incorporó, triunfal, recogiendo el envoltorio, para dirigirse de inmediato lo más lejos posible del lugar.

Pero en esta ocasión no tuvo tanta fortuna como otras veces.

Al incorporarse e iniciar la marcha, un corpachón recio apareció ante él, uniformado de oscuro, con un negro casco sobre la cabeza y una linterna en su mano, que proyectó la luz sobre el hombre de la flor en el ojal… y también sobre el cadáver.

—¡Quieto ahí, amigo! —Ordenó ásperamente el policía—. ¡No se mueva o disparo!

Y llevó con celeridad la mano a su revólver, colgado de su cintura.

Por un momento, el criminal quedó petrificado, deslumbrado por la linterna, y sobrecogido ante la presencia del agente de policía metropolitana erguido ante él.

Pero eso fue sólo un momento.

—¡Dios del cielo! —Oyó balbucear al horrorizado policía, cuando los ojos de éste se fijaron en el cuerpo sin vida de la joven mutilada—. ¡Qué horror! ¿Es que está usted loco, maldito sea? ¿Qué le ha hecho a esa criatura?

Ya estaba empuñando su reglamentario revólver, cuando el asesino reaccionó violenta e inesperadamente, lanzando un seco y enérgico bastonazo hacia el policía. Lo hizo con tal precisión, que la linterna saltó de los dedos del agente, rodando por el montículo situado tras la carpa. El lugar quedó en sombras, el policía soltó una sorda imprecación, y restalló un disparo, llameando un fogonazo en la oscuridad.

La bala rozó los cabellos del agresor, pero sin herirle. Su

sombrero de paja voló lejos, arrastrado por el proyectil, pero ya el dueño de la prenda corría a la desesperada, saltando a la zanja repleta de arbustos que corría tras el entoldado, mientras de nuevo tronaba el revólver del policía, y el vozarrón de éste retumbaba, autoritario:

—¡Alto! ¡Alto o tiro a matar, maldito asesino! ¡No intente huir, no lo conseguirá!

Y para reforzar esa afirmación, un silbato sonó estridente de inmediato. El policía estaba poniendo en estado de alerta a otros agentes dispersos por la feria. El fugitivo maldijo entre dientes, diciéndose que las cosas se estaban poniendo bastante difíciles esta vez.

—Ese condenado polizonte… —jadeó, nervioso, corriendo con el envoltorio aferrado contra su cuerpo, la expresión agitada, los brazos crispados. Había perdido su bastón— estoque al golpear al policía, y eso le irritaba, pero lo peor sería si lograban cercarle e impedir su fuga con los dos preciados miembros femeninos alojados en aquellos alargados cilindros de goma repletos de líquido.

Los estridentes sonidos del silbato policial conmovían ya la feria. Numerosos y fornidos agentes corrían a reunirse con su compañero, enarbolando las porras reglamentarias, y algunos de ellos buscando sus armas por lo que pudiera ocurrir. El aspecto fiero y decidido de aquellos policías, ciertamente, no recordaba en nada las parodias policiales de Mac Sennett y la Keystone[2], tan en boga por entonces.

—¡Por allí! —Bramó el policía, señalando hacia la zona de los desmontes—. ¡Es un asesino! ¡Ha matado y mutilado a una chica y escapa por ese punto! ¡Cogedlo, pronto!

Los policías se dispersaron rápidamente. Sonaron varios estampidos de revólver, y el fugitivo captó tras de él, no demasiado lejanos ya, los pesados zapatones de los miembros de la metropolitana neoyorquina, a la caza suya implacablemente. Gritos y voces, en la feria, denotaban que la alarma había cundido, y la gente ya no se divertía tanto, aunque no supieran a ciencia cierta lo que estaba sucediendo en el recinto ferial.

Jadeante, sudoroso, el caballero perdió su flor del ojal al pegar un trompicón y rodar de bruces contra un terraplén elevado. Masculló algo, logrando incorporarse, sucio de tierra, y reptó por el

desmonte, advirtiendo alarmado que los policías ganaban terreno a sus espaldas. Una voz le llegó nítida:

—¡Deténgase! ¡Deténgase o disparo!

—¡Vete al infierno! —Gruñó, airado, al llegar arriba, echando a correr como si le persiguiera el propio diablo.

Pero el policía cumplió su amenaza. Hizo fuego dos veces. Y sin duda poseía una envidiable puntería, porque el asesino notó una mordedura ardiente en su hombro derecho, y el dolor le hizo aullar, abrir sus dedos, y el envoltorio rodó por tierra, con su macabro contenido.

Se detuvo, maldiciendo, con una dolorosa punzada calándole todo el hueso, y sintiendo correr la sangre por su brazo. Dudó, entre dejar abandonado el envoltorio o recuperarlo. Se inclinó, dominando el dolor y la ira, y logró tomar el bulto, tiró de él, lo apretó contra sí con su brazo zurdo ileso, y siguió corriendo. Perdió algo, que se desprendió del bulto, para golpear sordamente el suelo, pero ya no tenía opción para pararse a recogerlo, porque los policías estaban muy cerca, varias balas silbaron cerca de su cabeza, y tuvo que seguir a la carrera, en dirección a la orilla del mar.

Tuvo suerte al llegar a la costa, porque allí el terreno era abrupto y rocoso, en contraste con la zona arenosa de la playa cercana. Se pudo ir ocultando de los disparos y de las miradas policiales hasta sumergirse en el agua, nadando como le era posible, y sujetando el envoltorio a su cuello mediante un desgarro hecho en la recia tela, para no perderlo. Juró rabiosamente, al notar que uno solo de los cilindros de goma continuaba allí dentro. Pero no tuvo más remedio que seguir nadando, y sumergiéndose entre unas embarcaciones allí ancladas, cuando la policía deslizó la luz de sus lámparas sobre la oscura superficie marina.

Había perdido uno de los brazos de Leilah Levsky.

Pero lo cierto es que, pese al esfuerzo policial, el asesino logró escabullirse en plena noche. Era ya madrugada cuando los agentes, tras revisar exhaustivamente toda la zona, tuvieron que reconocer su fracaso. El asesino había escapado.

El teniente Maxwell examinó con gesto de horror el contenido de aquel recipiente de goma negra, semejante a una alargada bolsa de agua caliente para templar la cama, pero cuyo contenido era un líquido algo más denso que el agua, envolviendo un mutilado brazo

de mujer, níveo y esbelto, rematado en una grácil manita de dedos finos y sensibles.

—Dios mío… —susurró—. Es horrendo… No cabe en cabeza humana, señores.

Los agentes que le rodeaban, asintieron, mirando con aprensión evidente aquel miembro de mujer que el médico forense estaba examinando en silencio bajo una potente luz. Tras un silencio, el doctor informó con tono seco:

—Mutilación perfecta, como las anteriores. Serró y cortó justo donde debía. Con precisión y limpieza. En cuanto al líquido que contiene ese recipiente… no puedo aventurar nada, pero diría que es una solución química especial, en la que existe una dosis de alcohol. Deberemos analizarla, aunque no hay duda de que se trata de una forma de conservar ese miembro sin que se descomponga fácilmente.

—¿Por qué hará eso el criminal? ¿Para qué quiere ese miembro en buen estado?

—Sólo sabremos eso cuando cojamos a ese loco cirujano, teniente —suspiró el forense, meneando la cabeza—. De lo que no hay duda es que está perfectamente equipado para hacer lo que hace, que hay método, frío y deliberado método en todas sus acciones. De otro modo, ¿cómo explicar que adquiriese esta clase de recipiente de goma, justamente a la medida para contener un brazo humano, sin duda hecho por encargo especial?

—Y falta el otro brazo…

—Que, sin duda, habrá logrado llevarse consigo, en otro recipiente gemelo. Pero al menos, esta vez nos dejó varias huellas de su paso, ¿no, teniente? Me refiero a este brazo, su envoltorio de goma y su líquido conservante, ese bastón-estoque con sangre de su víctima… y la flor perdida en la fuga.

—Oh, sí, el estoque, la flor… —El teniente Maxwell arrugó el ceño, contemplando la deshojada y sucia flor, una gardenia blanca, sobre su mesa, así como el bastoncillo de caña, hueco, conteniendo en su interior un acero con manchas de color óxido, residuos de sangre humana—. Todo un caballero en apariencias el maldito criminal. Los testigos de la feria coinciden. Parecía un *gentleman* extranjero. Hablaba rumano, dijo el camarero del merendero que era un militar servio… y engañó por completo a la joven mima,

llevándola adonde él quería, con intención de asesinarla y mutilarla, como a todas sus restantes víctimas. Ese individuo parece el mismo diablo. Habla varios idiomas, tiene aires de caballero, domina la cirugía, es astuto, audaz, no le importa dejarse ver ostensiblemente, alardear de su aspecto caballeroso y galante… En suma, es un perfecto enigma viviente.

Ni siquiera sabemos por qué hace esto, cuáles son sus medios de fortuna, que le permiten codearse con todo el mundo, vivir a lo grande, recorrer el mundo mutilando mujeres hermosas…

Golpeó con ira la mesa, y se sentó, ceñudo, la mirada fija en aquel brazo de mujer, pálido y yerto, evidencia horripilante de la macabra afición del desconocido asesino de las mil y una identidades.

—Ahora, cuando menos, sabemos que está en Nueva York, teniente —dijo un sargento uniformado con cierta timidez—. Y que está herido…

—Oh, sí, herido. De eso no hay duda. Se halló el reguero de sangre, se ha comprobado que perdió este brazo en el momento de ser alcanzado por una bala… Pero Nueva York es muy grande. Y tiene un cómplice, una mujer. Puede estar escondido en cualquier parte. Sabemos que no despierta sospechas en nadie, que es un hombre de aspecto señorial, digno y caballeroso. Eso engaña mucho a la gente. Me pregunto qué intentará en el futuro, cuáles serán sus próximos planes… y cómo evitarlos. Cómo impedir que ese monstruo cometa nuevas atrocidades en el país.

Golpearon en la puerta vidriera de su despacho con fuerza. Hizo un gesto, y entró un agente uniformado, que puso ante él un cablegrama.

—Acaba de llegar, señor —informó—. Es urgente. Y viene de Europa.

El teniente Maxwell arrugó el ceño, tomando el documento. Lo abrió. Estaba fechado en Berlín. Lo firmaba el jefe de policía de la capital alemana.

Su texto le causó un escalofrío:

Identificado por nuestra policía el hombre que se hace llamar coronel Herzog, sir Brian Howes y monsieur Roland Jouvé. No es nada de eso, sino alemán. Nacido en Stuttgart hace cuarenta y siete años. Su nombre, profesor Luther Vorsted. Profesor en biología, cirujano experto y

especialista en medicina legal. Estuvo internado en un centro psiquiátrico antes de la Gran Guerra durante cinco años. Escapó de él en un bombardeo. Es muy peligroso. Su anhelo supremo es conseguir dar vida a un cuerpo nuevo, crear un ser perfecto, equipararse a Dios. Es una especie de Frankenstein, pero tremendamente real, no literario. Antes de ser internado, afirmó que era posible crear una vida nueva y distinta, uniendo diversos miembros y órganos humanos procedentes de diversos cuerpos vivos. Los médicos afirman que se trata de un enfermo mental sumamente inteligente y capacitado, capaz de todo con tal de conseguir sus fines científicos.

—Dios mío… —susurró el teniente Maxwell palideciendo—. Ahora creo que al fin lo veo claro. Ahora sé lo que ese demente persigue…

Y el pavor que se pintaba en su faz era indescriptible, mientras tomaba febrilmente el teléfono para hacer varias llamadas urgentes.

—¡Maldita sea, ya lo tenía! ¡Lo tenía, Gale! ¡Y lo he perdido! ¡Lo he perdido todo!

—Cálmese, profesor —musitó ella—. Todo, no. Tenemos uno de los brazos…

—¡Uno solamente! —Clamó el hombre, airado, torciendo el gesto con dolor, al rodearle Gale con los vendajes su hombro herido —. ¡Es como no tener ninguno! ¡No había brazos y manos más delicados y perfectos que los de esa muchacha! ¡Y ahora debo conformarme con uno solo, mientras esos estúpidos policías dejarán que se pudra el otro!

—Puede buscar otro brazo en alguna parte, profesor… —sugirió Gale, vendando pacientemente al herido.

—¡No será igual! ¡Mi criatura debe ser perfecta! ¡Armoniosa, magnífica, no un monstruo como creó la Shelley en su estúpido libro, en su afán de minimizar y ridiculizar a la Ciencia! No puedo dejar a mi criatura con un solo brazo… o con dos diferentes.

—Entonces, sólo queda una salida —suspiró Gale, terminando la curación. Señaló el recipiente de vidrio con un solo brazo flotando en aquel líquido turbio—. Deshacerse de ese brazo y buscar dos iguales en alguna parte…

—Dos brazos… ¡Dos brazos elegantes, ágiles, graciosos! ¿Dónde diablos los busco yo? —jadeó el profesor, rabioso—. Sabes que tengo ya elegido el cerebro, el rostro… Pero buscar nuevos brazos

que sean iguales o parecidos a los de Leilah Levsky… No, maldita sea, no sé dónde encontrarlos… Ahora, sería tener que intentar algo nuevo, precipitar acontecimientos…

Se detuvo. Una antigua imagen llegó a su mente. Una mujercita hermosa, de bellísimo rostro, de manos delicadas, de figura esbelta, de brazos suaves y mórbidos…

—Un momento… —Su rostro se iluminó, sus ojos brillaron como carbones—. Sí, podría ser… Al menos, podría intentarse. No sólo su rostro… sino sus manos, sus brazos…

—¿Tiene ya la solución, profesor? —preguntó Gale.

—Creo que sí —respiró hondo el científico y contempló el brazo solitario de Leilah Levsky, flotando en la iluminada vitrina colgante del laboratorio—. Creo que sí. Pero de todos modos, deberé confirmarlo antes de nada. Comprobar si, realmente, esas manos, esos brazos, merecen la pena o debo buscar otros más perfectos, sea donde sea…

—¿Va a moverse ahora de aquí? Está herido, le buscarán por toda la ciudad…

—No recorreré la ciudad para eso. Debo salir de ella sin ser visto, eso sí. E ir de visita a cierto lugar, examinar a alguna distancia a la persona adecuada, para estar completamente seguro de cuál es la decisión a tomar.

—¿Adónde irá? —Se inquietó Gale, mirándole fijamente.

—Mi querida Gale, a un hermoso lugar cerca de los Adirondacks… al norte de la ciudad, en el Estado de Nueva York. Un lugar llamado Baxter House…

Capítulo IX

EL día se estaba estropeando con rapidez.

Tras una tibia mañana soleada, habían aparecido las nubes, procedentes del norte, cubriendo casi totalmente el cielo. Se levantó un aire fresco y húmedo, y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre la campiña.

Cheryl movió la cabeza con disgusto, plegó su sombrilla y se refugió en el cenador del amplio jardín que rodeaba la finca, entre el arbolado del bosque y los muros de rojo ladrillo de la casa.

—Creo que se ha terminado el paseo —murmuró disgustada, mirando al cielo plomizo y a los goterones de agua que golpeaban los helechos junto al estanque y las grandes hojas de las plantas circundantes en torno al cenador de verano.

El hecho de que Archie no estuviera en la casa desde primeras horas de la mañana era lo que menos importancia tenía. Lo peor es que debía pasar tres días fuera, en Buffalo y Niágara, por causa de unos negocios importantes con unos socios canadienses. Esos tres días se le iban a hacer muy largos en la casa, pese a que ya se había aclimatado a su nueva existencia en el mes largo que llevaba en la misma, como flamante señora Baxter, o señora Barnes, como a ella le gustaba llamarse, puesto que para ella el riquísimo y poderoso Archibald Delmar Barnes Baxter, no era todavía otro que el querido y entrañable Archie Barnes, su amigo de Montmaison, su enamorado de Londres, su joven y amado esposo de la actualidad.

Incluso se había habituado a soportar la severidad de Ethel Harding, que no parecía ya tan hostil como al principio. Y en ausencia de Archie, quizás la presencia juvenil y amable de Ralph Scoffield era lo único que le servía de alguna compañía y alivio.

En un par de ocasiones les había vuelto a visitar Muriel Carpenter, pero pese a su cordialidad y simpatía, Cheryl sentía hacia aquella mujer cierta prevención. No sabía si la incomodaba su

belleza, su enorme inteligencia, su vastísima cultura, o todo a la vez. Aunque en el fondo estaba segura de que todos sus recelos hacia la hermosa e inteligente Muriel Carpenter, se basaban en el fondo en un hecho único: que ella había estado enamorada de Archie… y lo estaba todavía, dijera lo que dijese, para cubrir las apariencias.

Dejó de pensar en ello cuando oyó el lejano tamborileo del trueno, y un destello distante rasgó el cielo nuboso. No sólo llovía, como presagio de un aguacero quizás torrencial, sino que se aproximaba una tormenta con aparato eléctrico. Nunca le habían gustado las tormentas. Les tenía cierto miedo desde niña. Y esta tarde, sin Archie a su lado, volvía a sentirse igual que en la infancia. La proximidad de la tormenta logró inquietarla y asustarla.

Decidió abandonar el cenador y correr a la casa para guarecerse bajo techo sólido y entre firmes muros de todas las iras de la Naturaleza. Ajustó mejor su pamela sobre la cabeza, y se dispuso a correr a través del amplio jardín, entre los altos setos, los macizos de flores y el extenso claro que formaba semicírculo delante del edificio.

Abandonó el cenador cuando arreciaba la lluvia y otro relámpago rasgaba en la distancia el gris celaje, con un sordo tamborileo casi seguido. Corrió bajo la lluvia, hundiendo sus tacones en tierra húmeda, arenosa y blanda. Su sombrilla se enganchó en las ramas de un seto, perdió el equilibrio, un tacón se le hundió en el terreno demasiado profundo, y la joven cayó de bruces, con un leve gritito de sobresalto.

Se incorporó a medias, apoyando sus manos en la tierra blanda. Comenzó a erguirse, empapada por la lluvia. Y sus ojos, al alzarse, en busca de un apoyo en el seto, se fijaron en un punto de la arboleda, más allá de la hilera de setos.

Se quedó helada. De repente, el agua que mojaba su pamela, sus cabellos y su vestido de seda, pareció convertirse en agujas de hielo taladrando su piel y acribillando su carne hasta las venas y los mismos huesos.

Había un hombre en pie, junto a los árboles del bosquecillo de la propiedad.

Un hombre mirándola, apoyado en el tronco de uno de esos árboles con su mano izquierda, colgante y aparentemente inmóvil

su brazo derecho.

No era nadie del servicio de la finca, ella los conocía bien a todos.

Lo peor es que también conocía a ese hombre que la miraba fijamente, a una distancia no superior a los doscientos metros.

Era el caballero de la gardenia blanca en el ojal. El hombre arrogante y señorial del balneario de Montmaison. El portador de flores en Londres. El anciano de melena blanca del transatlántico. El hombre del retrato dibujado en Los Ángeles, tomando como modelo al chófer de la actriz de cine Janis Munro…

¡Era él, el asesino!

—¡Usted! —chilló, aterrada, sintiendo todo su cuerpo estremecido por un frío interior que nada tenía que ver con la humedad del agua que empapaba su cuerpo.

Y con un largo grito de horror, se precipitó a la carrera, olvidándose de su sombrilla y de su zapato, hundido en la arenilla del jardín, hacia la casa de rojos muros, que parecía ahora terriblemente lejana, pese a su proximidad.

Durante su desesperada, loca carrera bajo la lluvia, giró la cabeza dos veces. Para su terror, vislumbró al hombre en ambas ocasiones. Sonreía. Sonreía de un modo extraño y sardónico. Se separaba del árbol, echaba a andar lentamente… ¡hacia ella!

Llegó trompicada al porche de la casa, se precipitó sobre la puerta cerrada, golpeó repetidas veces el aldabón de bronce, como si pretendiera derribar con él la recia hoja de madera, mientras sollozaba ahogada, roncamente, y giraba de nuevo la cabeza, dominada por el pánico.

El hombre seguía caminando hacia ella, alejándose de la arboleda sin prisas, con paso lento, parsimonioso…

La puerta se abrió de repente. Cheryl casi cayó dentro, estallando en llanto convulso, y apartando con violencia a quien le franqueaba la entrada, cerró de golpe tras de sí, apoyándose aliviada en la madera, con un suspiro profundo, si bien las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas abundantemente.

—Querida Cheryl… ¿qué es lo que le pasa? —Sonó, asombrada, la voz de Ethel Harding.

Cheryl alzó la mirada hacia la administradora de Baxter House, que era quien le franqueaba el paso. Trató de expresarse,

entrecortadamente:

—Ese hombre… Me seguía… Venía hacia mí. En el jardín… ¡Oh, es horrible, Ethel, verdaderamente horrible!

—¿Qué hombre? —demandó la otra, perpleja, tratando de abrir la puerta.

—¡No, no abra, por el amor de Dios! —Clamó angustiada Cheryl —. ¡Es el asesino, el hombre de la flor en el ojal!

—¿Está segura de eso? —dudó ostensiblemente Ethel Harding, frunciendo el ceño. Y renunció a abrir, limitándose a alzar la cortina de una de las ventanas inmediatas Echó una ojeada. Luego manifestó con firmeza—: No veo a nadie, Cheryl…

—No puede ser. Está ahí, entre el bosque y los setos… Venía hacia mí…

—Insisto en que ahí fuera no se ve a nadie —dijo Ethel enfática —. Véalo por sí misma, querida.

Cheryl tragó saliva, corrió a la vidriera y, dominando su temor, miró. Pestañeó. Era cierto lo que decía Ethel. Allí no se veía a nadie. Ni el menor rastro del intruso. Aferró la cortinilla con una mano, crispada, y protestó, airadamente:

—¡No he visto visiones, Ethel! ¡Ese hombre me vigilaba, estaba junto a los árboles, le vi claramente!

Ethel Harding la contempló en silencio. Movió la cabeza.

—Yo no he dicho que viese visiones —objetó suavemente—. Sólo que no veo a nadie. ¿Acaso lo ve usted?

—No, no… Pero ¡tiene que estar! Se habrá ocultado tras los setos, seguro…

—¿Ocultarse? —Preguntó una voz tras ellos—. ¿Quién?

Se volvió, dominando un grito de sobresalto. Respiró con alivio al reconocer a Ralph, el secretario de su marido, sonriente y afable en medio del vestíbulo.

—¡Oh, Ralph, es usted! —musitó—. Tiene que creerme. El hombre está fuera. Me vigilaba. Es él…

—¿Quién?

—¡El hombre del balneario, del barco, el asesino! ¡Es él, seguro! ¡Está en la finca!

—Eso no puede ser —el rostro de Scoffield se puso serio. Avanzó rápido hacia la ventana—. Le hubieran visto entrar… No se permite a nadie merodear por aquí.

—Como ve, no hay nadie fuera —apuntó fríamente Ethel Harding, cruzando sus manos sobre el regazo.

—Cierto. No veo a nadie —confirmó Ralph. Se volvió a la aterrorizada Cheryl—. ¿Está segura de que lo vio?

—Claro. No sufro alucinaciones, Ralph. Es el mismo hombre. Me asustó mucho…

—Es lógico —fue a una panoplia y tomó un rifle de ella. Comprobó que estaba cargado y avanzó hacia la puerta—. Vamos a ver si aparece ese tipo.

—No, no se arriesgue, Ralph —rogó la joven—. Ya sabe cómo es ese monstruo…

—No le temo. Si esto dispara sobre él, dudo que pueda evitar sus efectos —palmeó el arma y abrió, decidido, saliendo al exterior, bajo la lluvia.

Recorrió los setos y llegó hasta la arboleda. Cuando regresó, parecía preocupado. Cerró tras de sí y meneó la cabeza, mirando a Cheryl.

—No había nadie —dijo—. Debió escapar.

—Es raro —apuntó Ethel con frialdad—. Tuvo que darse mucha prisa para eso.

—¿Qué pretende decir? ¿Que imaginé acaso su presencia ahí? —Se irritó Cheryl, revolviéndose contra ella.

—Sólo dije que tuvo que darse mucha prisa, Cheryl…

—Usted siempre dice cosas que parecen no querer decir nada, pero que molestan. Me tiene sin cuidado lo que piense. Yo lo vi, eso me basta. Está aquí dentro, no sé cómo entró, pero está en la finca.

—Arreglaremos eso, de todos modos —dijo Ralph con firmeza—. Voy a informar al servicio. Daremos una batida, armados todos, para comprobar si sigue aquí o dejó huellas. Usted quédese en casa, señora Baxter, será lo mejor. Y cierren bien todas las puertas, por si acaso.

Los siguientes minutos fueron de mucha actividad en Baxter House. Ralph Scoffield hizo movilizar a todo el personal de la finca que, con escopetas y objetos contundentes, se desplazaron por toda la propiedad, en busca del rastro del intruso.

Cheryl se encerró en el *living*, sirviéndose una copa de *brandy* que apuró de un trago. Su corazón palpitaba con fuerza, y sus piernas le temblaban. Hasta casi oscurecido, cuando ya la lluvia

golpeaba torrencialmente las ventanas y el rayo iluminaba de vez en cuando el exterior, acompañado por el sordo bramido del trueno, no regresaron los hombres, empapados y decepcionados.

—No vimos a nadie —resopló Ralph Scoffield, despojándose de su impermeable—. Pero es obvio que hubo un intruso en la finca. Hallamos huellas de pisadas en el bosque y el jardín, a causa de la tierra blanda por la lluvia. Usted tenía razón, señora Baxter. Había alguien aquí. Pero ¿cree de veras que era ese hombre? ¿No pudo sufrir un error, a causa de una cierta psicosis respecto a su rostro y su persona?

—No, Ralph, no —rechazó ella vivamente—. Era él, estoy segura. No podría confundirle con nadie desde que le conocí en el balneario. Tiene personalidad. Y ahora menos que nunca, después de todo lo sucedido…

—Comprendo, pero… ¿qué puede pretender buscar aquí ese individuo? —se sorprendió Ralph, frotándose el mentón, por el que corrían las gotas de lluvia.

—A mí —jadeó roncamente ella.

—¿A usted? —Scoffield se volvió, mirándola asombrado—. ¿Para qué?

—Para matarme y mutilarme, como a las otras… —susurró la joven, trémula.

—¡Qué tontería! ¿Por qué habría de elegirla precisamente a usted? —Trató de mostrarse jovial Scoffield, aunque sus ojos estudiaban con fijeza y seriedad a la esposa de su jefe.

—Por la misma razón de que eligió a las demás, Ralph… La mujer de París tenía los más bellos senos de Francia, según la prensa… El cuerpo de Sheila Randall era perfecto entre cuello y caderas… Las piernas de la bailarina Mae Driscoll no tenía comparación con ningunas otras… Janis Munro poseía los ojos más bellos y expresivos del cine… ¿Se da cuenta? Todo lo mejor de cada mujer, lo más perfecto… ha sido robado, mutilado por ese monstruo…

—¿Y bien…?

—Él me escribió una carta… Debería leerla, Ralph. En ella decía que mi rostro era…, era el más hermoso que viera jamás. Que nunca olvidaría mi cara. Y que tal vez en otra ocasión nos veríamos de nuevo… Entonces me pareció una misiva agradable, llena de

elogios y galanterías. Ahora…, ahora pienso si no era… una amenaza.

—Una amenaza ¿de qué? ¿Cómo se puede quitar el rostro a una mujer, señora Baxter?

—Me temo que muy fácilmente, Ralph —los ojos de ella reflejaron una tremenda angustia, un profundo terror sin límites—. Simplemente… cortándole la cabeza.

Ahora, el horror asomó a los ojos de Ralph Scoffield, que miró a Cheryl sin saber qué decir.

El mismo día, conoció Cheryl dos acontecimientos muy diferentes entre sí. El primero de ellos fue el relacionado con una conferencia que iba a celebrar Muriel Carpenter en un círculo cultural de Nueva York, cuya tarjeta de invitación llegó a nombre de los Baxter en el correo de la mañana.

La otra noticia venía en los diarios de Nueva York, aunque lo cierto es que tenía ya una antigüedad de tres fechas, porque aquella apartada región de los Adirondacks, el periódico nunca llegaba con excesiva regularidad.

Cheryl se había levantado ese día con dolor de cabeza, quizás porque tuvo un sueño agitado por la noche, y distó mucho de descansar tranquila, pese al hecho de que Ralph Scoffield y el mozo de cuadras montaron guardia toda la noche, rifle en mano, en la planta baja de la casa, tras el incidente del jardín.

Pero nada sucedió esa noche que confirmase los temores de Cheryl, y ella, al desayunar, se tomó unas aspirinas y acabó sintiéndose mejor y mucho más tranquila.

La invitación de Muriel a su conferencia, sobre temas científicos relacionados con el ocultismo y las fuerzas paranormales, según rezaba en la tarjeta, le hizo sonreír, diciéndose que no podía faltar a aquella conferencia, y que dado que faltaban cuatro fechas para ello, podría ir con Archie a la misma. Y ahí comenzó a olvidar sus desagradables experiencias del día anterior… hasta que echó una ojeada al diario que, con setenta y dos horas de demora, llegaba a sus manos en ese momento.

El titular tuvo la virtud de arruinar su desayuno y su incipiente buen humor. Un grito ronco escapó de sus labios y dejó caer el diario como si quemase. Pero los titulares del mismo seguían destacando allí, igual que algo candente, ante sus pupilas dilatadas

por el horror:

Nuevo crimen abominable del monstruo mutilador. En la feria de Coney Island, una bella artista búlgara es asesinada y mutilados sus brazos por el agresor. Herido en su fuga, pierde un miembro mutilado. La policía cree saber que el asesino es un demente científico europeo.

Su grito atrajo de inmediato a Ralph Scoffield y a Ethel Harding. Ambos la miraron, alarmados, y luego fijaron su mirada en el periódico. Ralph se mordió el labio inferior, preocupado.

—De modo que está aquí ahora, en Nueva York… o estuvo hace tres días.

—Eso confirma lo que dije —habló ella, trémula—. Se acercó hasta aquí ayer… Me está buscando a mí…

—No lo logrará —cortó Ralph, decidido—. He telegrafiado a una agencia de detectives de Nueva York, para que envíen aquí media docena de sus mejores hombres, armados y dispuestos a todo. Mañana mismo los tendremos en Baxter House. No podrá acercarse a usted ese monstruo, esté segura de ello, señora Baxter. También he enviado un telegrama a Buffalo, para que si le es posible, su esposo regrese cuanto antes.

—Personalmente, creo que se está excediendo en sus medidas, Ralph —censuró Ethel con cierta acritud—. No pienso que exista peligro alguno aquí.

—Después de todo, ese peligro no la amenaza a usted, Ethel —cortó Cheryl secamente.

Ethel Harding se limitó a mirarla con frialdad, se encogió de hombros y abandonó la estancia sin pronunciar palabra. Ralph guiñó jovialmente un ojo a su interlocutora.

—No la haga caso —avisó—. Creo que siente celos de todo el mundo que pueda hacerle sombra en sus tareas. De usted por ser la dueña de la casa, y de mí por tomar decisiones sin consultarla. Ethel es así, después de todo.

—Gracias por sus medidas, Ralph. Le estoy muy reconocida por su ayuda.

—Vamos, vamos, no diga eso —sonrió el joven—. Es lo mínimo que puedo hacer por mi patrona en ausencia de mi jefe. Ahora, soy el hombre de la casa, a fin de cuentas. Al menos, hasta que regrese el señor Baxter. Y yo creo en usted, señora Baxter. Creo que vio a

ese hombre, ahora más que nunca. Por eso no me gustaría que, por negligencia nuestra, corriera usted el menor riesgo.

—Me hace sentir mejor —suspiró Cheryl. Volvió a contemplar la tarjeta de invitación a la conferencia de Muriel Carpenter—. Ahora ya dudo si acudir a esa velada o no…

—Ah, la conferencia de Muriel, ¿no? —Ralph leyó la tarjeta—. Nuestra amiga es algo sorprendente. Lo domina todo. Incluso las ciencias ocultas y los misterios de la mente humana. Seguro que muchos científicos de fama acudirán a su conferencia para oírla. Esa mujer es un prodigio.

—Sí, empiezo a pensarlo así —sonrió Cheryl distraída, evitando mirar los diarios, que Ralph se estaba apresurando a recoger para llevárselos de allí—. De todos modos, esperaré a que Archie regrese para que él decida si debemos ir o no…

Cheryl se llevó ese día una muy grata sorpresa. Aún no era la hora de la cena, cuando se abrió la puerta y apareció Archie en persona. La joven, al oír su voz, corrió al vestíbulo y se abrazó a él entusiasmada, frenética.

Preguntó, alarmado:

—El telegrama de Ralph era preocupante. ¿Qué es lo que ha sucedido, querida?

—Nada serio, por fortuna —le contó rápidamente todo lo ocurrido el día antes. El rostro de Archie se fue nublando a medida que avanzaba en su relato. Luego, al conocer las medidas tomadas por Scoffield en su ausencia, asintió repetidas veces con gesto de aprobación.

—Menos mal —musitó aliviado—. Si ese hombre se atrevió a penetrar aquí, pudo ser peor… Acabo de enterarme, durante el viaje, del nuevo crimen en Coney Island…

—Sí, fue espantoso, Archie.

—La información dice que se trata de un científico loco, uno de esos tipos que creen que la Ciencia hace un dios de un ser humano. La policía está sobre su pista, sabe ya quién es.

—¿Servirá eso de algo? Puede ocultarse en cualquier lugar…

—Has mencionado que llevaba un brazo como inerte, ¿no?

—Así es. El derecho, me pareció.

—Eso coincide con lo que dicen los diarios. Un policía le hirió, y dejó caer un brazo de su víctima, conservado en una solución que

impedía la putrefacción del miembro.

—¡Qué horror, Archie!

—Sí, todo es alucinante, enloquecedor —asintió él joven, preocupado, caminando hacia el interior de la casa, con Cheryl rodeada protectoramente por su brazo—. Como obra de un demente… Sospecho que pretende crear un nuevo monstruo de Frankenstein, pero en mujer. Algo atroz y sin sentido, que está costando ya demasiada sangre. Pero todo esto ha de tener un final. Por muy astuto que sea ese monstruo, acabará cayendo en manos de la policía. Ya estuvo a punto la otra noche, en la feria. El cerco se va estrechando. Informaré al teniente Maxwell de su presencia aquí.

Eso puede servir para que sigan más de cerca su rastro…

—¿Crees que será prudente, entonces, desplazarse a Nueva York para asistir a la conferencia de Muriel dentro de cuatro días? —sugirió Cheryl, cuando Archie hubo leído la invitación de su joven y brillante amiga.

—¿Por qué no? Ten por seguro que ese día, estaremos bien protegidos, de eso me encargo yo. Especialmente, de proteger tu persona, querida mía.

Y Cheryl se sintió más segura que nunca. Era una sensación que siempre percibía cuando Archie estaba junto a ella. Ahora, más que en ninguna otra ocasión anterior. Tal vez porque por primera vez sentía que el oscuro y terrorífico peligro que significaba el misterioso asesino y mutilador de mujeres, planeaba ahora sobre ella, como si estuviese señalada para ser la siguiente víctima del monstruo…

Capítulo X

ARCHIE tuvo razón.

No había nada que temer. Agentes de policía, de uniforme o de paisano, patrullaban en torno al edificio, en el vestíbulo y en los accesos al círculo cultural de Manhattan donde iba a tener lugar la conferencia de Muriel Carpenter sobre temas de ocultismo y propiedades paranormales del ser humano. Entremezclados con la gente, paseando por la amplia acera o situados en estratégicos puntos de los alrededores, los hombres del teniente Maxwell tenían por muy especial encargo velar por la seguridad personal de Cheryl Baxter, esposa de uno de los hombres más ricos y conocidos de la ciudad.

Por si eso fuera poco, Ralph Scoffield había acudido a la conferencia llevando un revólver consigo, y el propio Archie, previsor, también llevaba un arma corta en su bolsillo, por si algo fallaba en la telaraña protectora tendida por la policía en torno a su esposa.

Cuando Cheryl se sentó en la primera fila de asistentes, junto a su marido, y vio a los policías uniformados o de paisano, recorriendo los pasillos del local o sentándose entre los asistentes, respiró aliviada. Ciertamente, nada tenía que temer. Sólo un ser invisible hubiera sido capaz de llegar hasta ella con semejante despliegue policial en torno.

Muriel Carpenter fue acogida con aplausos. Pero eso no fue nada para la gran ovación con que un público atento, sorprendido y hasta entusiasta, acogió el término de su brillante disquisición sobre temas complejos y de difícil tratamiento, utilizando un lenguaje limpio, claro y preciso, sin por ello renunciar al rigor científico y a la erudición más completa. Ilustrada la conferencia con proyección de gráficos, filmaciones y otras aportaciones técnicas, pudo decirse que el éxito de la joven intelectual fue de lo más brillante que

pudiera imaginarse, pese a que asistían a su conferencia numerosas personalidades de la ciencia y de los estudios paranormales.

Terminada la charla, se disolvieron los asistentes, regresando los Baxter a su automóvil, escoltado y protegido en todo momento por fuerzas de la policía metropolitana. Partieron de regreso a los Adirondacks, tras recibir de Muriel la firme promesa de que iría a verles al día siguiente y cenaría con ellos, ya que esta noche tenía un ineludible compromiso con el Círculo de Científicos de Nueva York, para dentro de una hora escasa.

El coche de los Baxter, escoltado por policías y detectives privados contratados por Ralph Scoffield en nombre de su jefe, se alejó del centro de Manhattan, sin que nada anormal llegara a suceder.

Poco a poco, se disolvieron los grupos en torno al local donde se celebrara la conferencia, las luces de éste se apagaron, y poco a poco la normalidad retornó al lugar. Los policías de servicio, ausente ya la persona a proteger, se disolvieron, regresando a sus cuartelillos. Todo se quedó quieto y desierto en torno al recinto cultural, con excepción del tráfico nocturno, cada vez más escaso.

Muriel Carpenter terminó de arreglarse en su improvisado camerino del centro, y tomó su abrigo y sombrero, encaminándose a la salida. Apagó la luz, avanzando por el corredor en sombras, ya totalmente desierto. Sus pisadas sonaron huecas en el recinto vacío, poco antes repleto de un público atento, que escuchaba su brillante disertación científica. La joven apresuró el paso al comprobar por su reloj que era algo más tarde de lo previsto.

Vislumbró una sombra humana en el amplio y ya oscuro vestíbulo, no lejos del pasillo que daba acceso al escenario o estrado de conferencias, por el que ella caminaba. Imaginó que se trataría de un conserje, esperando a cerrar el local cuando ella se ausentase.

—Ya estoy lista —dijo—. No se preocupe. Puede apagar las luces del vestíbulo, si lo desea.

El hombre detenido junto a las cortinas espesas y oscuras, no se movió ni respondió. Después de todo, sólo una luz brillaba en el vestíbulo, junto al acceso a la platea del centro. Ello hacía que las sombras se hicieran densas en el lugar.

Unos pasos más, y Muriel Carpenter llegó junto a esa cortina. Miró al hombre que imaginaba era el conserje. Le sorprendió ver

bajo su gabán oscuro un traje bien cortado, e incluso una flor blanca, asomando en su solapa. Lucía un sombrero negro, ajustado sobre el rostro sumido en sombras.

—Usted no es el conserje —dijo, intrigada—. ¿Qué hace aquí?

—La esperaba, señorita Carpenter —dijo la voz del otro en un inglés fluido, suave, pero con leve acento extranjero. Una sonrisa vaga iluminó en blanco su boca, allá en la penumbra—. Escuché su disertación. Fue algo admirable. Es usted un auténtico cerebro de privilegio, estoy seguro de ello.

—Me halaga —sonrió ella, evasiva, con sencillez—. No soy nada de eso, caballero. Sólo una persona que gusta hablar de lo que conoce a fondo. Ahora, si me permite…

—Claro —asintió él, cortés, apartándose—. Claro que la permito, señorita Carpenter. Admiro su cerebro. Creo que ninguna mujer en el mundo posee otro igual…

Ella sonrió, aceptando modestamente ese nuevo elogio y pasó junto al galante desconocido.

Fue lo último que hizo en su vida. Ni siquiera pudo chillar cuando el tremendo y ancho acero brotó ante ella, y se hundió en su cuello como si éste fuese de manteca, segándolo en dos limpiamente.

De las carótidas escaparon dos chorreones violentos de sangre a presión, y la cabeza de la conferenciante saltó de su soporte como si fuese la de un maniquí de cartón. Rebotó sordamente en el pavimento de losas brillantes del vestíbulo, y rodó como una pelota, produciendo un lúgubre golpeteo. De su cuello segado limpiamente, escapaba la carne a torrentes, entre jirones de nervios, tendones, huesos y músculos. Los ojos desorbitados parpadeaban enloquecidos, la boca producía muecas espasmódicas, entre un gorgoteo apagado, que ponía borbotones sanguinolentos en sus labios repentinamente hinchados. El cabello se había erizado extraña, siniestramente…

El resto del cuerpo, carente de cabeza, se agitaba en un bailoteo torpe, grotesco y horrendo, a medida que se desplomaba, entre borbotones ruidosos de sangre que fluía sin cesar del cuello cortado. Las manos se aferraron a una cortina, crispadas, pero eso no evitó el golpetazo final del cuerpo descabezado en tierra, donde quedó inmóvil tras un pataleo puramente nervioso. Ella ya nada podía

sentir en aquella demoníaca agonía.

Rápido, el asesino soltó la tremenda arma de ancha hoja afiladísima, un hacha capaz de cortar un tronco de madera de un solo tajo. De un rincón del oscuro vestíbulo, tomó una especie de sombrerera negra, que abrió, introduciendo en ella la cabeza de la víctima con una sola mano. Cayó pesadamente, chapoteando en un líquido denso que llenaba a medias el recipiente circular. Luego, cerró éste, cargó con él, gracias a una ancha banda de cuero a guisa de asa, y corrió con todo ello hacia la puerta posterior de salida del recinto.

Cuando llegó al exterior, no había en los alrededores más que vehículos que circulaban espaciadamente por Manhattan en la noche, un coche largo y negro, al otro lado de la calle, con chófer uniformado, esperando la salida de la conferenciante para llevarla a un banquete al que ya jamás asistiría, y una total ausencia de policías que pudieran inquietar al asesino y mutilador de mujeres.

Una vez más, éste se había salido con la suya.

Ya poseía el cerebro que necesitaba. El cerebro privilegiado para su «mujer perfecta». Un cerebro que se conservaría dentro de aquel cráneo el tiempo suficiente hasta extraerlo de su bóveda craneal e introducirlo en otra urna cristalina, conectado a unos cables que seguirían manteniendo la vida en él, hasta el momento de la creación del nuevo ser humano… Hasta dar aliento y vida a una mujer que no existía.

Cheryl sollozaba ahogadamente, apoyada en Archie, que en pie junto a ella, rodeaba sus hombros con ambos brazos, tratando de confortarla en vano, mientras su faz demudada, sombría, estaba vuelta hacia el teniente Kent Maxwell, de la División de Homicidios de la ciudad de Nueva York, erguido en medio de la estancia. Más al fondo, junto a la ventana, Ethel Harding mantenía una cara lívida, de ojos rodeados por profundas ojeras violáceas, secos de lágrimas pero cuajados de espanto y de dolor. Fumando en silencio, apoyado en la chimenea de mármol en cuyo hueco ardían los leños crepitantes, Ralph Scoffield, tan impresionado como todos los demás, parecía muy lejos de allí en sus pensamientos, la mirada perdida en ese chisporroteo sordo de las maderas lamidas por las llamas.

—Es…, es espantoso, teniente —logró articular al fin,

entrecortadamente, la voz opaca de Archie Barnes.

—Así es, señor Baxter —confirmó el policía, ceñudo—. Todo este maldito asunto lo ha sido desde un principio. Ese hombre está infinitamente más loco de cuanto hemos imaginado, por Dios vivo. Pero no puede negársele genio, conocimientos, astucia, una diabólica capacidad científica para la labor escalofriante que está llevando a cabo paso a paso. Los expertos han dictaminado que el líquido que conserva el brazo de Leilah Levsky es una solución química muy adecuada para mantener incorrupto un miembro humano, incluso separado del resto del cuerpo y totalmente aislado. Pero eso, naturalmente, no puede bastar para conservar en él la vida, el aliento vital necesario.

—Y ahora… lo de Muriel —dijo en un susurro Ethel Harding, estremeciéndose y cubriendo su rostro con manos crispadas—. ¡Oh, Dios, no, no!

—Lo siento, señores. El crimen fue particularmente atroz. Debió degollarla de inmediato. Incluso la decapitación tuvo que ser instantánea. Dejó abandonada el hacha en el vestíbulo del círculo cultural. Poseía un filo capaz de eso y de mucho más. Al parecer, un solo impacto bastó para segarle el cuello por completo.

—Por favor, teniente… —rogó Archie, oyendo los crecientes sollozos de su esposa—. Ahórrese detalles…

—No trato de impresionarles con ello, créame. Sólo quiero encontrar lo antes posible a ese monstruo bestial y cobarde. Es obvio que su vieja manía de crear un nuevo ser partiendo de restos de otros, como en la ficción novelesca, ha vuelto a aparecer. No sé si será capaz de conseguirlo o no, no soy un científico. Pero soy un policía y sé que debo aprehender cuanto antes a ese asesino deshumanizado. Hasta ahora, su obsesión ha causado ya demasiadas víctimas inocentes. Pero no sé qué hacer, lo confieso. Toda la ciudad de Nueva York, todo el Estado permanece alerta, la policía lo revisa todo. ¿Y qué hemos encontrado? Prácticamente nada. No sabemos dónde se oculta ese monstruo, cuántas mujeres hermosas van a ser todavía víctimas de su locura homicida.

—Pero sabemos que ahora posee una cabeza: la de Muriel Carpenter —sentenció sombrío Ralph Scoffield—. Una cabeza excepcional, como todos sabemos.

Las miradas se dirigieron al joven secretario del millonario. El

teniente asintió, con el gesto grave, taciturno.

—Sí, es cierto —convino—. Cualquiera pensaría que buscaba el cerebro de esa persona, ¿no es cierto?

—Así es, teniente —afirmó Archie—. Ralph ha dicho la verdad. Muriel Carpenter era una mujer fuera de lo corriente. Su cultura, su nivel intelectual, eran muy elevados. Y precisamente ella, fue mutilada de ese modo. Robaron su cabeza. Significativo, en efecto. Es posible que sólo una parte de esa cabeza interesara a su asesino: la masa encefálica, puesto que en cuanto a belleza, otras víctimas fueron superiores a Muriel, pese a su indudable atractivo físico.

—Sí, es posible que tengan razón ustedes —convino Maxwell, paseando por la estancia—. Quizás ese cerebro era lo único que necesitaba ya ese loco, y hayan terminado sus abominables crímenes.

—No, teniente. Yo sé que no es así.

Sorprendido, el policía se volvió hacia Cheryl. La miró largamente, antes de objetar, con gesto perplejo:

—Temo no entenderla, señora. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Sé lo suficiente. Sé que ese horrible individuo aún necesita algo: un rostro de mujer. La cara de alguien. La más hermosa, según él. Es lo que dijo entonces.

—¿A quién? ¿Cuándo dijo eso? —se interesó vivamente el policía.

Cheryl extrajo de un bolsillo de su vestido un papel arrugado, que tendió al policía. Éste lo tomó en silencio, desplegándolo. Leyó la vieja misiva que la joven recibiera en el balneario de Montmaison aquella inolvidable mañana en que apareció el mutilado cadáver de la bella *cocotte* parisina.

Una expresión de repentino horror asomó a la faz del oficial de Homicidios. Miró a Archie. Éste asintió gravemente.

—Sí, teniente —confirmó—. Conocía ese mensaje que él envió a mi esposa cuando aún no nos habíamos casado. Ella tiene razón, me temo. El monstruo necesita aún un rostro femenino, el más bello. El de mi mujer, si hacemos caso de esa carta…

Cheryl sollozó de nuevo. El teniente dobló cuidadosamente la misiva y la guardó en su bloc de apuntes. Parecía todavía más preocupado y sombrío que a su llegada para informar de la trágica muerte de Muriel Carpenter la noche antes en la ciudad.

—Haré rodear esta casa con mis mejores agentes —anunció, tajante—. Tomen toda clase de precauciones en torno a la señora Baxter, mientras tratamos de dar con ese hombre, esté donde esté.

—No tema —aseguró Archie, rotundo—. Yo mismo voy armado día y noche. Y mi secretario también. Además, una agencia de detectives se ocupa de proteger la finca. Hay al menos una docena de hombres en torno a nosotros, velando por mi esposa, teniente.

—Mejor así —suspiró cansadamente el policía—. Ahora debo retirarme. Tal vez haya novedades en mi oficina en estos momentos. Disculpen, señores…

Se disponía a abandonar la casa. El mayordomo de los Baxter apareció en ese instante en el *living*, anunciando respetuoso:

—Llaman al teléfono, señor. Es para el teniente Maxwell, de la policía.

—Puede ponerse, teniente —indicó Archie, arrugando el ceño inquieto.

—Gracias —se apresuró el policía a dirigirse al supletorio situado en una mesita, y que el dueño de la casa le señalaba ahora —. Lamento molestarles… Dije que si había algo urgente, me llamaran aquí.

Atendió el teléfono. Respondió con monosílabos. Su rostro reflejó súbita tensión. Los ojos brillaban, excitados. Colgó, tras unos instantes de charla. Miró a todos y acabó hablando con voz entrecortada:

—Acaban de hallar la cabeza de Muriel Carpenter en un vertedero de basuras. Está vacía, seccionada en dos. Sólo le falta el cerebro, como temíamos.

Cheryl exhaló un ronco grito de horror y se acurrucó, estremecida, contra su esposo. Archie la acarició los cabellos, contemplando con expresión aterrada al oficial de policía que, en medio de la expectación general, abandonó bruscamente la estancia.

Capítulo XI

EL cerebro.

Palpitaba extraña, sordamente, dentro del recipiente cristalino, flotando en un líquido acuoso y turbio, unido por cables finísimos y numerosos a la máquina eléctrica, terminal de todos los demás cables unidos a los miembros humanos que flotaban en otras urnas iluminadas.

Pero el cerebro era el más inquietante de todos. El más enigmático y horrible. La masa encefálica, blanda y grisácea, emitía temblores pausados, rítmicos, dotada de una fantástica vida artificial, sostenida mediante impulsos eléctricos en un medio insólito. En un indicador del mecanismo eléctrico, se producían vibraciones luminosas, señalando la frecuencia del ritmo cerebral. Alrededor de aquel cerebro aislado y espeluznante, los demás miembros seguían teniendo también vida propia, emitiendo vagos chasquidos, crujientes señales de supervivencia, de actividad muscular y nerviosa.

Absorta, Gale contemplaba todo aquel dantesco, alucinante espectáculo, como si constituyera el más hermoso y gigantesco de los conjuntos imaginables. Las luces del laboratorio, destellando sobre el vidrio y el líquido de cada vitrina, dibujaban en la morena faz exótica e inexpresiva de la ayudante del profesor, resplandores fantasmales, juegos de claridad y sombra irreales y lúgubres.

—Es increíble… —jadeó la mujer—. Bastará unir esas piezas, para que el conjunto armonice y cobre vida. ¡El profesor está a punto de lograrlo! Mantiene vida en cada uno de los miembros, en ese cerebro… No será nada difícil unificar toda esa vida en una sola, llegado el momento. ¡Será capaz de crear a una mujer perfecta, superará al mismo Dios en su tarea!

Y alargó sus manos, acariciando con dedos febriles, mayestáticos, la superficie cristalina, azulada, de cada recipiente

macabro, en una especie de éxtasis placentero.

Ocurrió algo extraño, que hizo retroceder a Gale, sobrecogida por un momento.

En cada urna se produjo un seco chasquido de carne viva, una especie de palpitación violenta y uniforme, de modo simultáneo. Era como si todos los miembros aislados hubiesen demostrado una repentina forma de vida unificada, una protesta espeluznante e imprevisible al simple roce de las manos de Gale.

—¿Qué habrá sido eso? —se preguntó ella, inquieta, mirando uno a uno los recipientes, donde cada pieza humana parecía apaciblemente sumergida en el líquido conservante, inofensiva por sí misma, aguardando el momento del génesis increíble.

Ante la total normalidad que seguía reinando en el laboratorio, Gale dejó de tocar las urnas y se olvidó del nimio incidente, volviendo a sus tareas habituales, a la espera del regreso del profesor a las secretas instalaciones del laboratorio donde iba a tener lugar el gran prodigio no tardando mucho. Justamente cuando el profesor consiguiera su último y preciado trofeo: el rostro más hermoso, para la mujer más perfecta del mundo.

Gale se inclinó sobre sus tubos de ensayo y sus compuestos químicos, absorbiéndose prestamente en su tarea. Atrás, a sus espaldas, los recipientes de vidrio iluminados espectralmente, seguían emitiendo aquel vago crujido vital de su siniestro contenido.

Pero el ritmo de ese crujido comenzaba a alterarse, sin que Gale se diera cuenta de ello. Cada miembro emitía ahora unas palpitaciones idénticas a las de los otros vecinos. Y como controlándolo todo, el cerebro recién llegado al laboratorio, palpitaba cada vez con más fuerza, con mayor intensidad, como dirigiendo y armonizando aquellos latidos vitales de los demás fragmentos humanos.

El teniente Maxwell contempló el último mueble que le quedaba por examinar. Miró a sus subordinados pensativamente.

—No me gusta hacer esto —confesó—. Pero hay que seguir la rutina propia de estos casos. Tal vez Muriel Carpenter conociera de modo personal a su asesino o tal vez no. Pero esta labor es inevitable, amigos míos. Terminemos cuanto antes, y dejemos esta casa.

Asintieron sus colaboradores. Uno de ellos se aproximó al secreter y trató de abrirlo en vano. Se volvió a su jefe.

—Está cerrado con llave, señor —informó—. ¿Lo violentamos?

—Sí, por supuesto. Desgraciadamente, la señorita Carpenter no va a pedirnos ahora explicaciones de lo que hagamos en su casa…

El agente rompió prestamente la cerradura del mueble. Éste quedó listo para el examen policial. El teniente Maxwell se aproximó y comenzó a revisar sus cajones uno por uno. Lo único que encontró entre vieja correspondencia, agendas y apuntes, fue un pequeño libro cerrado con un diminuto candado. Sobre su tapa se leía: «DIARIO».

—Espero que el espíritu de Muriel Carpenter me perdone —resopló—. Veamos lo que escribió aquí esa infortunada mujer… Hasta ahora sabemos mucho de su condición de persona culta, inteligente, de conferenciante e investigadora, de viajera y de estudiosa, pero apenas nada de su faceta humana. Veamos…

Quebró el pequeño candado y su cierre, y comenzó a hojear el diario de la difunta. Una imprecación de profundo asombro escapó de su garganta cuando sólo llevaba leídas unas escasas páginas.

—¿Ocurre algo, señor? —se interesó el sargento ayudante, acercándose a él.

—¿Si ocurre, dice usted? —Jadeó el teniente, con estupor—. ¡Este libro es algo increíble, sargento! Acabo de descubrir a una Muriel Carpenter que nadie, absolutamente nadie, hubiera imaginado…

—¿En qué sentido, teniente?

—Cielos, véalo por sí mismo… —Le tendió la agenda, con expresión demudada—. Esa mujer confiesa aquí… confiesa aquí haber sido una asesina. Mató a dos maridos anteriores, uno en Canadá y otro en Inglaterra… Muriel Carpenter obtuvo su fortuna al heredar a ambos esposos, muertos hace siete y seis años, respectivamente, antes de trasladarse a los Estados Unidos… Se trata de una mujer que fue dura, fría, despiadada… Que planeó cuidadosa y deliberadamente sus dos crímenes. No se siente arrepentida por ello, dice ahí. Es más, asegura que mataría a cuantos se interpusieran en su camino para llegar a ser rica, admirada y querida por todos. No daba importancia alguna a la vida humana. Me temo que teníamos otro concepto de Muriel

Carpenter, sargento. Aunque eso, por supuesto, no excluya lo abominable de su muerte… Pero me pregunto si ese loco científico imaginará que ha elegido para su futura mujer perfecta nada menos que el cerebro de una asesina… Curiosamente, se repite aquí la paradoja, la fábula del primitivo monstruo de Frankenstein… sin que su autor lo sospeche siquiera.

Gale captó el crujido a su espalda.

Sorprendida, dejó de trabajar y se volvió, preguntando:

—¿Es usted, profesor…?

La pregunta se heló en su garganta. Lo que veía era demasiado espantoso, demasiado inimaginable para poder soportarlo ni siquiera una persona fría y carente de emociones como ella.

—¡Oh, no, no! ¡Eso NO ES posible! —chilló, palideciendo intensamente y retrocediendo con ojos desorbitados, con lo que provocó el derrumbamiento de los tubos de ensayo sobre la mesa de trabajo. Estallaron los vidrios, se mezclaron los líquidos y se produjo una pequeña explosión y una humareda verdosa, pero nada de eso sobresaltó siquiera a Gale, porque algo infinitamente más atroz, algo que sobrepasaba todo lo imaginable por la mente humana más calenturienta, atraía toda su atención y provocaba en ella un horror sin límites, un pánico rayando en la locura.

De su boca escaparon chillidos de pavor cuando aquello que crujía ante ella con demoníaco ritmo, la alcanzó de forma inexorable, pese a su retroceso hasta quedar arrinconada contra los muebles blancos del laboratorio.

Después, en el recinto aséptico, iluminado de modo azulado y fantasmal, crujieron los huesos de un cuerpo vivo, crepitó la carne palpitante de un cuerpo de mujer turgente, hasta reventar, desgarrarse, vomitar sangre por poros y desgarrones, mientras un supremo alarido de agonía, dolor y espanto indescriptibles, escapaba por la garganta, antes de que una bocanada de sangre ahogase todo posible sonido en aquella boca humana.

Regueros rojos corrieron por las paredes del recinto, salpicaron por doquier muebles e instalaciones, mientras aquel extraño, alucinante crepitar crecía unos momentos, se extinguía luego, volviendo un silencio profundo, mortal y siniestro, a enseñorearse del tétrico lugar.

Contra un rincón, el cuerpo de Gale era sólo un despojo horrible,

bañado en su propia sangre, con los ojos fuera de las órbitas, apenas reconocible.

En la máquina eléctrica, terminal de docenas de cables, los parpadeos detectores de existencia vital, habían llegado a ser vertiginosos, intensísimos. Ahora, muy lentamente, volvían a su quietud y ritmo lento anterior. Como si nada hubiera ocurrido entre aquellos muros.

La noche había empeorado repentinamente.

Aunque el cielo estuvo nublado durante toda la tarde, no parecía posible, que, apenas oscurecido, comenzasen a restallar los truenos, sordos y profundos, mientras un auténtico aguacero se desplomaba desde el negro cielo, azotando la región con violencia.

La comarca de los Adirondacks resultaba fría y desapacible en aquella época del año, aunque hasta ahora no hubiera hecho acto de presencia su inclemencia habitual. Pero esta noche, Cheryl Baxter, flamante esposa del hombre considerado en el Estado como uno de los más ricos, empezaba a saber lo que era allí el clima otoñal e invernal. Suspiró, apartándose de la ventana cuando el golpeteo de la lluvia torrencial se hacía desmesuradamente violento contra la misma, a causa de las frecuentes ráfagas de viento que sacudían el paraje.

—Es una noche horrible —declaró con voz apagada, dominando un vago estremecimiento de desasosiego—. Me gustaría más estar en una gran ciudad en momentos así, que aislada en plena campiña.

—Esto no es un aislamiento, querida —sonrió Archie—. Aunque la finca esté aislada, convive mucha gente con nosotros, la casa es sólida y, por otro lado, nada tienes que temer en ningún sentido, porque todos los accesos a la casa y a las tierras están bien controlados por mi gente, por la policía y por esos detectives privados de Nueva York.

—Lo sé, Archie, perdóname por mis temores —ella le devolvió la sonrisa, abrazándose a él con fuerza—. Además, estás tú, y eso es lo que cuenta para mí.

Mi pequeña Cheryl… —Él besó sus cabellos, sus mejillas y boca tiernamente—. No te preocupe la mala noche. Vamos a bajar y tomar algo en la biblioteca. Pondré música en el gramófono y bailaremos, ¿te parece bien?

¡Oh, sí, sí, Archie! —Palmeó ella ingenuamente, con el gozo

asomando a sus ojos casi infantilmente chispeantes ahora—. ¡Eso me gustará mucho, seguro!

Entonces, no se hable más. Vamos abajo, y ya pueden caer chuzos de punta —rió Archie, tomándola por una mano—. Nosotros nos divertiremos, y nada de cuanto sucede allá fuera nos impresionará.

—Sí, querido, estoy segura de ello…

Y así fue. Durante más de dos horas, los jóvenes esposos fueron realmente felices en la biblioteca, ante el crepitante fuego confortador, bebieron champaña y bailaron a los acordes de la música grabada que reproducía la aguja metálica del gramófono, especialmente fox-trots y ritmos americanos de moda.

Ya agotada, jadeante pero feliz, Cheryl se dejó caer, riendo, en el sofá, cuando la última placa gramofónica terminó sus giros sonoros en el aparato de amplio altavoz. Archie, también risueño, se sentó junto a ella, con ojos radiantes.

—¿Contenta? —preguntó, abrazándola efusivamente.

—¡Contentísima! —Rió la joven, besándole con fuerza—. Oh, Archie, ¿qué sería de mí sin tu presencia aquí, con esa torva amenaza pendiente sobre mi cabeza?

—No hay ninguna amenaza cierta, Cheryl. No va a ocurrir nada. Estás totalmente a salvo, te lo aseguro. Además, tal vez de no mediar tu boda conmigo, ahora estarías muy lejos de esos temores que te acongojan. Estarías, quizás, disfrutando de tu paz londinense, en compañía de la molesta pero inefable señorita Rutherford…

—Por favor, no digas eso, cariño. No deseo verme nunca más haciendo compañía a una mujer semejante. Encontrarte en la vida fue lo más hermoso que pudo ocurrirme, aunque sólo hubieras sido tu propio secretario, y no el auténtico Delmar Baxter… Además, mis terrores empezaron ya desde mucho antes de ser tu esposa, cuando aquel día en el balneario supe que habían asesinado y mutilado a una pobre chica…

—Olvida eso, por favor. Y ahora que has mencionado a mi secretario, recuerdo que debo prepararle unos documentos a Ralph, para cuando regrese mañana de Nueva York, adonde fue a visitar a unos parientes. ¿Podrías disculparme cosa de diez o quince minutos mientras dispongo todos esos papeles? Estaré de inmediato contigo. Entretanto, puedes tomar otra copa de champaña y escuchar

música, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor —hizo un leve mohín de disgusto—. ¿Seguro que no te demorarás más, Archie?

—Te lo juro —prometió él, entre solemne y cómico, poniéndose en pie—. Sólo quince minutos como máximo, ni uno más.

Se encaminó a la salida, no sin antes volver a dar cuerda al gramófono y poner en el plato otro disco bailable, tras llenar la copa de Cheryl y llevarse la suya propia, también llena del espumoso líquido. La joven se quedó sola, saboreando el champaña y siguiendo con pasos ligeros el ritmo de la grabación, un fox-trot lánguido y rítmico a la vez.

Apuró su copa y cambió el disco en el gramófono, volviendo al sofá para descansar un poco. Dejó la copa sobre la mesita inmediata, sintiéndose levemente mareada y confusa. En ese preciso momento, sus ojos se fijaron por puro azar en un espejo esquinado de la biblioteca, situado entre los anaqueles de libros.

Un alarido de supremo terror escapó de sus labios. La copa resbaló de sus dedos, rodó por la mesa y se hizo pedazos en el suelo. Los ojos desorbitados de Cheryl se fijaban insistentemente en aquel espejo, mientras el grito brotaba, incontenible, de sus labios, crispados en mueca de pánico inmenso.

¡En el espejo aparecía, nítidamente reflejada, la imagen del hombre de aspecto caballeroso, flor blanca en la solapa y monóculo en el ojo, contemplándola con fría y sardónica sonrisa!

Capítulo XII

ARCHIE BARNES apareció rápidamente, revólver en mano, la expresión alarmada y el gesto demudado. Se precipitó hacia su esposa, sin soltar el arma.

—¡Cheryl! —gritó—. ¿Qué es lo que sucede?

—¡Dios mío, Archie! —gimió ella, despavorida—. Ahí, en el espejo… Lo vi… Tan claramente como te veo a ti ahora…

—¿El espejo? —Se volvió él. Miró al azogado cristal sin descubrir cosa alguna fuera de lo normal—. No veo nada… ¿Qué pasó, querida?

—¡Era él, Archie! ¡Estaba en ese espejo, lo juro!

—Pero ¿quién, por el amor de Dios? —la apremió él, abrazándola con fuerza, sin separar sus ojos del vacío espejo que ella señalaba.

—¡Ese hombre, el asesino! ¡El profesor loco! —Sollozó la joven, dominando difícilmente su histeria—. ¡Era él, Archie! ¡Está dentro de esta casa!

—Imposible, Cheryl. Eso no puede ser. Tal vez imaginaste…

—No, no. ¡Juro que no, Archie! ¡Yo no vi alucinaciones, no me tomes por loca o por ebria!

—No digo eso, Cheryl. Pero la música, el champaña, la noche lluviosa…

—¡No! —rechazó airada, frenética—. ¡Tienes que creerme! ¡Está aquí! ¡Está aquí!

—Bien, bien, te creo. Claro que te creo —la confortó, apretándola con más fuerza y besando sus labios tiernamente—. No temas nada, no te preocupes. Yo me ocuparé de comprobar eso.

Fue al timbre y lo pulsó con fuerza. Momentos más tarde, el mayordomo llegaba, con gesto alarmado. Archie le explicó lo que sucedía. La faz del criado reveló incredulidad manifiesta. Dirigió una mirada rápida, de claro escepticismo, hacia su señora. Pero

aceptó respetuosamente las órdenes de su amo, en el sentido de que movilizara a todo el servicio para registrar la casa, y avisase a los agentes y detectives del exterior para unirse a esa búsqueda urgente del posible merodeador introducido en la mansión.

—¿Más tranquila? —sonrió Archie, acercándose luego a la temblorosa, amedrentada joven.

—Sí, Archie, gracias… Pero leí en el gesto de ese hombre que no me creía…

—Ese hombre es un simple criado y está obligado a servirnos, no a opinar —cortó con firmeza Archie—. Yo te creo, y eso basta. Ahora creo que sería mejor que subieras a acostarte.

—Sí, Archie, pero ¿y tú? —musitó ella, medrosa.

—No puedo acompañarte ya. Debo supervisar el registro concienzudamente. E incluso intervenir yo mismo en él activamente.

—No, Archie, no me dejes sola… —rogó ella, suplicante.

—Qué tontería. En nuestra alcoba, nada tienes que temer. Te cerrarás por dentro, una vez haya registrado yo todo su interior debidamente, para comprobar que no hay peligro. Y sólo me abrirás a mí cuando regrese, ¿está bien claro?

—Aun así, Archie… tengo miedo.

—No hay motivo. La habitación sólo tiene una puerta y es sólida. El cierre interior es un pestillo lo bastante fuerte, aparte la propia cerradura. Los postigos de las ventanas son sólidos. ¿Qué puedes temer allí, si sólo yo entraré en ella?

—Sí, como quieras. Pero no tardes mucho, Archie, te lo ruego.

—No tardaré apenas nada. El tiempo justo para revisar por mí mismo los sótanos de esta casa.

—Ten cuidado, por favor…

—No temas. Voy armado —le recordó, mostrándole la culata del revólver—. No va a sucederme nada. Si veo algo sospechoso, dispararé primero y preguntaré después. ¿Más tranquila?

—Sí, Archie, mucho más. Pero aun así… vuelve cuanto antes.

—De eso puedes estar segura. Vamos, te acompañaré arriba y revisaré todo antes de irme y cerrar tú por dentro. Así estaremos ambos más seguros.

Así se hizo. El dormitorio y su cuarto de aseo vecino, así como la recámara, no mostraron nada anormal. Archie cerró los postigos y

los aseguró bien, en todas las ventanas, y esperó fuera a que sonara el pestillo y girase la llave por dentro. Luego, revólver en mano, descendió, cruzándose con sus criados y con el personal de la agencia de detectives, que lo rastreaba todo. En la puerta, dos agentes uniformados de la policía local montaban guardia. Todo parecía demasiado seguro para que ni siquiera un loco intentase nada.

—Yo me ocuparé de los sótanos —explicó Archie a policías, detectives y criados, mostrando significativamente su revólver—. Ustedes sigan por aquí.

—¿Le acompañamos, señor? —se ofreció uno de los detectives.

—No será preciso, gracias —rechazó Archie con energía—. Sé utilizar un arma de fuego, señores. Las utilicé en la Gran Guerra en momentos más difíciles que éste…

Y decidido, se encaminó al acceso que conducía a los sótanos de la finca. Poco después, comenzaba a moverse por los largos, complicados y profundos sótanos de la casa, esgrimiendo una linterna en una mano y el revólver en la otra.

Avanzó decidido, revisando sitio por sitio atentamente. De ese modo, llegó al fondo del sótano, donde un muro recio y liso parecía cerrar ya todo posible acceso a lugar alguno. El joven marido de Cheryl no se detuvo por ello. Su mano tanteó la pared, hasta hallar una moldura que presionó con suavidad.

Hubo un leve chasquido en alguna parte. Y un sector del supuesto muro sólido giró sobre sus goznes, en forma de puerta secreta, mostrando un oscuro, angosto corredor, que descendía, hacia una especie de sobresótano más profundo y lóbrego. El olor a humedad era allí muy intenso.

Sin inmutarse, con firme pisada, Archie avanzó, alumbrándose con la débil claridad de su linterna. Su sombra se proyectó, gigantesca y fantasmal, en los muros del tétrico pasillo subterráneo, cada vez más hondo y húmedo.

El corredor terminaba en otro muro, aparentemente tan sólido como aquel otro. Y, lo mismo que el anterior, cedió en parte, en forma de acceso secreto, cuando por segunda vez accionó el dueño de la casa otro oculto resorte.

Esta vez, la luz de su lámpara se proyectó directamente sobre un hombre erguido en aquel recóndito lugar, y protegido hasta ese

momento por la oscuridad del recinto.

Archie alzó con rapidez su revólver. Encañonó al individuo súbitamente iluminado. La claridad de la linterna se quebró sobre el cristal redondo de un monóculo, y destacó el blanco impoluto de una gardenia en la solapa.

—¡Usted! —Silabeó Archie Barnes, con voz tensa.

Los dos hombres se miraron fijamente, con el revólver amartillado por medio, encañonando al asesino. Aquel silencio duró unos segundos que parecían interminables.

—¿Quién esperaba que fuese, amigo Baxter? —Rió el hombre de la flor en el ojal—. Su esposa se llevó un buen susto, ¿verdad?

—No está aquí para asustar a nadie, profesor —le reprendió duramente Archie, bajando lentamente su arma—. Sólo para matar a mi esposa y obtener su rostro, recuérdelo bien. Para eso estoy financiando desde un principio esta obra suya, Vorsted.

Siguió un silencio, durante el cual, el caballero de la flor en el ojal contempló con cierto frío cinismo a su interlocutor. Si Cheryl hubiese podido ver en esos momentos el rostro de su joven y apuesto marido, se hubiera llevado una considerable y nada grata sorpresa.

Archibald Delmar Barnes Baxter distaba mucho de mostrar ahora su expresión afectuosa, simpática y risueña. Como si una máscara hubiera caído de su rostro, revelando detrás las auténticas facciones del que la lucía, aquella cara sólo reflejaba frialdad, dureza y una extraña, morbosa, sádica crueldad, que parecía ir más allá de lo humanamente comprensible.

—Hay algo que no entenderé nunca, Baxter —confesó al fin el profesor Vorsted, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras sus ojos brillaban astutos a la luz de la lámpara eléctrica que sostenía su interlocutor.

—¿Cuál?

—¿Por qué desea destruir a su esposa, conservando en cambio su bellísimo rostro en la otra mujer?

El interrogado guardó silencio unos momentos, como si estudiara una respuesta que el otro pudiera entender. También los ojos de Archie brillaban, pero era el suyo un destello malévolo, despiadado, casi rayano en lo demencial.

—Es difícil de explicar —confesó con voz glacial—. Bástele

saber, Vorsted, que mi esposa es una estúpida llena de romanticismos trasnochados, ideas vulgares y de una mediocridad irritante. Yo no soy un hombre cualquiera, usted lo sabe. Yo aspiro a algo, a mucho más. Soy rico, muy rico. Soy poderoso, joven, atractivo, distinto a muchos, quizás a todos. Tengo ideas propias, diferentes. Mi concepto de la vida humana y de la inteligencia y capacidad de cada persona no encajan en los límites de lo vulgar, de lo corriente. Si poseo todo, si soy tan poderoso, ¿por qué no puedo poseer algo que nadie obtuvo jamás a ningún precio? ¿Por qué no ser dueño de una mujer cuya belleza física sea igual a su inteligencia, cultura, capacidad mental y psíquica, femineidad, perfección física y moral? ¿Por qué no poseer a la mujer única, perfecta, la única entre todas que no haya sido creada por Dios… sino por los propios hombres? ¿Por qué no confiar en el sueño de un viejo científico al que toman por loco por tener ideas semejantes a las mías sobre la perfección humana, y, muy en especial, sobre la perfección de la mujer? ¿Por qué no conservar un rostro hermoso y dulce, que me gusta, como le fascina a usted mismo, profesor, pero sabiendo que al completarlo veré unos ojos que fueron los más bellos del mundo, sabré que existe un cerebro que es el más capacitado de entre las féminas de la Tierra, y tendré en mis brazos, en suma, a una mujer excepcional, a una criatura donde la perfección total sea un hecho? No, no será a Cheryl a quien posea entonces. No será sólo su bonita faz la que contemple arrobado, extático. Será ella, la Mujer por antonomasia, la Creación misma hecha perfección absoluta, algo que ni el propio Dios consiguió jamás.

Al hablar, sus pupilas fulguraban. Incluso el profesor Vorsted parecía impresionado por aquella mezcla mesiánica y megalómana que reflejaban las palabras y pensamientos de un Archie Barnes que nadie, absolutamente nadie de sus íntimos, hubiese sido capaz de reconocer en ese momento al expresarse con aquel fanatismo, con aquella delirante avidez de posesión y de sentirse dueño de lo más perfecto y acabado del mundo.

—Sí, creo que empiezo a entenderle, Baxter —suspiró el profesor, inclinando la cabeza—. Nos hemos encontrado dos personas muy afines en el mundo, la verdad. Yo pongo mis conocimientos, mis ideas, mi ciencia… y usted pone su dinero y su

ambición de posesión. Todo muy natural, muy acorde… Está bien, ¿quiere ver el laboratorio que hemos montado en el sótano? Es el mejor de cuantos tuve hasta ahora…

—No, no necesito ver nada. Trabaje usted. Lo veré cuando todo sea una realidad, un hecho cierto e incontrovertible, y no sólo simple teoría…

—¡Simple teoría! —se excitó el científico, herido en su orgullo —. Es algo más que eso, Baxter. Usted no llegó a ver lo que conseguí entonces, antes de la Gran Guerra, en mi laboratorio de Berlín… Ya lo tenía casi a punto. Sólo faltaba el toque final para conseguir la mujer perfecta. ¡Una valkiria maravillosa, una hembra ideal en todo…! ¡Y esos malditos ignorantes, patanes zafios, lo destrozaron todo! ¡Las llamas prendieron en su hermosísimo cuerpo a punto de despertar a una nueva y diferente existencia! ¡La vi arder ante mis ojos, cuando ya era una realidad casi total…! Luego, ante sus pavesas, sus cenizas y huesos, aquellos majaderos afirmaron que yo estaba loco, que nunca hice nada, que sólo era trozos de carne cosidos por un demente… ¡Y me encerraron, Baxter! Me encerraron hasta que me fue posible escapar…

—Conozco su historia, profesor —le atajó Archie, aburrido—. No pierda más tiempo. Vuelva al trabajo. Y no repita ninguna visita inoportuna a la casa. Nadie debe verle. Fue un error, una torpeza inexcusable.

—Perdone. Creí que su esposa estaría más ebria, que no llegaría a advertir mi presencia… Quería contemplar su rostro de nuevo. Es tan perfecto.

—Tendrá tiempo de contemplarlo cuando acople su cabeza al cerebro de Muriel Carpenter y le aplique en las cuencas vaciadas los ojos de Janis Munro. Ahora, trabaje, concluya su tarea. Esta misma noche podrá hacerse cargo de Cheryl. Yo se la proporcionaré sin problemas, dentro de poco. Sin que policías, criados ni detectives adviertan nada. De mí, ella jamás sospechará nada. Cuando se dé cuenta de la realidad, será ya demasiado tarde.

—Sí, Baxter. Esperaré impaciente —humedeció sus labios el profesor, con mirada excitada—. ¿De veras no quiere echar una ojeada a los miembros que esperan el gran momento?

—No —rechazó él con aspereza, iniciando el regreso—. Lo veré todo después.

Y regresó arriba, para reunirse con su esposa en el dormitorio. Una vez dentro, sería el momento de actuar y reducirla a la inconsciencia, para entregarla al hombre que debía separar su cabeza del tronco y adherirla a otros fragmentos de mujer que crearían en definitiva la criatura más perfecta del mundo.

El profesor Vorsted abrió la puerta cerrada con doble vuelta de llave, allá en el segundo y desconocido sótano de Baxter House. La luz azul iluminó su rostro radiante.

—¡Vamos, Gale! A trabajar. Hay que prepararlo todo —comenzó, sin apenas mirar al interior, mientras cerraba de nuevo la puerta—. Ese loco millonario va a traernos de un momento a otro a su bellísima mujer y…

Se interrumpió. Su boca quedó abierta, su gesto incrédulo, los ojos dilatados por el horror. Contempló el espectáculo sin dar crédito a lo que veía.

—No… —Un jadeo ronco escapó de su boca—. ¡Oh, no, cielos! ¿Qué ha pasado aquí?

Lívido, se aproximó tambaleante adonde yacía Gale, con sus ojos desorbitados, vidriosos, fijos en el vacío, en medio de un rostro desgarrado, sangrante, como todo su cuerpo, encogido grotescamente contra un rincón del laboratorio, entre un destrozo inexplicable de útiles y recipientes.

Se apartó, al advertir el estado de aquel cadáver. La que había sido una mujer exótica, extraña y fríamente hermosa, era ahora un despojo humano, sanguinolento y horrible, cuya bata blanca aparecía desgarrada en mil sitios y empapada en un rojo violento que lo encharcaba todo.

Demudado, sin entender nada, Vorsted miró alrededor, alucinada la expresión de sus pupilas. El laboratorio vacío, las formas humanas palpitando en sus recipientes, nada explicaban, nada justificaban. Comprobó, asombrado, que había regueros de líquido de los recipientes cristalinos extendiéndose por doquier. Pero no se veía rastro de intruso alguno, y sólo la palpitante vida que se mantenía artificialmente en cada miembro humano le acompañaba en la soledad siniestra del laboratorio.

—Gale, Gale, ¿qué ha sucedido aquí? —Musitó, trémulo, llevándose una temblorosa mano al rostro—. No puedo entenderlo…

Un crujido, en alguna parte, le hizo girar la cabeza. Advirtió que el brazo único de Leilah Levsky se agitaba en su recipiente con fuerza superior a la prevista. Sacudió la cabeza, perplejo, y caminó tambaleándose hacia el aparato eléctrico que suministraba la energía motriz a aquellos fragmentos humanos.

—Algo falla… —susurró, todavía anonadado por el macabro hallazgo—. Hay exceso de energía acumulada, sin duda…

Observó los destellos intensos y crecientes del indicador de tensión. Alargó la mano para reducirlo. A sus espaldas, hubo un nuevo chasquido agrio, que erizó sus cabellos. Giró la cabeza, a la vez que movía en vano el mando del aparato. Éste siguió emitiendo la misma inusual energía, y al mismo tiempo algo provocó el espanto y el grito ronco y crispado del profesor Vorsted.

—¡Nooo! —clamó, echándose atrás, blanco como el yeso, desorbitada la mirada, presa de un horror sin límites—. ¡No, eso no es posible! ¡No es posible…!

Pero sí. Era posible, por mucho que no lo pareciera.

Los ojos de Janis Munro, flotando en el acuoso líquido conservante, bailoteaban malignamente, brillando de forma extraña, fijos en él… El brazo de Leilah Levsky saltaba del recipiente, emergiendo fuera, brincando hacia él, con sus dedos largos y sensitivos alargados, engarfiados de forma estremecedora… Cada músculo, cada tendón, cada nervio de aquel brazo mutilado, tenía vida propia, se notaban sus fuertes palpitaciones a medida que se aproximaba a su mutilador.

De otro recipiente, saltaron las piernas de Mae Driscoll, bellas y perfectas, pero horriblemente siniestras así, desprovistas de cuerpo, moviéndose como en un imposible paso de un *ballet* demoníaco, enloquecedor.

Brazo, piernas, se movieron hacia el profesor, como en una pesadilla imposible. El torso de Sheila Randall se agitó, desprovisto de pechos, con sus dos redondeles sangrantes y vaciados, emergiendo fuera de su encierro para reptar por encima de una larga mesa blanca, en dirección al aterrorizado, frenético profesor. En otro recipiente, los pechos solitarios de Irina de Fargour iniciaban un agitado y lúbrico movimiento, mientras los órganos sangrantes de otras mujeres sacrificadas palpitaban con crujidos de carne viviente, espantosa, escalofriantemente viviente, y el cerebro,

la masa gris de aquella inteligencia femenina encerrada ahora en líquido y conectada a docenas de cables, parecía vibrar con sacudidas monstruosas, emitiendo una energía insólita, energía que movía todo aquel horror hacia su propio artífice.

El profesor trató de escurrirse, de huir hacia la puerta y evitar el acoso de los miembros enloquecidos que le cercaban. No puedo conseguirlo. Una pierna le puso la zancadilla, otra le pateó el rostro con increíble fuerza, reventando en sangre su nariz y su boca. Aterrado, en el paroxismo de su pánico, contempló la mano de Leilah Levsky, saltando hacia su rostro, desgarrándole con sus uñas la piel brutalmente, hasta el extremo de reventarle un globo ocular y partir sus párpados en dos tajos verticales. El alarido de dolor de Vorsted pareció el chillido de una bestia acosada y herida.

La pesadilla continuó. Cegado por la sangre, pateado por doquier por aquellas hermosas y pálidas piernas femeninas, cuyos pies parecían martillos golpeando su cabeza y su cuerpo, astillando dolorosamente sus costillas una y otra vez, notó contra él una presión insoportable. El poderoso torso de la hermosa cantante de ópera le presionó hasta casi la asfixia, mientras la mano de la mima se cerraba sobre su garganta, apretándola fieramente. Todo ello, contemplado por los ojos burlones de Janis Munro, mientras el cerebro de Muriel Carpenter se agitaba frenético en el líquido, haciendo salpicar a éste por encima de los bordes de su recipiente…

Un nuevo chillido del profesor asesino se ahogó en un vómito de sangre, cuando los pies de Mae-Driscoll le patearon brutalmente sobre los pulmones, provocándole el hundimiento de sus costillas. El dolor casi le hizo desvanecer, pero aún tuvo suficiente consciencia para advertir que el bailoteo de miembros humanos en torno suyo se volvía delirante, como en una danza de alegría y complacencia, y que en su recipiente, iluminado por aquel azul fantasmal y lívido, la blanda masa encefálica emitía palpitaciones violentas y se agitaba en un frenesí alucinante.

—El cerebro… —balbuceó, horrorizado, mientras seguía vomitando sangre y la agonía se precipitaba—. El ce… re… bro…, maldi… to… sea…

Con una nueva hemoptisis, se ladeó su cabeza, en un espasmo, y se quedó allí quieto, monstruosamente informe, aplastado por sus propias piezas humanas, desgarrado y triturado por los miembros

que él obtuvo en una larga cadena de crímenes.

Después, en vez de volver a sus recipientes, aquellos fragmentos chirriantes de carne humana emprendieron una escalofriante marcha hacia la puerta del laboratorio, como dirigidos por una fuerza superior, por una mente capaz de controlarlo todo y convertir a cada miembro en una forma de vida propia e independiente, capaz de matar, de destruir, de triturar, en la más horripilante e increíble venganza imaginable.

Las piernas de Mae Driscoll y el brazo de Leilah Levsky, poseídos de una fuerza sobrehumana, pronto abatieron la puerta de recia madera, con un crujido violento, seco.

Y el desfile de horrores se reanudó, a través del oscuro corredor, rumbo a alguna parte, para cumplir algún tenebroso e inexorable designio…

Capítulo XIII

—¿POR qué quería verme, teniente?

Kent Maxwell estudió unos momentos en silencio a su visitante en el Departamento de Homicidios de Nueva York. Se rascó la nuca, antes de buscar y encontrar las palabras adecuadas para responder aquella pregunta.

—Verá, señor Scoffield. Tengo graves cosas de que informarle. Muy graves. Casi increíbles, si he de serle sincero.

El joven secretario del millonario Archie Barnes, enarcó las cejas, con cierta perplejidad. A una indicación del oficial de policía, tomó asiento frente a él.

—Temo no entenderle, teniente —confesó.

—Es muy sencillo. Creo que la señora Baxter peligra más que nunca. Hay que hacer algo, y enseguida. O me temo que este asunto escapará de nuestras manos.

La sorpresa e inquietud de Scoffield fue en aumento. El joven enarcó las cejas, inclinándose hacia su interlocutor.

—¿Y cree que soy yo la persona adecuada para decirle esto, teniente? —dudó—. Supongo que esto debería comentarlo mejor con el propio señor Baxter y no conmigo.

—Verá, amigo mío, trataré de explicarle esto lo mejor posible —resopló el teniente Maxwell, echándose atrás en su asiento con aire pensativo—. Existen motivos para que yo, aprovechando su estancia hoy en la ciudad, haya decidido cambiar impresiones con usted, antes de adoptar alguna otra medida. Y va a saber de inmediato por qué. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. No fumo —rechazó Scoffield, mirándole fijo—. Le escucho, teniente.

—Muy bien. Sepa que hemos encontrado documentos asombrosos en casa de Muriel Carpenter. Entre ellos, un Diario donde ella confiesa haber asesinado fríamente a sus dos maridos,

uno en Inglaterra y otro en Canadá, hace varios años.

—¡Cielos, no! —Boqueó asombrado Ralph—. ¿Muriel una asesina? No puedo creerlo…

—Es cierto. Lo hemos confirmado punto por punto. Su confesión es auténtica. Los mató a sangre fría para heredarlos y convertirse en una mujer rica. Además de inteligente, era cruel y despiadada, señor Scoffield.

—Me asombra usted, teniente. Pero aun así, ella está muerta. No creo que eso tenga nada que ver con el peligro que mencionó antes…

—A ello voy ahora, tenga paciencia —se cruzó de manos sobre la mesa y desgranó sus palabras vigilando a su interlocutor para captar sus reacciones—: También encontramos otra evidencia: Muriel Carpenter poseía facultades extrasensoriales, una fuerza mental asombrosa y unas facultades prodigiosas para la telequinesia y otros fenómenos paranormales. Era una médium en potencia, y su privilegiado cerebro poseía una capacidad nada usual para ejercer su voluntad sobre objetos y personas, si ése era su deseo.

—Sigo sorprendido, aunque no mucho, dados los conocimientos que ella almacenaba y la naturaleza de algunas de sus conferencias sobre esa clase de fenómenos precisamente… Todo eso, poco o nada tendrá que ver con Cheryl… con la señora Baxter, imagino.

—Imagina mal, señor Scoffield —suspiró Maxwell—. Muriel Carpenter odiaba profundamente a Cheryl Baxter.

—¿Es posible?

—Así lo afirma en su diario. La odiaba, porque su deseo era casarse con Archie, como la señora Baxter acostumbra a llamar a su marido. Seguramente sentía algo de amor por él, pero quizás también soñaba con unirle, a su lista de víctimas ricas, para heredarlo. La boda de Cheryl con él la enfureció y defraudó, aunque supo fingir bien su decepción. Dice cosas horribles sobre la señora Baxter allí. Y también sobre él, por haberla elegido como esposa. Sin faltar una mención a la administradora, la señorita Harding, a quien califica de «lesbiana miserable», cuyos halagos desprecia y cuya evidente atracción por Muriel Carpenter le resultaba a ésta insoportable y odiosa. Afirma que gustosamente mataría a los tres si estuviera en su mano: a Cheryl y Archie Baxter, y a Ethel Harding.

—Dios mío… Nunca imaginé que Muriel fuese así. —Ralph se

enjugó el sudor que humedecía su frente—. Pero sigo pensando que, muerta ella, no existe riesgo alguno…

—Otra vez se equivoca. Muriel Carpenter practicaba el ocultismo. Afirma que poseía poderes paranormales de gran fuerza. Y que aún muerta podría destruir a quienes aborrecía.

—Pero usted no creerá eso —sonrió Scoffield—. Son simples creencias sin base…

—¿Está seguro de ello? Muriel Carpenter aseguraba que era capaz de todo aún muerta, siempre que su cerebro estuviese intacto. Y ambos sabemos que, en estos momentos, un asesino posee ese cerebro, posiblemente intacto. Si lo que ella afirma ahí es cierto, todos los ocupantes de Baxter House peligran.

—Me asombra usted, teniente. ¿Un policía creyendo esas cosas del más allá?

—No es el «más allá», Scoffield, sino los poderes de una mente privilegiada que se dedicaba a extraños ritos de ocultismo y poseía fuerzas sobrenaturales. Por si desea que le dé una sola prueba de la capacidad mental de esa mujer asombrosa e inquietante que fue Muriel Carpenter, le diré algo: ella sabía ya, antes que todos nosotros, quién era el asesino mutilador. Da su nombre en su Diario: profesor Luther Vorsted, alemán. Y afirma que ella ha podido captar la existencia de una complicidad entre Luther Vorsted, un científico loco, y un hombre que anhela poseer la mujer más perfecta del mundo. Un hombre lo bastante rico como para financiar la obra de ese científico loco. Un hombre casi tan loco como el propio Vorsted… porque según ella misma nos afirma en su Diario, es hijo de un hombre que murió loco, aunque eso se ocultó en su día a todo el mundo, y él ha heredado la enfermedad mental paterna.

—¿Y quién es ese hombre, teniente?

—Alguien que usted y yo conocemos bien, Scoffield. Un hombre que, casualmente, pareció coincidir con el «coronel Herzog» en el balneario de Montmaison, con el inexistente «*sir* Brian Howes» en Londres, con el viajero «*monsieur* Jouvé» en un transatlántico que hacía la travesía Southampton-Nueva York… y finalmente, en un lugar del propio Estado de Nueva York, donde Cheryl Baxter afirma haber visto de nuevo a ese hombre, no lejos de ella, vigilándola…

—¡Dios mío! —Ralph se incorporó, sobresaltado—. No estará pretendiendo decirme que…, que es mi propio jefe quien…

—Exactamente, señor Scoffield —afirmó enfático el teniente Maxwell, poniéndose en pie—. Me refiero al señor Archibald Delmar Barnes Baxter, hijo de un Baxter que murió enfermo mental, como acabo de comprobar por mí mismo, tal y como decía la difunta Muriel Carpenter. Y si ella acertó en ese punto, como se ve, ¿por qué no ha podido decir la verdad en todos los puntos? ¿No es muy posible que tanta coincidencia en aparecer el profesor Vorsted y su jefe en todas partes, siguiendo a Cheryl Dawson, cuyo rostro tanto fascina al profesor, no haya sido nunca casual, sino total y absolutamente intencionado, porque existía una muy directa relación entre ambos hombres desde un principio?

—Pero entonces… ¡entonces Cheryl Baxter puede peligrar ahora mismo, en estos momentos! —clamó Scoffield, muy pálido y agitado, mirando con horror al teniente Maxwell.

—Así es, amigo mío —suspiró el policía, tomando su sombrero —. Por eso acabo de enviar una llamada urgente a los Adirondacks, a mis hombres, para que extremen su vigilancia en torno a la señora Baxter y no se fíen ni siquiera del señor Baxter. Y por eso, también, tengo a punto una avioneta para volar directamente hasta allí ahora mismo, con la intención de hablar ampliamente con el señor Baxter.

—¿Puedo acompañarle, teniente? —pidió con voz tensa el secretario.

—Desde luego —le miró con fijeza el policía—. ¿Por qué ese interés ahora, señor Scoffield? ¿Pretende ayudar a su jefe, si las cosas se confirman?

—Usted sabe que no —negó roncamente Ralph, muy pálido—. Sólo pretendo ayudar, si me es posible, a la señora Baxter…

—Sí, sabía eso, querido amigo —asintió el policía, con una vaga sonrisa—. No se me escapan ciertas cosas. Vamos, no hay tiempo que perder. Debemos llegar esta misma noche a Baxter House. Algo me dice que los acontecimientos podrían precipitarse…, no sé aún si por culpa de su jefe o del cerebro privilegiado y paranormal de Muriel Carpenter…

Ethel Harding despertó bruscamente.

Habitualmente, tenía el sueño ligero pero dormía sin problemas, dada la tranquilidad de la residencia campestre de los Baxter. Sin embargo, esta noche había ocurrido algo, capaz de arrancarla con brusquedad de su sueño. Y aún no sabía lo que ello pudiera ser.

Miró alrededor, a la oscura habitación, incorporándose ligeramente en el lecho. Observó que la puerta estaba cerrada, como la dejaba siempre, y la ventana entreabierta, dejando penetrar el fulgor de los relámpagos, ahora lejanos ya, y el frío y húmedo aire de la noche. Su cuerpo enjuto se estremeció levemente. Tal vez hacía demasiado fresco ahora y era eso lo que había provocado su súbito despertar.

Alargó la mano, encendió la lámpara de su mesilla y tomó su bata de seda, saltando del lecho y calzándose las chinelas. La pantalla de la lámpara extendió una luz rosada, más allá de su forma hemisférica, rematada en dorados flecos.

La administradora de Archie Baxter se movió hacia la ventana con presteza, cerrándola prestamente. Respiró aliviada, al comprobar que ya no entraba allí aquella brisa helada, con olor a tierra mojada de lluvia.

Se volvió para regresar a su lecho y reanudar el sueño. Desde la almohada, algo increíble, espantoso, la contempló.

¡Unos ojos humanos, vivos y en movimiento, aunque desprovistos de todo lo que no fuesen los propios globos oculares, con sus nervios colgando, sanguinolentos, la estaban contemplando perversamente desde la cama!

Un alarido de horror escapó de la garganta de Ethel Harding. Retrocedió tambaleante, llevándose una mano crispada a la boca, fija su mirada en aquel espantoso objeto que brillaba en la almohada.

Los ojos parecían mirarla desde un vacío sin rostro alguno, como algo fruto de la más horrible de las pesadillas. Había empezado a pensar que veía alucinaciones, cuando un segundo horror emergió ante su mirada despavorida.

De debajo de la cama, salieron unas piernas de mujer, moviéndose con cierta gracia, como insinuando un contoneo de inexistentes caderas, puesto que aquellas piernas, blancas y perfectas, estaban cortadas por sus muslos, en la parte superior, allí donde se iniciaban los glúteos…

Era como si una mujer fantasmal quisiera exhibir sus atractivas extremidades de forma procaz, a los deseos de una mujer lésbica y morbosa. Pero Ethel Harding no sintió deseos, por vez primera ante unos muslos de mujer, sino un terror sin límites, un pánico rayano

en la locura.

Retrocedió aterrada, lívida, sacudida por espasmos frenéticos, mientras balbuceaba con voz ronca:

—¿Qué macabra broma es ésta? ¿Quién pretende volverme loca? ¡Apartad, apartad, malditos monstruos de pesadilla!

Un cuello, una garganta en alguna parte, emitió una especie de chirriante sonido que podía ser como una risa surgida del mismo infierno. Y un torso de mujer, cortado limpiamente por las nalgas y por el cuello, pero desprovisto de pechos, emergió de detrás de un butacón, uniendo su danza diabólica a la de las dos piernas sueltas, todo ello bajo la mirada maligna de aquellos dos ojos vidriosos, aposentados en la almohada de Ethel Harding.

Con un nuevo berrido de terror, la desdichada corrió hacia la puerta, intentando escapar de aquel lugar terrorífico. No puedo hacerlo, porque ante ella, tras la cortina recogida a un lado de la puerta, surgió una mano blanca, espectral, de dedos curvados y crueles, un brazo pálido que luego bailoteó también ante ella, cerrándole el paso.

Los alaridos de Ethel Harding eran ya puros estertores de voz, roncos gemidos quebrados en su garganta, por la sequedad de su boca y por la acción paralizante del pánico.

Cuando la mano de mujer cayó sobre ella en un revoloteo, ya ni siquiera pudo chillar. Se limitó a exhalar un gemido de pánico supremo, y aquellos dedos implacables, de rara ferocidad, se hundieron en sus ojos, reventándolos con brutal impulso.

Esta vez sí gritó agónicamente la infortunada Ethel Harding, cayendo de rodillas, súbitamente ciega, chorreando sangre y córnea sus órbitas destrozadas. Los sangrantes dedos descendieron, arrancándole la bata a jirones, para pellizcar luego sus masculinos y lisos pechos tan bestialmente, que ambos pezones salieron arrancados de cuajo, entre dos regueros de sangre, sujetos a aquella mano siniestra.

Cuando quiso gritar desesperadamente la torturada mujer, un crujiente, poderoso torso cayó sobre ella, bloqueando su boca, ahogando todo sonido, mientras las piernas completaban su macabra danza en el aire cayendo sobre ella una y otra vez, pisoteando su rostro, su cuerpo, sus puntos más sensibles, hasta hacerla echar sangre por boca y nariz, por oídos y desgarros en su

cuerpo, en una masacrada agresión que culminó con el aplastamiento brutal de su cráneo a patadas. Los ensangrentados pies de danzarina se separaron, en su frenético bailoteo asesino, cuando Ethel Harding era sólo una piltrafa humana en el suelo, desprovista ya del menor soplo de vida.

Aquellos miembros femeninos, crujientes y palpitantes, que penetraban en la habitación de su nueva víctima utilizando la entreabierta ventana al exterior, ahora se encaminaron, en monstruoso desfile, hacia la puerta de la alcoba, que pronto destrozaron con fuertes y secos golpes contra su cerradura.

Aquella bailoteante hilera de miembros humanos dotados de vida propia, siguieron corredor adelante, en dirección al dormitorio de los Baxter…

—¿Cree que llegaremos a tiempo, teniente?

El oficial de Homicidios se volvió a su compañero, sentado junto a él en la cabina posterior de la avioneta que sobrevolaba el Estado de Nueva York, en dirección al norte.

—Estamos volando deprisa, gracias al viento a favor —comentó, asintiendo—. Espero y deseo que no hayamos tomado demasiado tarde esta decisión, Scoffield.

El joven secretario de Archie Barnes se limitó a estrujar sus manos nerviosamente, mientras escudriñaba el denso nublado que se extendía ante ellos, en la oscura noche lluviosa, y la ligera avioneta bailoteaba con las rachas de viento, aunque conservando afortunadamente su rapidez de vuelo.

—Dios quiera que no suceda lo peor —jadeó, encajando las mandíbulas—. ¡Soy capaz de matar a ese hombre, maldito sea!

—Cálmese. No va a matar a nadie, Scoffield. Si es posible, capturaremos con vida a ese hombre, para que nos diga dónde encontrar al científico asesino y a su cómplice… y de paso destruir ese cerebro, el de Muriel Carpenter. Mientras el cerebro de ella permanezca en alguna parte, intacto, no me sentiré tranquilo. Lo temo casi tanto como al propio Baxter, la verdad. Y eso que nunca creí en esas cosas, amigo mío.

Ralph se limitó a afirmar, pensativo, ensimismado en su propia angustia interior por la suerte que pudiera correr Cheryl. Jadeó entre dientes, crispado:

—Destruiré todo, si ella sufre algún daño. A Archie, a ese

maldito cerebro… ¡a todo!

El teniente se limitó a sonreír débilmente, consultando nervioso su reloj. El aparato, con su ronroneo monocorde, siguió avanzando hacia el norte del Estado, hacia los Montes Adirondacks, a través de la noche tempestuosa…

Capítulo XIV

—OH, querido, me siento tan segura junto a ti…

—Claro, Cheryl, amor mío —sonrió Archie tiernamente, envolviéndola en su abrazo—. Sabes que estando a mi lado, nada puede ocurrirte.

—Lo sé, Archie. Y sin embargo, a veces tengo malos presentimientos, oscuras intuiciones, incluso pesadillas atroces, en las que tú no puedes interponerte entre la muerte y yo…

—Tonterías —rió él, con gesto risueño—. Debes apartar de tu mente esas cosas, cariño. Anda, vamos a tomar una copa más, los dos aquí solos, y luego dormiremos tranquilamente.

—Sí, querido, vamos allá —aceptó ella, feliz, saltando de la cama—. A tu lado soy capaz de recuperar toda la seguridad del mundo, pese a cuanto sucede.

—No sucede nada. Es posible que esos presentimientos y temores tuyos te jugaran antes una mala pasada, haciéndote ver lo que no era.

—¿Y lo mismo el otro día, cuando lo vi afuera durante la lluvia?

—Es probable, sí. Ralph lo revisó todo entonces y no encontró la menor señal del merodeador. Pero aunque ese horrible ser se hubiese atrevido a acercarse aquí, es totalmente imposible, y tú lo sabes, que llegara a penetrar en la vivienda.

—Sí, eso es cierto, Archie. Perdóname. Creo que estoy empezando a dejarme guiar por mi imaginación en vez de por mi buen juicio…

—Eso, seguro —rió él, encaminándose al mueble donde dejara la botella de champaña que había subido al reunirse con su mujer, junto con dos copas—. Y ahora, ese brindis, el último… por esta noche, claro —añadió con suave sonrisa, volviéndose de espaldas a Cheryl.

Abrió la botella de champaña. Escanció en ambas copas el

dorado y espumoso líquido. Luego, con presteza, alargó su mano, y presionó con un dedo el sello de oro con las iniciales BB grabadas en él, que lucía en su mano izquierda. Echó en una de las copas el contenido del vacío sello, un polvillo blancuzco que aparecía depositado en su hueco interior.

Cerró el sello y se volvió hacia Cheryl con su mejor sonrisa, sujetando una copa en cada mano. La sonrisa se le heló en los labios al ver a su mujer reflejada en el vidrio oscuro de la ventana como en un espejo. Los ojos de ella estaban fijos en las dos copas de champaña. Especialmente en la derecha, la que contenía ahora el polvillo disuelto…

—Bien, bebamos —comenzó diciendo con aire jovial, alargando esa precisa copa a su mujer.

Cheryl estaba seria. Sus grandes y bellos ojos reflejaban una rara duda, una repentina sombra de inquietud. No desvió la mirada de la copa. Luego, miró a su marido.

—¿Qué has puesto en mi copa, Archie? —preguntó.

—Nada —él amplió forzadamente su sonrisa—. ¿Qué iba a poner? Champaña, está claro…

—No. Hay algo más. Abriste ese sello. Echaste algo dentro…

Lo había visto. A través del espejo que formaba el vidrio de la ventana. Archie se maldijo por su torpeza. Pero supo disimular con su mejor sonrisa ingenua, seguro de la ciega confianza que su mujer depositaba en él.

—Vamos, vamos, no pensarás mal de mí —rió, guiñándole un ojo—. Alguien me aseguró que es un buen afrodisíaco… ¿Comprendes?

—Oh, ¿es eso? —Ella sonrió ahora, picara—. Entonces, bebamos los dos. Bebe tú primero la mitad de esa copa, conmigo.

Archie apretó los labios. Las cosas se ponían difíciles. Apeló a su imaginación.

—Verás, eso no es posible, Cheryl. Es un afrodisíaco sólo para mujeres…

—Yo no necesito afrodisíacos contigo. Te quiero demasiado, Archie. Tira esa copa. La tomaré sin nada.

—Vamos, no seas tonta —insistió él, poniéndola bajo su barbilla —. Bebe. Es delicioso. Te gustará mucho. Y sus efectos son inolvidables…

—No —negó ella, rotunda—. No pienso beber eso, Archie. O los dos, o ninguno.

—¡Bebe! —Se irritó él por vez primera, insistiendo en acercarle la copa.

—¡No! —gritó la joven, resuelta. Pegó un manotazo, y la copa voló, yendo a estrellarse en la pared. Se hizo añicos, y el líquido se derramó.

—¡Estúpida! —bramó inesperadamente Archie, con rostro crispado y ojos centelleantes.

Golpeó violentamente a su mujer en el rostro, lanzándola de espaldas contra el lecho.

—¡Archie! —gimió ella, mirándole aturdida, llena de dolor—. ¿Qué haces? ¿Qué significa este comportamiento conmigo? Archie, ¿qué era eso que pretendías darme y que tanto te ha disgustado perder?

Él trató de dominarse, pero ya era tarde. Sabía que había logrado inculcar la sospecha en la mente de Cheryl. Ahora, todo iba a ser más difícil. Y el tiempo urgía. El profesor esperaba abajo, listo para iniciar la gran tarea…

—Lo siento, querida —silabeó con voz sorda, inclinándose sobre ella, como si fuera a disculparse—. No puedo perder ya más tiempo contigo. Ha llegado la hora.

Le descargó un seco directo al mentón. Ella exhaló una leve queja, puso sus ojos en blanco y cayó flácida en la cama, hacia atrás, perdido el conocimiento.

Archie sonrió duramente, inclinándose hacia su mujer para tomarla en brazos. De buena gana la hubiera quitado la vida él mismo allí, estrangulándola. Pero no podía hacerlo. El profesor prefería decapitarla con vida, para no desfigurar aquella hermosa faz, antes de aplicarle los ojos de Janis Munro y el cerebro de Muriel Carpenter.

Cargó con ella y se encaminó a la puerta. La sostuvo con un solo brazo, mientras corría el pestillo y giraba la llave en la cerradura. Abrió, disponiéndose a salir al corredor con su dulce y bella carga.

En ese momento, el horror se hizo presente ante él.

—¿Qué…? —Jadeó, dilatando sus ojos—. ¿Qué significa…?

El pánico y el asombro le hicieron soltar a la joven. Cheryl cayó inconsciente al suelo, donde se golpeó blandamente en la espesa

alfombra del corredor, permaneciendo inmóvil, bien ajena al espantoso drama que tenía lugar junto a ella.

Archie retrocedía, lleno de espanto, ante la visión increíble de aquellos miembros humanos moviéndose en el pasillo en una danza estremecedora y terrible. Destacaba la blanca piel de mujer en cada pieza mutilada, sobre las sombras del corredor en la noche. El fulgor de un lejano relámpago, filtrándose por una ventana, trazó lívido resplandor en aquellos muñones vivientes que se aproximaban como en un sueño demencial al estupefacto y aterrado joven.

—No, no es posible… —rechazó, intentando regresar al interior de la habitación—. Esto no puede estar sucediendo…

Despavorido, sacudido por un temblor espasmódico, contempló el salto que daban las piernas y el brazo de mujer en dirección a él. Aunque trató de cerrar la puerta, no llegó a tiempo. Ignoraba que, aunque lo hubiera llegado a conseguir, eso no hubiese detenido a la pavorosa parada de miembros asesinos.

Éstos, implacablemente, cayeron sobre él.

Un grito desgarrador escapó de labios de Archie Barnes. La mano femenina, con un impulso rápido y violento, le había arañado profundamente la garganta, haciendo brotar abundante sangre de los desgarrones producidos. El dolor le hizo retroceder, tambaleante.

—¿Qué locura es ésta? —jadeó roncamente—. ¿Es usted, profesor? ¡Detenga a sus malditas piezas, no sea estúpido…!

La mano le volvió a atacar. Aunque se cubrió, un repentino patadón de uno de los femeninos pies le alcanzó en el vientre, al moverse una pierna mutilada, y el dolor fue tal que se dobló, llevándose las manos al lugar dañado. Eso permitió que la mano le desgarrase la mejilla desde el párpado inferior a la boca.

Y entonces, mientras en vano intentaba detener la profunda hemorragia que se producía en su mejilla rasgada, su horror subió de punto al ver flotar en el pasillo, avanzando hacia él por el aire, como si un cuerpo invisible lo sujetase, la blanda, grisácea y palpitante masa de un cerebro humano. Un cerebro que parecía latir con fuerza desusada, dirigiendo y ordenando las acciones de aquellos crujientes trozos de carne humana dotada de vida propia.

El cerebro se situó ante él, suspendido en el aire, mientras el

cuerpo de Archie era martilleado brutalmente por los demás miembros, y se desplomaba lentamente, apoyándose en la pared, sintiendo que cada impacto desgarraba tejidos interiores, dañaba órganos, provocando hemorragias internas que comenzaban a fluir por su boca, su nariz y sus oídos.

A su mente, como una oleada, le llegó algo, una especie de mensaje telepático, de onda mental transmitida desde aquel monstruoso cerebro vivo que flotaba en el aire como un monstruo de pesadilla.

Archie, en el paroxismo de su terror y en la frontera de su terrible agonía, entendió ese atroz mensaje revelador, que le mostraba un oscuro e increíble mundo desconocido, la sima de una dimensión nueva y horrenda, más allá de lo humano, más allá de la vida y de la muerte, más allá del humano entendimiento:

—Archie, soy yo… Soy Muriel Carpenter… Yo te amé, Archie… Te amé, y tú elegiste a otra… Archie, eres un asesino. Pero yo también lo fui. Sin embargo, juré vengarme de ti, de Cheryl, de Ethel… de todos. También de quienes me quitaron la vida. Gale y tu profesor ya no existen… Ethel tampoco… Y ahora estás muriendo tú. Luego… seguirá ella, Cheryl… y podré descansar tranquila… Adiós, Archie. No nos encontraremos porque nuestras almas están condenadas. Y tu pobre cerebro de loco estúpido jamás podrá alcanzar mi nivel intelectual, que me permitirá vivir más allá de la misma muerte… ¡Adiós, Archie, necio loco y estúpido!

Los miembros siguieron destrozando, desgarrando, triturando el cuerpo del joven millonario, hasta convertirle en una pulpa informe, sanguinolenta… justo cuando Cheryl se recuperaba de su inconsciencia y sus ojos se abrían, para contemplar el desenlace escalofriante de aquella tragedia.

Un largo alarido de pavor infinito escapó de sus labios apenas despertó y se enfrentó con la terrorífica realidad. Sus cabellos se erizaron, su piel adquirió el color de la cera.

Los miembros sanguinolentos flotaban en el aire, triunfantes, en una grotesca y macabra danza, goteando la sangre de sus dos últimas víctimas. El cerebro se agitó, furioso, por encima de todos ellos, impartiendo la orden mental, en tanto sus palpitaciones se hacían más y más intensas:

—¡Ahora ella! ¡Acabad con esa mujer! —fue la orden.

Cheryl chillaba y chillaba, despavorida.

Los miembros humanos atacaron, una vez más.

Los disparos hicieron saltar violentamente la cerradura.

Después, una carga violenta por parte de los corpulentos agentes y detectives, franqueó el paso al vestíbulo. Alguien dio las luces, que lo inundaron todo de resplandor repentino.

Arriba, en alguna parte, una mujer gritaba y gritaba, con el horror más profundo reflejado en su trémula y desgarrada voz.

—¡Es arriba! —Voceó un policía, señalando a la amplia escalinata ascendente—. ¡Pronto, es arriba! ¡Vamos allá!

Corrieron pesadamente los agentes y detectives privados, armas en ristre, en tanto llegaban, a todo correr, empapados de lluvia, el teniente Maxwell y Ralph Scoffield, a la entrada de la casa, procedentes del exterior. Un coche quedó afuera, con el motor aún encendido, tras haberles llevado allí desde el prado donde aterrizaron apremiantemente, no lejos de la propiedad.

—¡Es ella, teniente! —Jadeó Ralph, angustiado—. ¡Es Cheryl!

—¡Corran, corran! —Apremió el oficial a sus hombres—. ¡Tiren a matar, si es preciso! ¡Disparen sobre el propio señor Baxter, si con ello salvan la vida de esa mujer! ¡Vamos, Scoffield, subamos también nosotros!

—¡Un arma, teniente, un arma! —rogó el joven secretario, crispado.

Vaciló una décima de segundo el policía. Luego, le tendió su revólver, y pidió otro a un agente, corriendo ambos hombres en pos de los demás, escaleras arriba.

Cuando alcanzaron la planta alta, la escena que se ofrecía ante sus ojos sobrepasaba todo lo imaginable. La presencia del cadáver reventado y sanguinolento de Archie Baxter, la expresión de pavor de Cheryl, acorralada contra el muro del pasillo por una serie de oscilantes y horribles miembros humanos llenos de sangre, formaba la situación más indescriptible y escalofriante que ninguno de ellos pudiera imaginar.

Fue tal su pasmo, su estupor y su horror, que ni siquiera reaccionaron como debían. Se quedaron inmóviles, paralizados ante aquel espanto. Y Cheryl, durante un par de segundos interminables, pareció a punto de empezar a sufrir los crueles y homicidas ataques de tan extraños monstruos.

Fue Ralph Scoffield quien primero reaccionó. Alzó su arma, y rugió, mientras comenzaba a apretar el gatillo sin descanso:

—¡Cheryl, Cheryl! ¡Por el amor de Dios, trate de escapar, defiéndase!

Y su revólver llameó una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Había elegido un blanco determinado, apenas lo vislumbró. Y eso fue un acierto que salvó la vida de la joven.

Estaba disparando contra el flotante cerebro de Muriel Carpenter, aquella masa blanda y gris, que palpitaba en el aire. Saltaron pedazos de la masa encefálica, desgarrada a balazos. Fue como si un grito inhumano, en ultrasonido, pero capaz de herir los cerebros de todos los presentes, que se llevaron las manos a la cabeza, creyendo enloquecer durante unos instantes, brotase del cerebro viviente, al recibir los impactos desgarradores.

—¡Bien hecho, Scoffield! —aprobó el teniente Maxwell, muy pálido—. ¡Al cerebro! ¡Disparen todos a ese maldito cerebro, pronto!

Los policías reaccionaron, aunque tardíamente, comenzando a centrar sus balas en el privilegiado cerebro de Muriel, que se hizo añicos, perforado por docenas de proyectiles. Sus fragmentos volaron por doquier, y de inmediato una súbita paralización afectó a los miembros humanos.

Los ojos bailoteantes, las piernas asesinas, la mano cruel, el torso opresor… Todo se desplomó a tierra, inanimado, como lo que realmente era, antes de que una fuerza superior se apoderase de ellos… Sin los cables del profesor Vorsted y su ingenio eléctrico, y sin los impulsos paranormales de la mente de Muriel Carpenter, cada fragmento de carne cesó de latir, se detuvo su siniestro crujido de vida propia. Y terminó la pesadilla…

Cheryl lloraba, gritaba, sollozaba, presa de una histeria irrefrenable. Ralph Scoffield soltó su arma, saltó por encima del cadáver de Archie Barnes y de los restos humanos dispersos por la alfombra, que los policías contemplaban con una mezcla de horror e incredulidad, y se apresuró a abrazar a Cheryl, atrayéndola contra sí, tratando de confortarla con palabra ronca, entrecortada, llena de una vida y profunda emoción:

—Vamos, cálmese… Cálmese, querida mía… Está a salvo… A salvo de todos… Del profesor maldito, de su aborrecible esposo

asesino, enfermo mental… Y a salvo de ese monstruoso cerebro… Ya le explicaré en su momento. Y entonces sabrá lo que realmente pasó, Cheryl, amiga mía… Ahora, serénese. Vamos de aquí, donde no vea todos esos horrores… Vamos, querida… Vamos.

—Sí, Ralph, sí… —la oyó sollozar, trémula como una niña, apretándose a él su bello cuerpo estremecido y frío—. Vamos de aquí… adonde sea. Pero lejos. Lejos de todo esto…

La pareja se encaminó a la salida de la casa, sin importarles la lluvia que caía afuera. El teniente Maxwell se rascó la cabeza, sombrío, dirigiendo una última mirada de horror a los restos de la tragedia alucinante desarrollada entre aquellos muros.

—Registren toda la casa —ordenó a sus hombres—. Tiene que haber aquí algún escondrijo, un laboratorio secreto sin duda. Estoy seguro de que encontraremos cosas horrendas en él, si lo que imagino es cierto… Busquen, por favor. Y dejen a esos jóvenes que vayan a donde quieran. Es lo mejor… añadió para sí, mientras comenzaba a examinar el escenario de la tragedia:

—Después de todo, ellos son jóvenes. Son hombre y mujer, ella estará necesitada de afectos… y él está loco por ella. Estas cosas tardan más o menos, pero siempre terminan igual. Por fortuna para ambos, claro está.

Pesada, rutinariamente, se dispuso a cumplir su tarea habitual en tan insólito clima, en tan increíble y espantoso suceso.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad residía en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, etc. Es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] El Gabinete del doctor Caligari, film impresionista alemán de los tiempos del cine mudo, naturalmente, se estrenó en 1919. Realizado por Robert Wienne en ese mismo año, en los estudios de la UFA, en Berlín, y aún sobre vive como una de las obras maestras del género. (N. del A.). < <

[2] Alude a las famosas películas mudas del cine cómico americano, donde los celebérrimos «cops» (policías) de Mac Sennett, se dedicaban a delirantes persecuciones que han quedado en la antología del mejor cine cómico de todos los tiempos. (N. del A.). < <